

# A FIN DE CUENTAS

*Nuevo cuaderno  
de la vejez*



Aurelio Arteta

taurus  


Aurelio Arteta

---

# A fin de cuentas

Nuevo cuaderno  
de la vejez

taurus  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Beba, por todo.  
Y a Lahu, a pesar de todo.*

## UNA CONVERSACIÓN IMPRESCINDIBLE

Conforme a la oportuna distinción de David Hume (*Sobre el género ensayístico*), no estoy seguro de pertenecer a la especie de los hombres cultos o más bien a la de quienes él llama «conversadores». De lo que sí lo estoy es de este diagnóstico suyo cuya validez continúa por desgracia vigente: «El alejamiento del mundo culto respecto al de la conversación parece haber sido el gran defecto de la última era y debe de haber tenido una influencia muy negativa tanto en los libros como en los conversadores». ¿Alguien negará que aquel gran pensador de hace tres siglos podría estar refiriéndose a un aspecto central del mundo presente?

En la mayor parte de ocasiones los temas de nuestras charlas, chapoteando entre chismes y comentarios superfluos —prosigue—, no resultan los más adecuados para el entretenimiento de criaturas racionales. (Nada digamos si las tertulias han cedido su lugar a nuestras reuniones multitudinarias y al griterío del estadio o de la sala de fiestas...) Así ocurre que el tiempo pasado en compañía, según Hume, sería el menos provechoso de nuestra vida. Sólo los cultos podrían contribuir a cambiar las cosas *cuando dejaran de estar encerrados en las universidades o aislados del mundo*; es decir, con tal de que aceptaran salir de su guarida y convertirse también en conversadores. Por eso nuestro pensador se felicita de considerarse una especie de embajador «que va del saber a la conversación, y vuelta». Más todavía, defiende con entusiasmo lo que debía ser siempre pauta de existencia para filósofos y otros académicos escondidos: tener como «un deber constante» alcanzar una buena correspondencia entre uno y otro dominio.

Las páginas siguientes pretenden cumplir con ese deber a propósito del asunto que ahora más me interesa. Insisto así en la reflexión que inicié en mi libro anterior (*A pesar de los pesares. Cuaderno de la vejez*) y, al ponerme a ello, comenzaré por afrontar ciertas objeciones previsibles. Algo que invite a pensar a propósito de la vejez, y en su forzosa desembocadura, no despierta en estos tiempos precisamente gran entusiasmo. Como ya denunciara aquel filósofo inglés, tampoco serían cuestiones recurrentes en nuestras pláticas contemporáneas. Se dirá enseguida que bastantes tristezas trae por sí sola la existencia humana como para propiciarlas a propósito con estas reflexiones. Se objetará, en resumen, que se trata de temas morbosos, cuya meditación a nada conduce, como no sea a la amargura y hasta a la desesperación.

Los objetores, ¿repiten esto con convicción o expresan simplemente su primera estrategia de huida ante un problema ineludible? Pues será morboso para una mente enferma, pero a los otros ese pensamiento puede conducirnos, al contrario, a disfrutar más y más a fondo de la vida. Toca entonces rescatar a la vejez de la maraña de

prejuicios que suelen desfigurarla, una tarea a la que ya se entregaron nada menos que Aristóteles o Montaigne y, en tiempos más recientes, Jean Améry o Simone de Beauvoir. El largo proceso de demolición de tales estereotipos no ha acabado. Se trata de quebrar la conspiración del silencio o del disimulo que pesa sobre esta etapa de nuestra vida, desechar esa imagen sublimada (las consabidas cordura y serenidad del viejo) en que apenas cabe reconocer al anciano de nuestros días ni seguramente de los pasados. Pues se diría que la mayoría de ellos, más que vivir, se limita ya a sobrevivir. En términos generales, el viejo tiende a ser una persona erizada de cautelas: se refugia en rutinas frente al tiempo que pasa, a falta de su anterior quehacer cultiva un mezquino tener, le domina la desconfianza ante el mundo y los hombres, rezuma hostilidad desde el sentimiento de desgracia que propicia su condición senil... Sí, debemos prevenimos de todo ello. Como hace notar aquella pensadora francesa recién citada, «no sabemos quiénes somos si ignoramos lo que seremos».

Lo que sabemos sin duda alguna es que todos moriremos y eso nos invita a convertir tan crucial acontecimiento en *nuestra* propia muerte. Digamos cuanto antes que la conciencia anticipada de esa muerte confiere su radical *seriedad* a la vida, lo que significa que todo lo que hacemos y cuanto nos ocurre va en serio y resulta irreparable. Soy mi más cercano espectador, el más interesado en mi propia felicidad, el mayor aficionado a mí mismo que conozco. Pues bien, ¿cómo no voy a estar sumamente ocupado con mi vida, si no tengo otra, y preocupado también por mi muerte, porque ella acabará conmigo? Sólo de anticipar ese final anunciado brota el afán de sacar el máximo partido a la propia existencia, así como el propósito de justicia universal y compasión hacia todos. En suma, las más hondas aspiraciones del ser humano.

Reconozco que en casos de instalación general en el engaño fingido, el hecho de que la mayoría no se atreva a hablar ni pensar sobre algo suele incitarme justamente a pensar y hablar de ello en voz alta. No vale hacer como los niños cuando cierran los ojos para así creer que el coco ya se ha ido. Después comprendemos que, sólo abriéndolos, adquiere uno el valor necesario para desafiar a lo temible. Seguro que perderemos la partida definitiva contra nuestro mayor enemigo, pero ahora mismo le vamos ganando: porque nos hemos atrevido a mirarle un poco más de cerca.

Esto es un diario o un dietario —llámese como se quiera— algo disfrazado. Si adopta un estilo fragmentario es porque surgió así, por fragmentos que luego fueron cosidos y ordenados temáticamente en unos pocos capítulos. Por eso mismo no llevan la fecha de su composición (salvo la primera entrada, para indicar su inicio), puesto que su orden cronológico era lo de menos. El texto no se refiere a cuanto le aconteció a su autor en el día a día, sino que recoge algunas de sus reflexiones durante los tres últimos años. En este caso, centradas por completo en la coyuntura vital en que me encuentro, la vejez y sus alrededores. Mi único propósito era asistir a tanta transformación como detecto en esta fase última de mi existencia y apropiármela con el pensamiento.

Confieso que en este quehacer la mayor tentación estriba en servirme de meditaciones

ajenas, algunas clásicas y otras más recientes. Para decidir intercalarlas e incluir los comentarios que me sugieren, tienen que haberse convertido en casi tan mías como del autor que me las presta a fin de suscitar mis propias cavilaciones. Eso sí, a la hora de juzgar el resultado, rogaría al lector que me atribuyera —con la distancia debida— parecida intención a la de Nietzsche: «Siempre he puesto en mis escritos toda mi vida; ignoro lo que puedan ser los problemas puramente intelectuales». Pues —para volver a aquel Hume del comienzo— tampoco yo quiero perder contacto con los problemas comunes de los hombres, sino conversar sobre ellos. En particular, sobre eso que más tememos y más nos apena.

Como en trabajos anteriores, también en este me han sido de gran ayuda las sugerencias y correcciones de Tomás Valladolid. (Y adelanto, antes de que me apunten con el dedo, que me sirvo de los términos «viejo» y «anciano» en su sentido genérico para así librarme de la moda del «viejo»/«vieja», «anciano»/«anciana», etcétera.)

Ante el examen final

*Una vida sin examen no merece la pena de ser vivida.*

PLATÓN

REINICIO A punto de cumplir los setenta años, supongo que *ahora sí* ;estoy metido en la vejez, aunque debería repetir —con todos— que tampoco sé cómo me ha llegado. Para iniciar de nuevo este ejercicio de reflexión ha debido de pesar en mi ánimo lo que ayer me decía ese amigo de mi edad: que no imaginaba que la vejez fuera a traer tantos cambios, tantas diferencias. De estas transformaciones precisamente deseo levantar acta, aunque muchos y excelentes pensadores ya se me hayan adelantado en la tarea (20 de junio de 2015).

¿GANAS DE ENGAÑARSE? De un sitio y otro me llegan los ecos provocados por las voces de mi último libro, ceñido al mismo argumento que éste. Hay suficiente acuerdo en la sentencia: demasiado sombrío o trágico, fúnebre... ¿Será defecto mío o un destilado de la vejez misma? No logro evitar la sospecha de que buena parte de mis conocidos o no ha pensado todavía en la muerte, ni siquiera en la suya, o prefiere edulcorar ese penoso pronóstico, retrasarlo, disfrazarlo con cualquier excusa. Si la vejez implica por naturaleza proximidad creciente y transición a la muerte, que el pensamiento de ese punto final se haya escondido en un rincón de la conciencia sólo puede responder a un temeroso y premeditado empeño de su sujeto. Pero de ese viejo cabe decir lo mismo que de la mona: que, aunque se vista de joven, viejo se queda.

*El mejor juez* Vueltas continuas a si mi libro anterior habrá sido un ejercicio involuntario, pero efectivo, de autoengaño y de engaño al lector. Desde la primera mitad de su título (*A pesar de los pesares*) invita a concluir que sí, que frente a tanta desgracia y la muerte final, la vida vale la pena. ¿Optimismo barato más propio del género contemporáneo de literatura de autoayuda? Intuyo que, cuanto más se acerque la despedida, no estaré tan seguro de ese atisbo y la incertidumbre acerca del valor de mi existencia irá ganando peso. Alguien objetará, ¿para tranquilizarme?, que semejante juicio brota de un punto de vista subjetivo. Convendría, pues, que me aproximara a la perspectiva más neutral expresada en el testimonio de aquellos para quienes mi vida ha podido tal vez contar algo en la suya. El horror de la temible desaparición puede, desde luego, obnubilar la propia conciencia, pero no hasta renegar del valor de la propia vida. Si el ideal utilitarista —el mayor bien para el mayor número— goza todavía de reconocimiento, espero que mi vida habrá sido más o

menos útil para algunos y, en definitiva, haya merecido la pena vivirse.

¿ME VENDRÁ BIEN? De tanto regresar a estas agobiantes meditaciones —pero es la autoconciencia, esa asidua compañera, la que me incita a ello—, me pregunto si acabarán haciéndome daño. Las compenso con lecturas que me elevan y me enseñan lo más importante. Siento que, aunque algún día voy a desaparecer, habré disfrutado del conocimiento de la grandeza humana, de contemplar desde más cerca la descomunal estatura de muchos y las muy nobles tareas que emprendieron. Ojalá se me pudiera aplicar aquella sentencia de Epicuro según la cual «en nada se parece a un ser mortal el hombre que vive entre bienes inmortales».

TANTO AFÁN ¿Por qué te afanas en estas páginas? Porque tal esfuerzo me obliga a sumergirme en la humanidad del hombre, a conocerme mejor a mí y a mis congéneres. Y porque ese ejercicio, por mediocre que fuere, me hace ser algo más de lo que sería sin él. Me anima el irrefrenable apetito de seguir aprendiendo acerca de uno mismo y, de paso, de la humanidad. Eso sí —me digo—, como echas a andar por ese sendero, sábetete que nunca te parecerá suficiente el tramo recorrido; siempre querrás ir más allá.

LA EDAD DEL EXAMEN ¿Por qué escoges la vejez como objeto de reflexión? Por ser la etapa vital en que hoy me encuentro, y eso ya sería motivo bastante. También por ser la última, y por tanto la que por sí misma está demandando a su sujeto un balance, un arreglo de cuentas consigo mismo. Ella goza de la perspectiva desde la que puede evaluar las demás edades. Sólo desde el crepúsculo se adquiere una visión del día completo. En cada uno de los momentos precedentes vivimos y nos ocurren cosas, pero al llegar la noche nos ponemos a revisar lo que nos ha sucedido. Un examen final sin temario establecido y a solas, en el que la calificación la dicta el propio examinado.

*Con mucho gusto* Me mueve el deseo de que otros encuentren en alguno de estos brochazos ciertos paralelismos con sus propios avatares o les despierten pensamientos afines que ya apuntaban en su mente pero que quizá requerían un pequeño empujón venido de fuera. Sería también la botella lanzada al mar por el naufrago con la ilusión de que otros lejanos la recojan algún día. Pero, en el caso de este mensaje, sin la esperanza última de que acudan a salvarle. Porque esos otros son tan naufragos como uno mismo.

SACAR PARTIDO Un modo de entender lo que hago en este nuevo *Cuaderno* es sugerir que pretendo sacar algún partido a mi vejez y a mi condición mortal. Observarlas, seguirlas de cerca en mí y en otros. Apropiarme de ellas con el pensamiento, antes de

que ellas me desapropien de todo pensamiento y de cuanto lo acompaña. Como si aún pudiera añadir algo de mérito a la colección interminable de espléndidas meditaciones sobre la humanidad del hombre, más en particular, sobre su fragilidad. Soy también consciente del riesgo en que incurro por la perspectiva adoptada. Una mirada tan concentrada en la finitud humana en general puede fácilmente olvidarse de las miserias cotidianas de los hombres singulares, de los sufrimientos que unos causan y otros padecen y que son penas que se añaden a la pena común de aquella finitud.

QUÉ ES ESCRIBIR «Escribir no es hacer frases, amigo. Es copiarse el alma», sentencia Juan R. Jiménez. Y eso exige la capacidad de escudriñarse a uno mismo sin temor, pliegue a pliegue, rincón por rincón. Y, al final, la confianza en que hacer público lo descubierto en esa introspección puede interesar al prójimo y tal vez hasta enseñarle, estimularle, tranquilizarle, distraerle... Pero me quedaría sobre todo con el propósito de un poeta contemporáneo: «Escribir con la intensidad del que sabe que está a punto de morir». (J. A. Masoliver).

*Nulla dies sine linea* Un excelente propósito, aun cuando no me sienta capaz de tanto. Pero ¿tan difícil sería que una jornada entera del ser humano (consciente, evaluador, curioso...) diera como primicia siquiera un pensamiento digno de su humanidad?

LAS VIRTUDES DEL DIARIO Su primera virtud es que permite duplicar nuestra existencia cotidiana, una vez vivida y otra vez pensada o repensada. No sabemos bien qué asomó de interés por nuestra cabeza durante el día mientras no nos lo contemos a nosotros mismos al anochecer. Al principio viene el recuerdo en bruto y de golpe. Las palabras nos obligan a delimitar, a distinguir, a juzgar con mayor justeza y finura (un hecho, una conducta, un pensamiento) y dar a cada uno lo suyo. Se trata de mirar, y mirarse, después y a solas. Puesto que todo es tan efímero, queremos levantar acta de lo primordial que uno alcanza a vivir. El diario expresa la necesidad inconsciente de atar cabos, de repasar lo acontecido, de escucharse a sí mismo, de poner ritmo a la inalterable gravedad del tiempo. Salvador Pániker, excelente cultivador del género, escribe que las cosas pierden su sentido y sus razones «si no se cuentan». El diario nos ayuda a enfocar mejor, a reconocer nuestra propia vida.

¿PARA DESDICHADOS? «Hay que escribir para los desdichados», propone Madame de Staël. Leo con sorpresa esa consigna, me extraño de su rotunda parcialidad y al poco empiezo a comprender su sentido... aunque probablemente no sea el mismo que pretendía su autora. Ella la introduce como primera sentencia de sus *Reflexiones sobre el suicidio*, y la justifica porque —nos adelanta—, mientras los pudientes consideran las ideas abstractas tiempo perdido, para quienes sufren «la reflexión es su refugio más

seguro». Tal vez hoy no se equivocara si diera por sentado más bien que la mayoría de los individuos, lo mismo adinerados que pobres de solemnidad, huyen de los libros, y nada digamos de cuantos traten de ideas abstractas. Pero acertaría del todo al presuponer que, ahora como entonces, los adictos a esa última clase de lectura —que no es otra que el ensayo reflexivo— se encuentran entre quienes «se examinan a sí mismos» para buscar remedio a su desgracia. Y no es preciso que esa desventura que les abrumba sea tan trágica que les anime a acabar con su vida; basta con sufrir la pena propia de la condición humana para invitarles a recapacitar.

LA ESPERANZA Y LA VIDA No importa tanto la esperanza de vida como que haya una vida con esperanza más que mediana. Una esperanza de muerte sería una expresión contradictoria o simplemente desesperada.

*TURPIS MEDIOCRITAS* Siempre el mismo asombro pesaroso ante la mediocridad de tantos, de sus ideas y aficiones. Que el llamado a ser el más grande se conforme en sus gustos o hábitos con tan poco nunca deja de causarme pena. Que el único ser vivo con semejante capacidad de elegir entre tantos bienes se contente con lo más habitual y zafio, que tan a menudo ponga su máximo celo en ser aplaudido por muchos y no por los mejores, eso entraña un pecado de lesa humanidad. Estos tales han de esperar el respeto que a todos se debe, claro está, pero no ostentan méritos para recabar mayor homenaje. Les pasa inadvertida, en eso consiste su déficit, la diferencia que les supera, y de ahí que tampoco conciban la gravedad de su estado. Y como los de más arriba suelen despreocuparse de la suerte de estos de abajo, la distancia entre ellos se vuelve insalvable.

*Un escándalo reiterado* El que te asalta cuando escuchas o lees las cosas que muchos de tus coetáneos hacen, dicen o desean. Es como si dispusieras de un sensor que no cesara de transmitirte señales de la torpeza o del vacío característicos de tantos. No me asusta quedar expuesto por ello a sus burlas e insidias. La sospecha del favor de una fortuna caprichosa tampoco me permite recrearme en mi presunta ventaja. Pero cuando toca estar en medio de un grupo tan nutrido, ya no hay lugar a engaño. ¿Queremos un test definitivo de su calidad humana? Comprobar si se atreven o no a referirse a la muerte y, en particular, a la propia.

*La vejez entregada* No veo cosa más reprochable en el ser humano que su escaso cultivo de uno mismo, tal como se transparenta con frecuencia en la falta de curiosidad por el mundo, la vida o los otros. Sin tal acicate apenas hay nada valioso con que ocupar las horas y los días, poco que comunicar o preguntar. Envejecer pasa entonces a ser sinónimo de un tedioso sobrevivir; y, lo que es peor, a fuerza de sumir a los próximos en el propio vacío e irritar a cualquiera que haya crecido algo más que la media. Aun en el caso mejor, los objetos de pensamiento o de deseo se agotan como

no se rieguen o no se debatan. Al anciano la vida no le falta todavía, pero amenaza con abandonarle en cualquier momento y ha de extraer su jugo a cada hora que le resta. No puede justificar su dejación o, peor todavía, su dejadez. Aún le toca vivir como hombre, sin entregarse a cuidados innecesarios o a una apresurada rendición.

SIN INTERÉS ¿Por qué preguntas a algunos próximos por su vida con bastante detalle, mientras demasiado a menudo ellos no se interesan por la tuya, ni siquiera por mera cortesía? Me parece que su real desinterés bebe de varias fuentes. Se diría primero que para ellos la vida humana se reduce a tan pocas cosas, que, como uno carezca del trato habitual con éstas, no hay mucho más que despierte su curiosidad. Por tanto, toca referirse a novedades familiares, cotilleos, asuntos profesionales y poco más. No hay ideas, ni dudas ni inquietudes fuera de las habituales. Pero imagino que tampoco aciertan a comprender que se preste algún desvelo a enigmas algo más elevados que los cotidianos, sean éstos teóricos, políticos o literarios. A sus ojos, todo lo que rebase el círculo inmediato de intereses no es suficientemente vivido ni merecedor de atención. ¿Cómo van a suponer que para ti pueda serlo? Así que no se atreven a interrogar acerca de tus problemas, relaciones o estado de ánimo, por lo que pudieran encontrarse: algo que ni sospechan, pero que tal vez podría humillarles...

*Cada hora más lejos* Un pensamiento recurrente a estas alturas de mi vida y que no aumentará el número de mis amigos. Doy por seguro que cada hora que transcurre entregada a esta clase de lecturas me distancia de la gente común en medida creciente. Porque no sólo me aleja en aquello que creo haber aprendido, y ellos no, lo cual no será poco si vamos sumando las horas al cabo de los años. La distancia se agranda en proporción geométrica, pues a cada instante nos separa más todavía el valor que cobra la palabra argumentada y, a la postre, el modo de ser y pensar que así se va forjando. Y, a diferencia de la anterior, esta otra acaba siendo una distancia insuperable.

LO MÁS INCREÍBLE Conforme me interno en la vejez, me resulta más chocante constatar una y otra vez la falta de estímulos en la mayor parte de los sujetos para hacerse las preguntas convenientes sobre la vida humana. O bien carecen de la capacidad requerida para adentrarse en su propia existencia y bucear en ella, dado que su vida parece falta de profundidad alguna. O bien dan por seguro que nadie puede dictarles lecciones sobre esa vida que ellos imaginan conocer sin necesidad de maestro. O, en fin, les asusta que, puestos a tan inusual tarea, se arriesguen a descubrir facetas cuya ignorancia les sonrojaría y cuyo conocimiento les habría animado a sacar mayor partido a su propia existencia. Ya anticipó el filósofo griego que son muchos los que mueren sin haber vivido.

Todo ello me lo han sugerido unas palabras de Umberto Eco, que falleció el año pasado: «El que no lee, a los setenta años habrá vivido una sola vida. Quien lee habrá

vivido cinco mil años. La lectura es una inmortalidad hacia atrás». Como ahora ya no se molestará por mi intromisión, me permitirá su autor corregirle un poco. Doy por seguro que quien lee —o reflexiona merced a las reflexiones ajenas— vive una sola vida, como todos. Pero esa suya habrá sido incomparablemente más ancha, honda e intensa que la mayor parte de las otras. Trae consigo una diferencia tanto de cantidad como de calidad. Significa una especie de inmortalidad, pero yo no diría que sólo hacia atrás sino también hacia dentro.

*Siempre asombrado* Aun a riesgo de molestar, no pararé de insistir en lo que vengo repitiendo. Y es que nunca deja de maravillarme el raquítrico nivel de curiosidad, convicciones, proyectos o intereses en que vive tanta gente con la que uno se tropieza a diario o contempla en la tele. Las charlas habituales se despeñan enseguida en la falta de distinciones, los tópicos más inanes, el vacío intelectual más desierto... ¿Se puede llamar a ése un grado lo bastante *humano* de existencia? Si pueden contentarse con tan poco, será porque ni siquiera intuyen que el hombre encierre muchos misterios que alumbrar y que su vida contenga mayores promesas que las hasta hoy cumplidas. A veces parece como si estuvieran ya aguardando la muerte y tampoco ese final les afectase demasiado. La mayoría no ha experimentado casi nada, pero se comporta como si lo hubiera probado casi todo.

ENTRENAR LA ABSTRACCIÓN Subrayo lo llamativo de eso en que aquí me empeño: interrumpir a trompicones la vida para cuestionarla y palpar sus límites. Convengamos que se trata de una conducta extraña, con algo de vergonzoso y reprochable. ¿Con quién podría compartir semejante experiencia? En nuestra comunicación prima lo que «se comenta», la improvisación, el «es lo que hay», el escándalo, el «sé tú mismo» y otras simplezas. Y, por si ello fuera ya pequeña consigna (y como si cada día debiéramos estar de fiesta), lo más prohibido es ser un aguafiestas.

Pero vivimos tiempos —todos lo son— que exigen entrenarnos en la abstracción. Hurgar en la hojarasca verbal, por si topamos con algunos conceptos útiles, y asimismo en los lugares más comunes de la vida para así pulir criterios que nos permitan juzgar entre y para todos. Pues lo cierto es que reina sin rival lo contrario, a saber, lo que disfruta de más financiación, altavoces, soporte informático o presencia en «redes sociales». Por ahí penetra como una riada el prejuicio general y casi nadie discute que deba ser el ganador incontestable de la partida.

CONTRARIOS Ya lo proclamó al parecer Heráclito: todo está hecho de contrarios o, añadido por mi cuenta, da lugar a juicios contrarios o sólo se capta por entero desde ángulos opuestos. Así, por ejemplo, la vida ha de apreciarse desde la muerte, ésta encumbra a aquélla como lo más valioso, si ella (que es el todo) nos falta no hay lugar a nada, etcétera. Pero no es menos cierto que la muerte puede deprecia radicalmente la vida,

pues desde la certeza de su llegada cuanto hay de valioso se devalúa a los ojos de muchos y tiende a cero. ¿Para qué empeñarnos en vivir si vamos a morir? ¿De qué sirve adquirir algo, si nos van a quitar todo? Nos conviene, pues, pensar en ambos extremos a la vez, porque es juntos como ofrecen el verdadero sentido de la existencia. Cualquiera de ellos, por separado, resulta abstracto y falso.

*Lo uno y lo otro* Parece extremadamente difícil para muchos sostener un juicio que pondere la complejidad de las cosas y de la vida humana. Es decir, que algo sea eso y al mismo tiempo lo otro, ahora así y a menudo de otra manera. Para la simplicidad de bastantes, algo es sólo bueno o nada más que malo sin acertar a comprender que precisamente es bueno en cierto aspecto porque resulta malo en el otro. Esos juicios matizados les suenan a complicaciones innecesarias, a gusto por el embrollo, a altanería humillante o a intención de evadirse del problema. Claro que el mayor peligro de los juicios prácticos contemporáneos parece más bien el contrario: que ya no hay bueno ni malo que se imponga, sino el «depende» o el «según». Nihilismo.

A HOMBROS DE GIGANTES Llevo día y medio subido a los hombros de un ser humano que fue grande, pese a sus indudables zonas oscuras: Ernst Jünger. Lo sé no porque así lo califiquen otros, sino porque así lo experimento yo mismo. Ya lo noté en mis frecuentes «encuentros» con él en épocas pasadas. Hay seres que te aúpan por encima de los quehaceres e inquietudes ordinarias, te descubren una realidad que está más allá, siempre más allá de lo que uno por sí sólo sería capaz de divisar. Una palabra o una frase suya pueden desvelarte un mundo. Dejan caer pensamientos que a una primera ojeada tal vez no entiendas, pero te obligan a detenerte porque intuyes en ellos un tesoro para tu vida. No te decepcionarán. Eso sí, para dar con estos grandes se requiere aceptar que uno es pequeño y que nos queda mucho que aprender. «Si no esperaseis lo inesperado, no lo hallaréis...»

COMIENZO Y FINAL Todo lo que empieza tiene que acabar, de acuerdo. Pero admitiremos que, una vez que todo ha comenzado para nosotros (la vida), en cuanto alcanzamos alguna madurez el problema decisivo pasa a ser su final (la muerte). No fuimos sujetos de nuestro comienzo, pero sí podemos serlo de su término. No es preciso contemplar la conducta de uno mismo desde su entrada al mundo, mientras que a estos años será inevitable que enfoquemos cada paso desde su salida forzosa. El pasado nos ocupará por fuerza menos que el porvenir, mirar hacia delante habrá de pesar incomparablemente más que recurrir al espejo retrovisor. Para decirlo sin rodeos: no nos cabe más que afrontar nuestra condición mortal. Lejos de merecer tildarse de enfermizo, será incluso un signo de buena salud. Lo haremos con temor, desde luego, pero no tiene por qué ser el temor del pusilánime. Por más que intentemos mirar para otro lado (o sea, *divertirnos*), llegará un momento en que ya no será fácil hacerlo. Esta es la cuestión: si ese

perpetuo recordatorio nos amargará cada instante del período postrero o, por el contrario, concederá a cada instante todo su valor y nos animará a exprimirlo hasta su última gota de placer... y de dolor.

SIN EXTRAÑEZA Si me propongo reflexionar sobre la vejez, parece inevitable que deje entrar en escena ya desde el principio a la muerte. Aquella no se entendería sin ésta, por más que haya demasiados que hagan como que lo ignoran o lo quieren olvidar. Me replicarán tal vez que no hace falta anticipar el declive de la vida humana, pero el caso es que ese momento último no debería pillarnos desprevenidos como cualquier otro sobresalto. Se trata sin duda del episodio de nuestra existencia al que debe preceder la más honda meditación. ¿Cuál sería el peso de nuestra vida o su valor si no incorporase la perspectiva de la muerte, si no se contemplara desde su término ineludible?

IMPENSABLE Claro que ya al inicio nos topamos con un muro infranqueable, porque la muerte como tal no se deja pensar. Decía Jankélévitch que pensar la muerte sería «pensar lo impensable». La muerte no da lugar a un pensamiento, sino a un contrapensamiento, porque pensar es por definición reflexionar sobre algo y pensar la muerte equivaldría a reflexionar sobre nada, o sea, a no pensar. La muerte viene a ser la contrariedad primaria, el no absoluto que incluye todas las negaciones posibles: por ser la negación de la vida en la misma vida, resulta también el sinsentido de todo cuanto busca sentido. Por eso nadie cree de verdad en su muerte.

Admitamos con el filósofo francés que no permite ser entendida como un objeto teórico más. Ni como la muerte propia, puesto que no cabe reducirla a un fenómeno observable como cualquier otro; en puridad, sólo sería comprensible para quien la sobreviviera, es decir, para un resucitado. Ni tampoco podría ser entendida como la muerte ajena, puesto que nos falta la empatía suficiente con quien se halla en ese trance y tampoco desearíamos ponernos en su lugar.

EL SABER DEL MORIR «Eppur si mouve». Frente a ese saber abstracto sobre la muerte, hay un cierto saber concreto que es el del morir. La experiencia de la muerte, más que un momento determinable, se desenvuelve como un proceso a lo largo del tiempo; como suele decirse, vivir es morir un poco cada día. Sólo que la conciencia más precisa de este continuado y progresivo morir viene con el envejecimiento propio, con los achaques y emociones que le acompañan y con la enfermedad final, es decir, mortal. Y la vejez es la edad en la que tropezamos más que nunca con ese destino fatal, convertido ya en vivencia personal e intransferible.

SER RELATIVOS La muerte relativiza todo cuanto se compare con ella o se contemple

desde ella. El hombre mismo es un ser relativo a la muerte, el que siempre vive con relación a ella. La muerte es su trasfondo y su horizonte. Ella pone a cada uno *en su sitio*.

La muerte nos hace pequeños y grandes a un tiempo. Pequeños, porque es la prueba universal e incontestable de nuestra condena a la nada, su instrumento ejecutor más manifiesto. Sólo ante ella palpamos nuestra limitación esencial y la de nuestros proyectos más entusiastas. Al lado de su omnipotencia, ¿qué podemos nosotros? Pero también nos hace grandes al mismo tiempo. Y es que, mirada a fondo nuestra vida, la muerte es el acicate negativo de cuanto hacemos y deseamos, de todas las aspiraciones humanas. Nuestra guerra perpetua acabará para cada cual en una victoria de la muerte, pero tras una sucesión de derrotas parciales que el hacer humano le va infligiendo. Somos lo que llegamos a ser (y con nosotros la humanidad) contra la muerte y por su mediación; a fin de cuentas, gracias a ella.

VIVIR EN SERIO Nos tomamos en serio la vida porque sabemos que al final aguarda la muerte. Si no fuera por esta razón, ¿por cuál otra iba a ser? ¿Qué nos obligaría a medir la gravedad de lo que hacemos en caso de creernos inmortales? Bajo la capa de lo serio siempre hallamos la conciencia de la muerte. «La muerte no está al final de la vida; está en el centro.» (Ramón Andrés).

LO SIGUIENTE DE LA VEJEZ No me reprochen que, habiendo prometido hablar de la vejez, dedique tantas páginas a indagar en la muerte. Diré en mi descargo que resulta algo inevitable. Si al niño, al joven o al maduro les restamos su futura senectud, cada uno de ellos permanece casi invariable en su edad. Privemos, en cambio, al anciano de su cercanía a la muerte, y dejará de ser un anciano. La vejez todavía ofrece algún margen para el autoengaño. La muerte, ninguno. La amenaza de la vejez viene precisamente de su término, la muerte. Las demás edades no son tan acuciantes, porque no desembocan en un final tan pesados. Algunos objetarán que el ser humano, en cualquier instante de su vida, es mortal, y lo mismo da que culmine ese efímero destino hoy que mañana. No lo creo así. La conciencia de su mortalidad le va impregnando según transcurre el tiempo: se sabe más mortal a los cincuenta que a los veinte, y a los setenta más que a los cincuenta. La decrepitud será su última llamada de advertencia.

*¿Aprender a morir o a vivir?* La idea de la muerte es contraria de la idea de la vida, pero el morir todavía forma parte del vivir. De suerte que la tarea de la filosofía, el objeto más elevado de la reflexión humana, no estriba tanto en aprender a morir, sino en aprender ese modo de vivir que se sabe abocado a morir. No es siquiera pensable lo uno sin lo otro. En resumidas cuentas, aprender expresamente a morir ya figura como capítulo central del programa de un vivir excelente o bien como su producto necesario. Por eso nunca he acabado de entender del todo la célebre proposición de

Spinoza: «En nada piensa menos el hombre libre que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». ¿Acaso puede elegir con acierto quien no medita sobre la precariedad propia de su existencia? ¿Y es que no encierra más valor una vida, a los propios ojos de su sujeto, justamente por saberse condenada a su pronta extinción?

*Corrigiendo al clásico* La meditación sobre la muerte lo mismo puede enseñarnos a vivir, y a desear vivir, como a desentendernos del vivir y a añorar morir. No creo que haya que dar por seguro ni lo uno ni lo otro. Y así también me corrijo a mí mismo.

PARA EMPEZAR, LA MUERTE Consideré un valioso atisbo de Fernando Savater el que su manual de Filosofía para alumnos de Secundaria se abriera con el capítulo titulado «La muerte para empezar». Ni contradice al sentido común ni se pretende una bufonada. Pues la muerte física vendrá al final de la vida de cada cual, desde luego, pero esa vida únicamente alcanza su pleno sentido porque el hombre se sabe mortal desde muy pronto. «Y es que la evidencia de la muerte no sólo le deja a uno pensativo, sino que le vuelve a uno pensador.» Si la conciencia de la muerte nos hace crecer y dejar atrás la niñez (que se cree inmortal), su certidumbre personal nos humaniza porque nos convierte en humanos. El hombre no es mortal simplemente porque muera, sino porque *ya sabe* de antemano que va a morir; y eso basta para distinguirnos de todos los demás seres mortales.

¿PUEDO QUEJARME? Me pregunto si, ante tantos dolores que colman el mundo, tengo algún derecho a quejarme de los míos. Y asimismo, si el dolor que procede de nuestra condición natural debe dejar en segundo plano al que proviene de la injusticia de los hombres. Nuestra realidad se presenta como una suma de ambos sufrimientos.

ACEPTAR SER CRIATURA Las creencias religiosas no parecen ofrecer hoy día a sus creyentes confianza suficiente para afrontar su propia despedida del mundo. En realidad, se diría que la creencia actual más firme se aferra con mayor esperanza todavía al poder de la medicina y de las tecnologías orientadas a ampliar nuestra longevidad. Pero vivir como ser humano significa aceptar con realismo los propios límites, acoger su condición de *criatura*. Y probablemente filosofar sea sobre todo esforzarse en hacerse cargo de esos límites que nos fija nuestra mortalidad y asimilar sus consecuencias.

CUALIDADES MÁXIMAS «Como el valor y la inteligencia son las dos cualidades que más merecen que el hombre las cultive, el principal cometido de la inteligencia es reconocer nuestro estado de precariedad en la vida, y el primer cometido del valor no dejarse abatir

por ese hecho.» (R. L. Stevenson). ¿Se puede resumir mejor las tareas básicas del ser humano?

*Pensar en la muerte* «Si nos detenemos a pensar en la muerte, ¿quién encontrará el coraje suficiente para vivir?», se interroga también Stevenson. No neguemos ese riesgo, pero tampoco el peligro contrario. Pues, si eludimos pensar en la muerte, ¿quién encontrará el impulso necesario para vivir *como un ser humano*? La evocación de la muerte tanto puede ser un factor disuasorio como el estímulo más punzante y a mano para cultivar nuestra humanidad. Lo mismo que puede sumirnos en la propia desventura puede incitarnos a combatir la desventura ajena. Si pensar la muerte nos conduce a reconocer nuestra radical comunidad como *morituri*, ¿por qué no situar justamente en este parentesco último la raíz y el alimento cotidiano del altruismo? ¿Acaso se hallaría otra raíz más honda de la solidaridad entre los hombres que la que se funda en su común finitud?

CLARIDAD Escribe el autor oculto bajo el seudónimo de Fritz Zorn que, además de buscar la felicidad y el sentido, la vida humana tiene también el objetivo de la claridad. «Si no puedo ser feliz y si mi vida no puede tener un sentido, puedo todavía explicarme lo que soy y qué es mi vida.» Así lo pienso también. Los animales no humanos se confunden por entero con su existencia, no guardan distancia entre lo que son y lo que les pasa. El hombre, en cambio, puede distanciarse de esa vida suya, y por eso se separa de ella para preverla, juzgarla y transformarla. En suma, el hombre es entre los vivientes el único *sujeto* por ser el único capaz de *objetivar* su existencia.

RECORDAR LO PERMANENTE Como todo parece hoy tan volátil (o *líquido*), nos corresponde más que nunca recordar lo permanente e invariable de la vida humana, lo que jamás podrá pasar de moda. Y ésa es una tarea que la naturaleza parece asignar por principio a la persona mayor. Claro que nos cabe una duda inquietante: si la generación de los mayores ha quedado asimismo parcialmente impregnada del dominio del tópico, de la imagen o de la banalidad..., ¿cómo va a aportar el tono que la época requiere para que quienes vienen detrás aprendan eso que ahora no echan en falta?

*Lo más real y menos hablado* Hoy puede decirse lo mismo que en tiempos de Ramón y Cajal: «No hay acontecimiento más real e ineluctable que el fenecer, ni tema sobre el cual menos se platique». Los jóvenes lo ignoran por lejano, los viejos lo silencian por demasiado próximo e irremediable, y el precipitado final es que la muerte comparece para todos como un suceso incomprensible.

*En guardia* Otra manera de resumir el objetivo de este examen sostenido: estoy en guardia permanente frente a la muerte, nuestra más fiel enemiga. Vigilo sus

movimientos de avance y retirada, sus combates, sus victorias y alguna derrota provisional. Aprendo lo que me enseña, me acostumbro en lo posible a ella.

NOMBRAR LO INNOMBRABLE A cada paso se despierta la misma pregunta: ¿por qué pensar la muerte como término de la vejez si tantos hombres grandes ya lo hicieron, y nos han legado sobre ella meditaciones insuperables? Porque me temo que esas meditaciones apenas rozan ocasionalmente a la mayoría y no está de más insistir. En realidad, cuando reflexiones parecidas brotan en una conversación cualquiera, o bien se muestran chorreantes de frases hechas que pretenden inmunizarnos frente al miedo o bien resultan censuradas de inmediato para no incurrir en mal gusto. Cualquier alusión a la muerte está atreviéndose a nombrar lo censurado por innombrable. Pero probemos a hablar de ella con naturalidad, pues no deja de estar con nosotros ni un momento, ni haríamos nada de lo que hacemos sin su amenazante presencia al fondo. Siempre será ocasión adecuada para traerla a capítulo. ¿Y si esa mirada nos llevara a contemplarla también, pese a todo, como un refuerzo y estímulo de la vida?

¿Autoengaño? ¿Cuánto me habré engañado y estaré engañando al lector? No pretendes dominar la muerte, ni que decir tiene, pero ¿acaso confías en dominar tu pavor, cuando aquella se deje ver? A menos que fuera instantánea, sabes de sobra que el período que la preceda vendrá con una crecida de dolor físico y una tristeza insoportable. ¿De qué valdrá entonces esto que aquí meditas? Con todo y con eso, aunque no traiga el menor consuelo, proclamo ahora —porque entonces no habrá lugar— que este ejercicio me pone momentáneamente por encima de mi muerte. La reflexión humana de momento la vence, hasta que ella llega y derriba esta frágil barrera que los humanos somos capaces de oponerle, y no todos y no siempre.

EN SERIO Alguien ha dicho que no hay que tomarse la vida en serio, porque de todos modos nadie sobrevive a ello. ¡Menuda sandez! Precisamente por ello hay que tomársela tan en serio, porque es la *nuestra* y además la *única* vida. Si fuéramos a sobrevivirla y nos esperase alguna otra, ¿acaso nos iba a preocupar tanto que esta de ahora terminara? Y si nos fueran mal las cosas, ¿dejaríamos de soñar que en la próxima ocasión nos irá mejor?

UNA ELECCIÓN ACERTADA Una duda que me asalta cada dos por tres: ¿no será excesivo reducir la vejez al ángulo de visión que aquí estoy adoptando?; ¿acaso no estoy dejando fuera un buen número de cuestiones diversas que también surgen y me acompañan mientras me hago viejo? Me contesto que no, que acierto al adoptar el punto de mira escogido. Y que lo escojo precisamente porque —sobre todo en esta fase de mi vida— se me antoja el más sustancial y el que debe ser privilegiado. De niño no cabe esperar una

meditación en torno a nuestra niñez, a diferencia de la edad joven, adulta o ya proveya, en las que conviene que el sujeto adecue sus cavilaciones a lo que cada uno de esos períodos le vaya especialmente sugiriendo. Así las cosas, ¿quién negará que la mirada de la vejez ofrece la ventaja de que, por ser la última, la más próxima al final, podría ser asimismo la más completa y penetrante...?

HABLAR POR LOS MUERTOS «Cada vez que hablas lo haces también en nombre de los muertos. Hablan por ti. Es la mayor razón para esmerarte.» (Andrés Trapiello). Sí, hemos de hablar por los que no pudieron o ya no pueden hablar. Me contentaría con dar voz a algunos muertos, a unos pocos, aun cuando esta minoría ya no puede resarcirse de los silencios en que les han sumido durante siglos. ¿Quién nos dice que aquellos silenciosos no aspiraban tal vez a pronunciar estas mismas o parecidas palabras...? Empiezo así a comprender otra virtualidad de estas meditaciones: me llevan a dialogar en silencio con *mis muertos*. Me dan que pensar y, al recordarles, hago lo único que puedo hacer por ellos.

PARA SEGUIR VIVO Sin duda están en lo cierto los médicos, higienistas, dietistas y demás encargados de fomentar nuestra buena salud: el regular ejercicio físico y una alimentación sana añadirán algunos años a nuestra vida porque la harán más saludable. Lo que me irrita es ver ese consejo convertido en consigna por la que demasiados sacrifican intereses más altos y buena parte de su tiempo libre. Al cuerpo lo que es del cuerpo, naturalmente, pero ¿se reservará algo para el alma? No acabo de entender el aliciente de vivir con vistas a seguir viviendo un poco más.

EL PASADO, OBSOLETO Hace no mucho que murió John Berger y leo sus muy lúcidas respuestas en una entrevista reciente. A la pregunta de qué es lo más importante que hemos dejado atrás con los actuales avances tecnológicos, contesta: «Yo diría que el sentido del pasado y el sentido del futuro. Hoy en día el motor para vivir es simplemente el instante presente, que es el instante del mercado. Ya no sentimos, como se sentía hasta hace muy poco, que los muertos están con nosotros ni que tenemos una deuda pendiente con los que aún no han nacido». Ciertamente, la perspectiva hacia atrás y hacia delante de los contemporáneos no se extiende más allá de unos pocos años. Descreemos de que el pasado pueda exhibir ejemplos que nos inciten a llevar una vida más sabia. Si hoy nos referimos a él, es «sólo para advertir que está obsoleto, y así hacernos sentir que somos diferentes». Y muy superiores a los habitantes de ese pasado, faltaría más.

SE APRENDE DE MAYOR Lo importante en la vida se aprende sobre todo de mayor. De bastante mayor, a veces a punto de la partida definitiva, otras incluso con el pie ya en el

estribo. Seguramente para muchos será el momento de exclamar: «Ah, ¿eso era todo?». Uno diría que el hombre es un ser retardado, tal vez largo de entendederas para ciertos asuntos particulares, pero corto para aquellos otros en los que se juega comprender el sentido entero de su existencia. Lástima que sólo le quede el tramo más breve del camino para sacarle provecho. Ya lo sabía Saint-Exupéry: «El hombre tarda mucho en nacer».

SOMOS SOLOS Algunos hombres suelen vivir más o menos solitarios, pero todos somos solos. Y la razón última es que vamos a morir, una experiencia que determina todos nuestros pasos y que no nos cabe compartir con nadie. Si buscamos permanecer el mayor tiempo posible en compañía, es por eso. Por eso también se acrecienta el peso de la melancolía durante la vejez, por ser la última estación, el prólogo de la soledad perdurable. La que inspiró aquel verso: «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!».

EL LECTOR INTERESADO De cuando en cuando me digo en voz baja que este quehacer que me propongo quedará irremisiblemente desairado. Y es que sus destinatarios concernidos más de cerca, quienes ya son ancianos, serán probablemente los menos dispuestos a interesarse por él. No lo atribuyamos a un desprecio expreso. Más bien se tratará de un desinterés propiciado por varios factores, que van desde la escasa afición a la lectura hasta el rechazo a unas meditaciones volcadas en el temblor que nos aguarda a la vuelta de la esquina. Ante todo desean reducir su angustia rampante, y para ello prefieren mirar hacia atrás más que hacia delante.

Es de suponer, en cambio, que sus más probables lectores —si los tuviera, y eso sin llegar a entusiastas— se encuentren en franjas de edad anteriores, pongamos en su madurez. Dejemos que les golpee alguna reflexión que nunca antes les hubiera asaltado, que les perturbe cierta idea en la que no repararon. No digo yo que vaya a ser como aquella paulina caída del caballo. Bastaría que fuera un primer paso, si no para reconciliarnos con la muerte, al menos para afrontarla con mayor coraje.

## Sobre la edad tardía

*No entres dócilmente en esa plácida vida.  
Enfurécete, enfurécete ante la muerte de la luz.*

DYLAN THOMAS

ENVEJECIMIENTO Es la prueba más fehaciente de que cada día nos morimos un poco. Estamos envejeciendo desde que nacemos, pero la piadosa convención establece que sólo los ya mayores se hacen viejos. Hasta cierta edad podemos disimular con poco esfuerzo que nos dirigimos hacia la ruina total. La conciencia de nuestro declive se despierta en nosotros de vez en cuando, no es ése todavía el ánimo habitual que embarga nuestro yo. Pero poco a poco unas cuantas advertencias ya no nos permiten el engaño, desde una u otra dolencia física hasta el caudal de muertes que cada poco nos sobresaltan. Así hasta desembocar en una vejez ya inocultable. Cada sonrisa del anciano tiene ahora que salvar antes su angustia y sus decepciones. Ese sujeto ha adquirido el saber indudable de su cercana derrota.

LA CONDICIÓN PRIMERA Para pensar y hablar sobre la vejez, hay que ser viejo. Antes de su llegada la vejez apenas se deja ver, porque tampoco se deja sentir. No son los demás ancianos los que me enseñarán la mía, sino al revés: acertaré a detectarlos a través de mi propia ancianidad. Hasta entonces aún no eran para mí *otros como yo*. Además, hay que estar dispuesto a decir la *propia* verdad, porque a estas alturas ya no tiene sentido el disimulo o el fraude.

¿DESDE CUÁNDO? No sabríamos datar con suficiente precisión cuándo empezamos a envejecer. Tal vez un achaque físico que se quedó ya con nosotros, la pérdida de fe en aquel amigo, una mirada ajena, un sentimiento del que te avergüenzas, una vaga sensación de que las cosas ya no son como antes. Cada uno puede situarlo en ciertas experiencias irrepetibles. Pero todos aceptaremos que siempre admitimos ser viejos algunos años más tarde de cuando ya no cabe ocultarlo. Para Oscar Wilde habría una explicación incontestable: «La desgracia de la vejez es que uno todavía es joven». O así se cree uno, y eso bastaría en cierto sentido para serlo...

*Última etapa* Hay hechos que uno sabe sin la menor duda que marcan definitivamente su vida. Los de un día y otro parecen los mismos, pero el siguiente ha trastocado ya el ánimo o las expectativas del sujeto. Uno percibe con nitidez que acaba de dejar atrás la penúltima etapa y ha ingresado en la última. O, lo que viene a ser igual, que ya no le

cabe esperar nada que merezca la pena. Más acertadamente todavía, que todo lo que le espera merecerá su propia pena.

*¿Antes o después?* Centrándonos en la sociedad occidental, ya sabemos que la distribución por edades de la población ha variado lo suyo. Lo mismo que la retracción del mercado de trabajo prohíbe hoy a la mayoría de jóvenes hacerse mayores, el avance de la higiene como de la medicina les permite, al contrario, alcanzar cotas más provectas. Lo muy sorprendente es que alguien como Dante Alighieri (*Las cuatro edades de la vida humana*) proponga que la juventud de los hombres se extiende hasta los 45 años, que su senectud llega a los setenta y que desde éstos hasta los ochenta entrarían en lo que llama senilidad. Es decir, que a fines del siglo XIII ofrezca unas cifras propias de las sociedades desarrolladas del XXI.

**A OCULTARSE** Parece evidente que la vejez es la edad que más busca ocultarse, y eso aun cuando sus defectos o las amenazas que pesan sobre ella sean indisimulables, o digamos que por eso mismo. Los mayores tienden a retirarse y hasta esconderse para que nadie certifique su irremisible condena. Bastantes estados de ánimo les conducen a ello; el más común, la pesadumbre de su desgracia, y con ella la vergüenza o la humillación que la acompañan. Los otros son la prueba de que la vida *sigue* y que sigue *igual*... menos para estos viejos. Esos condenados se preguntan sorprendidos: ¿ahora me toca a mí?, ¿había que pasar por esto?

*¿Qué fracaso?* Llegados a esta encrucijada, la gran cuestión es si la conciencia que prevalece es el fiasco *de la vida* o el de *mi vida*, el fracaso de toda existencia humana o nada más que de la mía. Y uno supone que cualquiera de ambas alternativas resulta igual de inconsolable.

**DE RETIRADA** El viejo está de retirada de los asuntos ordinarios porque todo le está anunciando otro asunto extraordinario y único, el principal después de su nacimiento: su propia desaparición. Toma distancia de lo que antes le ocupaba porque eso ya no puede interesarle tanto como lo que ahora viene a absorberle.

**EL RESTO DE MI VIDA** Lo que me quede de vida, lo que Dios me dé de vida... Cuidado con deslizarnos hacia «lo sobrante» de nuestra existencia, «los restos» de uno que van quedando por el camino. Pueden ser expresiones traidoras.

**CONCENTRARSE EN SÍ MISMO** La vejez se nos acerca con un impulso a volver la mirada hacia uno mismo, y en último término a la búsqueda de la soledad como su rincón

preferido. No es tanto que te dejen los otros, sino que uno mismo se va alejando de ellos. Parece llegado el momento de perseguir lo que más nos importa o, mejor, de descubrir por fin qué es lo que de veras importa. Eso marcará probablemente la diferencia en el valor de las vidas humanas, su peso relativo.

*Deseo* Deseo de acotarme y entregarme a lo que merezca más la pena, a vivir casi ensimismado para vivir con mayor sentido. Habría que estar repitiéndose la cantinela «ya no queda tiempo», aunque tampoco ese monótono recitado hará madurar mi pobre mercancía. En realidad, no es preciso recordármelo. Una voz interior sigue dictándome que no salga de casa (*noli foras ire*), que me entregue a la meditación, a lo más humano en mí.

LO PRINCIPAL Y LO SECUNDARIO Llega un momento en la vida de bastantes, como en la mía, en que sin proponérselo uno ha variado la jerarquía de sus intereses e inclinaciones. Lo principal y lo secundario ya no representan lo mismo que hasta entonces. Evidentemente, se debe a la inesquivable perspectiva de ese fin del trayecto que nos aguarda cada vez desde más cerca. Permanece, con todo, la duda de si esa alteración responde al declinante valor de las cosas, revelado al sujeto al término de sus días, o tan sólo es otro efecto más —y no por fuerza positivo— de esa cercanía de la meta. La nueva panoplia de nuestros quehaceres y deseos, ¿es más o menos auténtica que la anterior? Nuestra mirada más reciente, ¿nos enriquece o nos empobrece?, ¿viene a una con la claridad o con las sombras? No sabría responder con toda firmeza, pero quiero pensar que al final estaremos más «desocupados» para permitir que nuestra visión se vuelva de verdad penetrante.

*Beneficios y pérdidas* Pensar la vejez en primera persona significa pensar desde la perspectiva de mi muerte, de cuando ya no esté. Intuyo que la principal novedad será una mayor comprensión de las debilidades de los demás, y por tanto una mayor tendencia a disculparlas. Aunque también podría ser que el resultado fuera, como represalia contra mi próximo límite, desentenderse de lo que les ocurra a todos los otros.

EUFEMISMOS Resulta revelador cómo tratamos de disfrazar la vejez, según probarían muchos tópicos vigentes. A menudo recurrimos a ellos a fin de no herir al anciano o al que no anda lejos de esa condición, pero siempre sin duda para ocultarnos lo que juzgamos ser el final de su vida, y, peor aún, un final miserable. Nos referimos, y es un ejemplo, a una persona *de edad*, como si las demás no lo fueran o gozaran hasta entonces de la condición de seres intemporales, espíritus puros no alterados por el paso del tiempo. No hay recurso más habitual que acudir a esa muletilla (que denota buen tono, aunque a nadie engaña) a la hora de calificar al viejo. Cuando nos referimos asimismo a

alguien como persona de *cierta* edad, eso no significa que tenga una edad indefinida o que no sepamos precisarla con aproximación. En el habla común significa sin más una persona mayor, que ya es viejo o está a punto de serlo. Estrictamente hablando, todos somos personas de edad y, claro está, de cierta edad, pero se trata de disimular que unos la acumulan más que otros.

*Los jóvenes de nuestra edad* Vengamos a esa expresión tan cortés, y tan manida, de que este o aquel anciano es todavía muy joven (o que era muy joven para morir...). Salta a la vista que contiene un mensaje de ánimo cuyos primeros destinatarios somos nosotros mismos. Decimos que esos otros son jóvenes, unos chavales, porque uno mismo ansía serlo o porque no se debe morir a esa edad que es casualmente la nuestra. Claro que tales deseos parecen exclusivos de nuestra época y lugar, en los que el grueso de ancianos nos seguimos considerando eso que alguna vez fuimos: jóvenes. Admitamos que, en un sentido al menos, no deja de ser una buena señal. Revela que en nuestra experiencia han escaseado los avisos que nos advirtieran de la próxima bajada, que aún nos quedan ciertos proyectos que cumplir, que la sociedad contemporánea nos permite albergar ilusiones hace bien poco impensables...

*Usted sigue igual* Lo aprendí de Proust. Alguien nos dice que continuamos igual de jóvenes que cuando nos conocieron. Y uno piensa que esa expresión sólo adquiere el sentido deseado cuando, en realidad, lo mismo que en apariencia, nos hemos hecho viejos. Y como el otro quiera halagarnos con eso de «por usted no pasan los años», hay que permitirse el chiste: «Tiene usted razón: conmigo los años se quedan».

CUMPLEAÑOS Mañana cumpla setenta años y, según imaginaba (porque parece suceder universalmente), no llego a creérmelo. Me digo que será porque esa cifra se acerca inexorable a la edad media en que la población de nuestro hemisferio acostumbraba hacer muy poco a morir, por más que nunca nos parece el momento adecuado para el adiós ni siquiera para que asome por el horizonte de nuestra conciencia. Nunca nos viene bien, siempre es demasiado pronto. Eso explica, supongo, lo llamativo de cómo manipulamos nuestro cálculo sobre las etapas de la vida, acerca del cuándo nos invade la vejez. Por mucho que objetivamente ya estemos metidos de lleno en ella, el sujeto que soy aún no lo nota (o se resiste a notarlo). La autopercepción dominante es la de extrañeza, como si esa edad tuviera que anunciársenos con toques de trompeta. ¿Acaso no hemos captado ya suficientes señales físicas y anímicas de que vamos cuesta abajo, en un declive continuo? En los últimos tiempos he reparado en unos datos que no puedo desmentir: me faltan ocho años para llegar a la edad en que murió mi padre y nada más que cinco para la que alcanzó mi suegro. Así pues, ¿no estoy ya lo bastante cerca del final?

*Al día siguiente* A ratos quiero creer que mis recelos son tan sólo de carácter simbólico. De ayer a hoy apenas han transcurrido veinticuatro horas, no un año entero

de distancia, pero el recuento ordinario me atribuye haber saltado de los sesenta y nueve a los setenta años, una cifra que me suena a escandalosa. No es mi cuerpo el que experimenta esa diferencia, sino mi ánimo. No hay foso ni corte alguno entre ambos lados de ese precipicio imaginario, sino una suave transición en un plano —eso sí— progresivamente descendente. Pero, con pendiente o sin ella, ¿acaso no es mejor llegar a los setenta que haberme quedado, pongamos, en los cincuenta y cinco? Si sostengo contra viento y marea que vivir vale más que no vivir, ¿habré de desdecirme nada más que porque me aproximo al extremo final? No es posible expresar el deseo de prolongar la vida sin aceptar que un día la muerte llamará a mi puerta. Sería incoherente que el goce de haber disfrutado de la vida se anule por la pena de esa cita con la muerte. Ese placer y esa pena van de la mano.

NUESTROS MUCHOS MUNDOS Trato en vano de retener la cantidad de cosas variopintas que he llegado a conocer hoy mismo de par de mañana sólo con la lectura apresurada de un periódico. El repaso me lleva desde múltiples noticias y comentarios de política nacional e internacional hasta un recordatorio de las estancias de Nietzsche en Sils-Maria; desde la nula afición por la lectura de la familia real británica hasta la descripción de la medina de Túnez, del inicio de la práctica del surf en la playa de Zarauz a la crisis económica de Brasil. Eso en un rato y casi de una ojeada, y sin contar otro buen rato posterior de visita por internet ni el que dedique a algún otro periódico y revista que todavía he de ojear en esta jornada, ni la avalancha de imágenes que me llegará por la tele y el móvil que aún no he encendido, ni... Traigo esto a cuento, esta literal *ocupación* de nuestra existencia cotidiana, porque me hace pensar que, aunque sólo fuera por esta avalancha informativa, no podemos compararnos con quienes nos precedieron.

PRESENTIMIENTO CONFIRMADO Me lo había temido y acabo de confirmarlo. Si no me engañan, el Banco Mundial acumula un inmenso arsenal de datos sobre todos y cada uno de los pobladores de nuestro planeta. Al parecer allí se dice, por ejemplo, que el 95 por ciento de los hombres vivos en el mundo o que el 88 por ciento de los españoles... es más joven que yo. O, lo que es igual, que al parecer me encuadro entre la exigua minoría de los más veteranos de la población humana. Si digo la verdad, no contaba con estar tan cerca de la cima; o del derrumbadero, según se mire. Pero los cálculos ¿científicos? se muestran tan precisos que no dejan escapatoria. Me entero hasta del límite probable de mi vida, un dato que voy a guardarme para mí y que incluso procuraré olvidar para no vivir en un ¡ay! hasta entonces. Vale, pero ¿podré seguir encarando la existencia como hasta ahora?

CONTEMPORÁNEOS Y COETÁNEOS Para saberse contemporáneo de otros basta con haber coincidido en algún período de la vida, mientras que los coetáneos comparten también

una edad pareja y por eso un paréntesis temporal más dilatado. Bien es verdad que nunca conocemos o tratamos sino a una exigua minoría de ambas categorías: a los más próximos por residencia, profesión y aficiones; los otros millones quedan fuera de ese pequeño círculo. Hoy, y gracias a las técnicas de comunicación, los contemporáneos y coetáneos de uno mismo constituyen un número más nutrido que nunca. Se amplía así la probabilidad de nuestro bienestar y de nuestra miseria, de las alegrías y de las penas.

MUY AGRADECIDO En un escrito en que se despide de la vida, el célebre neurólogo Oliver Sacks nos dejó testimonios para la propia reflexión. Comienza dando las gracias por haber disfrutado hasta ahora de buena salud y productividad y termina confesando que «el sentimiento que predomina en mí es la gratitud». ¿Y por qué? Por haber vivido como «un animal pensante en este hermoso planeta, y eso, por sí sólo, ha sido un enorme privilegio y una aventura». Me ha recordado inmediatamente este otro pasaje de Jünger: «Hay un solo pecado, del que todos los demás nacen como de la cabeza de la hidra [...]. Es la ingratitud. Y hay una sola virtud: el agradecimiento». Así que demos gracias a la vida, que nos ha dado tanto... Y luego, en esa misma carta, Sacks desgrana otros pensamientos que no podían faltar en un ser de su altura sumido en este trance. Puesto que se siente increíblemente vivo y desea todavía entregarse a sus múltiples deseos pendientes, «no tengo tiempo para nada que sea superfluo». Le siguen inquietando muchos problemas políticos, «pero ya no son asunto mío; son cosa del futuro».

*Una gratitud cósmica* Pocos lo expresan con el acierto de Borges: «Chesterton pensó [...] que el mero hecho de ser es tan prodigioso que ninguna desventura debe eximirnos de una suerte de cósmica gratitud».

ALGO FALLA Aparte de una calvicie progresiva, el primer signo físico indudable de que me había alcanzado la vejez fue el dolor de mis pies cuando se dedicaban a lo que mejor sabían hacer: caminar. Hoy, tras muchas advertencias en las últimas temporadas, al fin he debido reconocer también que algo comienza a fallar en mi capacidad auditiva. Pero estos avisos particulares resultan lo de menos. Lo que cuesta más es admitir que se trata de señales demasiado comunes de un destino que no es difícil adivinar. Como luego vendrán otras mucho más preocupantes, empecemos por acoger éstas y habituarnos a los pequeños desarreglos que todavía no son mortíferos, pero que denotan nuestra mortalidad.

*De aliada a adversaria* Hasta el comienzo de la vejez, la naturaleza suele ser nuestra aliada. Por lo general, está de nuestra parte. Después se convierte en una adversaria cada vez más irreductible y enconada.

*¿El enemigo asoma?* Se repiten con preocupante regularidad los recordatorios de

Herr Dr. Alzheimer.

VIDA ADELGAZADA No te engañas: sabes perfectamente que este paso, este silencio, esa dejación, aquella renuncia... significan una confesión de debilidad, un síntoma inequívoco de que tu vida —la física y la mental, la intelectual y la moral— va adelgazándose. Y has de aceptarlo.

OTOÑO SIN PRIMAVERA Envejecer es la experiencia de dejar progresivamente de ser mientras estamos siendo. La vida se muestra como un proceso simultáneo de construcción y destrucción, de progreso y regreso, de crecimiento y decadencia. El envejecimiento revela el sinsentido de la vida: su dirección es hacia la nada, a ninguna parte. Continuemos diciendo poéticamente que es el otoño de la vida humana, con tal de agregar: al que ya no seguirán muchas primaveras...

DISIMULO INÚTIL Por regla general el anciano se muestra reacio a dejar entrever sus sentimientos más hondos. Si se le pregunta, podrá responder que está triste, pero sin aclarar que esa tristeza proviene del recuerdo de los muchos que se fueron y de la conciencia de tener sus días contados. Una forma de disimular su propio miedo, como si fuera un temor excepcional entre sus coetáneos.

LO QUE PARECÍA TAN LEJANO Pronto me acercaré a la edad a la que murió mi padre y la extrañeza va creciendo: ¿acaso pensé alguna vez en alcanzar sus mismos años? Parecía estar demasiado lejos hasta que esa ilusoria lejanía ha revelado mi engaño. Pero la extrañeza deja enseguida paso a la urgencia: ¡cuánto me queda por hacer todavía, antes de que llegue ese momento! Es sorprendente que, al corto y deslucido período de vida que nos falta, confiemos en sacarle más partido que a todos los anteriores.

LA APARIENCIA ENGAÑA Es como si no hubieras crecido o si el tiempo no hubiera pasado por ti. Siempre te ha acompañado la sensación de que las personas algo añosas, con tal que estuvieran investidas de alguna autoridad o fama, eran mayores que tú. Te pasaba cuando crío, te sigue pasando incluso ahora, que has llegado a los setenta. ¿Por qué? Supongo que se debe al aura de superioridad con que el cargo o el prejuicio popular engalanan a esas personas y de la perspectiva desde el escalón inferior al que su observador inconscientemente se rebaja. Así es como nosotros mismos le avejentamos. Quien se eleva gana distancia y su propia imagen física se diluye tras su realidad simbólica. La autoridad —igual da política, religiosa o científica— parece concordar con un porte de mayor edad.

**GESTO PRIMORDIAL** No hay quien lo ignore o no lo haya esbozado en unas cuantas peripecias. Parece el inicio de un abrazo porque lo hacemos extendiendo ambos brazos hacia alguien y se acompaña o no de palabras expresas, porque la mirada ya lo está diciendo todo. Ese gesto transmite una petición de auxilio para dominar nuestro temor o nuestra necesidad. No exhibe ninguna prepotencia del sujeto, sino su impotencia; por eso mismo, parece más propio de quienes han renunciado ya a refugiarse en su vergüenza y a esconder sus debilidades. Es el gesto propio del desvalido. Del niño y del viejo, por tanto, porque todos somos seres desvalidos, y más que nunca al comienzo y al final de nuestra vida.

**ADVERTENCIA** Ante alguna alusión quejumbrosa a mi edad, un amigo que la rebasa con creces me advierte: «Pues aún no has llegado a lo peor de la vejez». Y yo sé que su premonición es justa y aún se queda corta.

**UNA CONCILIACIÓN DIFÍCIL** Acuerdo total con una sentencia de Salvador Pániker. Un problema esencial del hombre: «conciliar el envejecimiento con el crecimiento».

**TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE** Con el transcurso del tiempo no cambia demasiado el paisaje rural, pero el urbano se vuelve a menudo irreconocible. Paseaba el otro día por el casco viejo de mi ciudad y lo mismo echaba de menos el que había desaparecido como me sorprendía el que se estaba erigiendo sobre los restos del pasado que conocí en mi juventud. El resultado es que los lugares que ya no son como fueron provocan la nostalgia de amistades o momentos pretéritos. La asociación entre espacios y emociones se altera dolorosamente y rompe lo que dábamos por perenne. Para decirlo en pocas palabras: la caducidad del entorno urbano o industrial me habla de mi propia caducidad; la renovación general anuncia también mi ocaso particular.

*Pasos perdidos* Ayer tarde, en una cafetería a la que antaño acudíamos los amigos y ahora se reabre tras su reforma. Sensación de que tu vida ha perdido algo por haberse trastocado aquellos espacios que nos acogían junto a otras personas y metidos en otras pláticas. Nuestra vida está poblada de cuanto la ocupó, y desocuparla —en la medida que sea— equivale sentimentalmente a empobrecerla. Entonces entiendes mejor que en tu mundo no estás tú solo, sino también tu espacio y tu tiempo, los tuyos y los ajenos. Me pasa igual cuando en los paseos por la ciudad descubres que las tiendas y los negocios han cambiado de figura al haber cambiado de dueño y de mercancías o servicios en venta. Resultan otras tantas pruebas imprevistas del discurrir silencioso del tiempo, pero también de los avatares familiares escondidos en sus trastiendas y de

las coyunturas comerciales que fueron sucediéndose. Envejecer es también adquirir conciencia de todo ello. Mi vida no será siempre, pues, la que alguna vez viví: comenzó poblada por unas personas, unos objetos y en medio de unas creencias o costumbres, y acabará con otras bien distintas. Si en lo esencial la vemos idéntica, se debe a que para mí su personaje principal soy yo mismo, que creo seguir siendo el que fui.

CONVERTIDOS EN NADIE O en «casi» nadie, porque siempre seremos alguien para algún otro que nos aprecie, incluso cuando apenas seamos ya nada para uno mismo. El reciente espectáculo de mi pariente más anciano, aquejado de una demencia senil, era desolador: no sabía quién era él, ni su mujer, ni sus hijos, ni sus padres ni sus hermanos. Asistía a la conversación como cualquier objeto inerte de aquella habitación, hasta que se avivó de pronto y me acompañó a cantar dos melodías locales que le entoné. Me hizo recordar esas minúsculas facultades mentales que también mi madre conservó hasta el final.

UNA EXPERIENCIA CORRIENTE Llego al ordenador con dos o tres prometedores objetos de escritura en la cabeza y, al ponerme a ello, compruebo que en los minutos transcurridos he extraviado por lo menos la mitad de esas meditaciones. Mejor dicho: se han borrado sin dejar rastro en mi mente. Y uno tiene que aguantarse la rabia y el miedo a lo que venga (y admitir también que muy probablemente no se habrá perdido nada perdurable para la historia del pensamiento).

LA MAYOR SORPRESA Leo que, para Tolstói, la mayor sorpresa en la vida de un hombre llega con la ancianidad. Supongamos con él que no hubiéramos previsto los hallazgos con que tropezamos en esta nueva etapa; ¿por qué no ocurre otro tanto al cruzar el umbral de cada una de las anteriores?, ¿por qué los descubrimientos procurados en la senectud habrían de ser más sorprendentes? Intuyo que por ser más tristes y pesarosos, porque tras ellos ya no llegarán otros en los que quepa depositar confianza; en fin, porque ese período reúne todo aquello que más puede humillarnos y que aún no se había hecho lo bastante presente. Un sentimiento continuo del viejo es que las cosas todavía pueden ir a peor; para decirlo sin remilgos, que irán a peor. Lo tiene escrito Sánchez Ferlosio: «Vendrán más años malos y nos harán más ciegos».

POR QUÉ DISIMULAR Creo saber por qué tendemos a disimular los defectos de los ancianos. Una razón consciente es que esos ancianos que más tratamos suelen ser nuestros familiares o cercanos, a quienes no tenemos intención de humillar. La otra, inconsciente, es que buscamos precavernos desde hoy mismo frente a quienes puedan reprocharnos nuestros propios defectos cuando lleguemos a viejos.

LA ATRACCIÓN DE LA TIERRA Se dice a veces de las personas mayores que la tierra les atrae hacia ella. «Siento un cansancio mortal», suele exclamarse, y, según los más osados, eso apunta a la búsqueda del descanso eterno. Ahora bien, si nos lo preguntaran, ¿cuántos preferiríamos frente a ese eterno descanso una estancia simplemente algo más prolongada en este mundo?

ENVEJECER ES MIRAR ATRÁS Lo ha escrito el novelista Mankell y sería un parecer atinado. Además de su fatal punto de llegada, que nos espanta, lo que tenemos aún por delante es más breve y muy probablemente de peor calidad que lo que hemos dejado atrás. Pero la tesitura podría inducir dos clases opuestas de reacciones, cada cual de valor estimable. La una sería parecida al denodado e infructuoso afán del nadador a contracorriente, un esfuerzo ímprobo por empezar todo de nuevo o recoger lo que ha quedado disperso o extraviado a lo largo de esta travesía. La otra reacción llamaría a entregarnos plácidamente al curso de las aguas, sin oponer resistencia a esa fuerza que nos arrastra. Y esto último, ¿vendría con la seguridad de que otra actitud sería insensata o con la confianza de que arribaremos tal vez al puerto de la paz soñada?

SOLTANDO LAZOS Doy por seguro que la última es la etapa de la vida en que más necesitamos de amigos y en que, al mismo tiempo, parece que menos les echamos en falta. He recordado a menudo cómo de anciano mi padre se mostraba reacio a frecuentar a sus íntimos, por más que le instáramos a ello. Más tarde, mediante la observación de un comportamiento semejante en otros ancianos, he intuido que tales conductas nacen seguramente de una profunda desesperanza. Muchos de ellos se encierran cada vez más en su propio caparazón no por vergüenza ni por un súbito ataque de misantropía, sino por el aparente sinsentido que su condena ya anunciada imprime a cuanto proyectan y les sucede. El vínculo que un día nada lejano disolverá todos los demás les invita ya desde ahora a desatar aquellos nudos amistosos. El anciano prevé que en las miradas de sus coetáneos al reunirse llegará a percibir el mismo desamparo que ellos descubrirán en la suya propia. Agazapado en un rincón, su círculo social ha disminuido hasta quedarse casi desierto; apenas ningún atractivo llegado de fuera, ninguna seducción se apodera de él. Aquella tarde dominical en que, al abrir la puerta de su casa, comprobé que mi padre ya ni siquiera escuchaba la radio para seguir los resultados de la jornada de fútbol — como solía— adiviné sin esfuerzo que pronto nos diría adiós.

PARA CON LOS MUERTOS Hablamos por lo general de nuestros deberes hacia la siguiente generación, pero no tanto hacia las pasadas. En ningún otra edad tanto como en la vejez pensamos en los muertos, y con preferencia en los más nuestros y recientes. La razón parece clara: paso a paso nos vamos acercando a su estado, a ese lugar en que —si vale

decirlo así— reposan y nos esperan. ¿Qué relación habremos de guardar con ellos como no sea la de deudores? Pocos puntualizan ese deber como Comte-Sponville: «Se trata de hacer que los muertos, en la medida que dependa de nosotros, no hayan vivido en vano. Se trata de continuar una historia que nos precede, que nos supera, que pasa a través de nosotros». *Mis muertos* me encomiendan, pues, que esa vida que ellos me han dado o han contribuido a formar no les decepcione en caso de que pudieran observarla. Pero tenemos deudas y deberes asimismo para con *los muertos de todos*, esos que sacrificaron su vida en pro de ideales comunes. Aquéllos y éstos piden a los vivos que les hagan justicia, que en unos casos testimonien su mérito o que proclamen en todos la injusticia que se les infligió al tener que morir.

*Vejez y misericordia* Alguien me opone unos interrogantes que dan que pensar. ¿Y qué pasa con esos muertos que dejaron deudas pendientes, con los que en vida fueron peores que un demonio incluso a criterio del juez más benigno? La respuesta nos adentraría en la relación entre vejez y perdón o vejez y misericordia; nos plantearía incluso si debemos compadecer el mal que el malo se inflige a sí mismo al cometerlo. Sólo me arriesgaría a decir que ese anciano seguirá mereciendo idéntico juicio negativo que antes de morir, por más que su muerte anunciada le convierta de inmediato en *compadecible*. Pero vengamos de paso a otra cuestión central: ¿cambia en algo la naturaleza de las virtudes durante la vejez? Si la valentía es una virtud política, valga por ejemplo, ¿será más meritoria en la juventud o en la madurez — cuando más se tiene que perder— que en la vejez —en la que poco o nada puede ya perderse?

EL PEOR ESPECTÁCULO No hay cosa menos recomendable a un viejo que el espectáculo de otro viejo achacoso y ya rendido a la necesidad.

FICCIONES GERIÁTRICAS En un debate en la tele local sobre el envejecimiento me enredo con un geriatra que a mi entender muestra un notable temor a las ideas y a las palabras. Para él lo importante en una discusión es el tono en que uno se expresa, no los argumentos manejados. Parecía dispuesto a sacrificar la verdad, con tal de no inquietar a nadie ni quebrantar los prejuicios reinantes. Al fin y al cabo, también dejó dicho, *todo es opinable* (y, por lo visto, toda opinión es igual de respetable). La imagen del viejo no tenía por qué vincularse a la decrepitud., quizá ésta fuera tan frecuente en la juventud como en la edad senil. De modo que nuestro especialista aludía al anciano irreal, no al real; cantaba la vejez soñada, no la vivida; para él no había leyes, sino sólo excepciones que pretendía hacer pasar por leyes. En cuanto se enumeraban ciertos rasgos generales de la ancianidad, replicaba que no había que generalizar, como si debiéramos hablar de casos particulares y no mediante conceptos generales sobre un específico grupo humano. Le pregunté entonces por qué se empeñaba en insuflar deseos de vivir a sus pacientes, si

no sería acaso porque es característico de esa edad que tales deseos tienden a decaer o se han desvanecido. Me dejó la duda de si alguien con tan depurados criterios podía entender y ayudar a un anciano.

**HACERNOS MAYORES** Comenzamos a hacernos mayores cuando nos corresponde ocuparnos de otros. De los más pequeños, cuando somos sus padres, y de los mismos mayores, por ser sus hijos. Cumplidas ambas tareas, ya estamos en la pista de salida.

**AMOR CIEGO** Cuando quieres mucho a una persona dejas de verla envejecer, se dice, y la experiencia puede corroborarlo en buena medida. Nos pasa con el hermano o la mejor amiga, en quienes no detectamos tanto sus visibles arrugas como ese gesto de siempre que a nuestra mirada les identifica. Él o ella siguen siendo para nosotros los mismos que fueron, porque en ese guiño o esa mueca nos parece que reside su verdadero ser, su *esencia* o su *carácter*. Por debajo o más allá de sus rasgos reales, percibimos sus rasgos ideales. Pero no por ello esa misma persona deja un solo día de declinar a los ojos de todos los demás.

**LA VEJEZ DEL OTRO** Como escribe Proust, no vemos nuestra propia edad, sino que, como un espejo opuesto, cada uno ve la del otro. Y añade que con la vejez ocurre como con la muerte. «Algunos las afrontan con indiferencia, no porque tengan más valor que los otros, sino porque tienen menos imaginación.»

**OTRA VIDA PARA EL VIEJO** Me animo diciéndome que las lecturas que me aguardan han de depararme una vejez más grata o siquiera algo menos ingrata. Sucesivamente me acompañarán tantas personas como las que pueblen, por ejemplo, los libros de memorias cuya lectura me espera aún. Y tantos deleites como los contenidos en las mejores novelas y ensayos que aún confío echarme a la cara. Viviré así por medio de otros y gracias a ellos. Y disfrutaré de tanta belleza, de tanto saber, de tanto prodigio como sea capaz de asimilar en esas horas que anticipo. Claro que hay una sombra que enturbia esta jovial esperanza: ¿y si, a cierta altura en la plasmación de este proyecto, ya no esperase nada, ni me importara nadie ni me quedara ningún hueco para la dicha...?

**TIEMPO DE ABURRIMIENTO** Con la edad disminuyen las demandas corporales y hasta espirituales del anciano. Eso parece reñido con su atribulada conciencia de lo poco que le queda por vivir y de lo mucho que aún le falta por hacer y conocer. Lo cierto es que durante ese período su vida tiende a agotarse en la preocupación por los más próximos y los achaques propios. Añádase su constante rumiar lo ya sido. Lejos de ser un tiempo de

curiosidad, en buena parte resulta un período de más, en el que prima la repetición de los gestos habituales, un tiempo de desgana y aburrimiento. En fin, un tiempo vacío.

DESOLACIÓN El anciano animoso cobra siempre a mis ojos la altura de un héroe. Más corriente es el anciano desanimado, ése que nos confiesa que ya no espera sino que baje el telón, que nada le apasiona ni atrae como para desear seguir viviendo. En pleno desierto anímico, parece haber descubierto la nadería de su existencia y de la de todos. Es un ser entregado, rendido. Ha podido ser un descalabro orgánico o una desgracia familiar, poco importa, lo que ha hundido todavía más su alicaído tono vital. Hasta entonces aún buscaba compañía, desde ahora sólo la soledad le acompañará dondequiera que esté. No hay escena más desoladora que esa desesperación.

HASTÍO Acabamos cansándonos de todo. De lo que nos gusta y de lo que nos disgusta, de los amigos y de los enemigos, de nuestras esperanzas y hasta de nuestra desesperación. Me cansaré de estas mismas anotaciones y de otras parecidas. Cada uno de los alicientes que nos movían ha pervivido algún tiempo, ha llenado un tramo de nuestro recorrido y, de pronto, la satisfacción que antes nos proporcionaban se trueca en disgusto y hastío. En la mayor parte de los casos no sabríamos indicar una causa particular de esa transformación. Responde simplemente a que el tiempo no pasa en balde y su roce diario nos va desgastando. O, lo que es igual, disponiendo ya todo para nuestra salida definitiva.

## Cuando empieza la retirada

*Envejecer no es nada; lo terrible es seguir sintiéndose joven.*

OSCAR WILDE

VIEJO DE GOLPE «Las humillaciones físicas de la vejez. La vejez —nunca lo había pensado— empieza de golpe. De un día para otro, casi de un instante a otro. De repente cambia tu postura corporal y no puedes evitarlo.» (Imre Kertész). Como tampoco puedes evitar la papada imparable o los tropezones ante el menor obstáculo.

*¿Se acelera el descenso?* Me pregunto con alguna inquietud si los síntomas que me detecto desde hace unos meses muestran los signos iniciales de mi cuenta atrás. El médico de cabecera me manda al especialista y éste ordena someterme a unas pruebas. Me explican que estos tanteos son para descartar que haya una alteración u otra, lo que significa que servirán también para confirmarla; si se busca el no, se está reconociendo el temor previo de obtener el sí. Supongo que los comienzos de un mal físico cualquiera, incluso del que luego se manifestará como una dolencia fatal, se presentan casi siempre así: los primeros avisos son mínimos, apenas se hacen notar. ¿Qué haré si me diagnostican el arranque de un proceso maligno? ¿Preguntar cuáles serán las fases venideras?, ¿cuántas etapas me aguardan todavía en esa cuesta abajo?

LA REGLA Y LA EXCEPCIÓN Salta a la vista que Schopenhauer pierde coherencia en sus numerosas referencias a la vejez. Pues el caso es que, cuando la contrapone a la juventud, no duda en entonar su apología. Con el desengaño que le depara la vanidad de nuestras ilusiones, etcétera, el viejo ha entrado por fin en la época de la tranquilidad y de la alegría. Eso sí, a renglón seguido, aquel filósofo acaba reconociendo que eso no vale más que para una minoría de ancianos, el grupo de ancianos selectos, la excepción; abarca a la sexta parte de la humanidad, llega a precisar. Así que no hace la apología de la vejez, sino de unos pocos viejos.

SOBREMORIR Aun a riesgo de un fácil juego de palabras, ¿no parece más propio decir que somos «sobremurientes», y no «sobrevivientes», ya sea de un accidente o una enfermedad? En tales casos no nos hemos situado por encima de la vida, sino más bien de la muerte, a la que hemos burlado de nuevo. Sobremorimos porque los cuidados médicos han ganado provisionalmente una batalla a la Parca, una victoria cada vez menos fiable y duradera. La hemos sobrepasado, pero —conforme van discurriendo los

años— por muy poco, lo justo para seguir vivos. Es verdad que sobrevivimos, pero gracias a que sobremorimos a diario.

NI LAS GANAS DE VIVIR NI DE MORIR Perder las ganas de vivir no exige que en compensación le crezcan a uno las ganas de morir. ¿Significa acaso permanecer irresuelto en tierra de nadie, atareado en un vivir sin aliciente alguno y en camino inevitable hacia ese destino que aún no se ha librado del temor que le acompaña? Algo así. Sería un término medio entre *dejarse* vivir y *dejarse* morir, sin más afanes de lo uno que de lo otro. Seguramente, el sentido estricto de nuestro «ir tirando». O, aún mejor, de que la vida y la muerte —de forma alterna o a la par— tiren de uno.

*Vamos tirando* O sea, vamos arrastrando nuestra vida y sus disgustos como si fueran una cadena de amarguras. Una imagen que se acerca a expresarla sería la del arrastre de piedras, ese deporte popular vasco en el que una pareja de bueyes tira de un bloque granítico; para el caso, los bueyes seríamos nosotros. Más exactamente, somos a un tiempo los que tiramos y los que somos arrastrados. Es algo que decimos para indicar que nos pesa la vida, como a todos, aunque en realidad nos pesa más esa muerte aplazada, ese ir muriendo en que se nos convierte la vida. Son palabras que transmiten y a un tiempo ocultan esa pesadumbre. Se pronuncian en respuesta a la pregunta del otro por mi suerte, y el interlocutor las entiende sin más aclaraciones, dado que su experiencia acostumbra a ser la misma que la mía. Y así suele ser también una manera de solicitar de ese otro que no prolongue más allá la indagación.

CONTRA LA TRISTEZA No consigo librarme de la tristeza de estos días tristes. Me digo, eso sí, que ésta puede provocar reacciones opuestas. Una sería la que nos advierte de continuo que nada vale esa pena, puesto que todo acaba y hay alguna verdad en la idea de que todo acabar es acabar mal. La variante contraria no deja de asegurarnos que ningún sufrimiento habrá de tomarse demasiado a pecho, puesto que la brevedad de la vida lo anula o al menos lo aminora. Ambas directrices están ancladas en el pesimismo, por más que los ánimos que propician pueden ser paradójicamente distintos y en ciertos casos estimulantes. No hacer y no sufrir, eso es lo que cada una viene a pregonar.

*Nada más que viejo* Hay situaciones o temporadas en que todo se concita para que te sientas viejo y sólo viejo. Esas en que no sabes cómo encarar un problema o sobrellevar una pena. Y piensas que nada te costaría desaparecer de entre los vivos, que habitualmente saben resistir sus cuitas mejor que tú y sin tantos aspavientos.

DICHO Y HECHO Más allá de las pocas excepciones y de los muchos estereotipos que la encubren, la vejez viene a ser la etapa en la que el sujeto cree haber dicho y hecho ya

cuanto tenía que decir y hacer. Es la edad en que escasean los ánimos para querer más, en la que el individuo se da por *amortizado* (como hoy se dice), es decir, por muerto o acabado. Casi nadie halla en su interior nada nuevo que emprender, así como seguramente tampoco nada que admirar en otros. Ya lo enseñaba Juan de Mairena a sus alumnos: «Aunque el mundo se ponga cada día más interesante [...], nosotros envejecemos y vamos echando la llave a nuestra capacidad de simpatía cerrando el grifo de nuestros entusiasmos».

DECLINANTES Más tarde o más temprano caes de pronto en la cuenta de que este o aquel personaje lleva un tiempo ausente del foro público. Era seguido por bastantes, pero ya no habla, escribe o se muestra con la asiduidad que antes lo hacía. Probablemente esté en plena declinación. Como uno mismo ya lo está o, si no, lo estará en breve.

AMOR DESCONCERTADO ¿Qué destacarías por encima de todo en la película *Amor* (Michael Haneke)? Seguramente la suma de situaciones en que la pareja de ancianos desconoce cómo reaccionar porque nunca antes las había afrontado. Pero el caso es que tampoco lo saben los profesionales concernidos, porque se limitan a recomendar meras operaciones técnicas inútiles; ni mucho menos los jóvenes, confusos ante problemas que están lejos de pensar que algún día serán también los suyos. Es cierto que nuestras sociedades más adelantadas se han dotado de servicios públicos de salud, residencias geriátricas, etcétera, así como de artilugios con los que paliar los hándicaps que el declive vital multiplica, prevenir las nuevas incapacidades, atemperar las dificultades que hasta esa edad y esos achaques nunca lo habían sido (desde desplazarse por la vivienda hasta satisfacer las urgencias más perentorias). No sobran todas esas ayudas, desde luego, pero imagino que echaremos en falta algo más hondo y más urgente, a lo que no sabría darle nombre apropiado como no fuera el de «ternura». Semejante carencia vendría además junto con la incertidumbre ante los desafíos que cada día amenazan, la protesta porque nadie nos lo hubiera advertido, la vergüenza ante tanta acumulación de impotencia. Es en suma el desconcierto frente a lo que no formaba parte de la vida anterior (sobre todo si ésta ha sido hasta entonces medianamente confortable), pero que termina absorbiendo su entera fase final. Nos habíamos hecho la ilusión de que en una vida humana decente nada puede desentonar. ¡Y vaya si hay situaciones que desentonan!

SATURADOS DE MALES En la vejez, más que en ninguna otra fase de la vida, los sufrimientos ajenos nos resultan en verdad más ajenos que nunca. Y es que estamos invadidos del todo por los nuestros. Haría falta un grado casi heroico de desprendimiento para prestar atención a esos infortunios del otro que el tiempo ni cura ni mitiga. La queja permanente, hasta del amigo más querido, pronto deja de soportarse; la amistad puede proseguir, pero ya algo tocada, y a ese amigo le rogamus sin palabras que en lo posible

nos ahorre la exhibición de sus llagas. Nos negamos a ver y escuchar más penurias, porque son la prueba fidedigna de la desventura humana. Todo sucede como si contáramos con un límite irrebalsable en nuestra resistencia y un mecanismo que nos librase del temido contagio. Ni siquiera cabe dar por seguro que enterarse de unos males mayores del prójimo contribuyan a aligerar el peso de los propios. Es de temer más bien que aquéllos y éstos acabarán sumándose en el interior de uno mismo, acrecentando su desdicha.

*Mis pesares y los suyos* Cuando nos abruma muchos pesares, a veces los ajenos sirven para atemperar o reducir los nuestros. Así somos los hombres. Otras veces, en cambio, los multiplican, sencillamente porque consolidan la certeza de que la vida humana está tejida de tribulaciones. Entonces ya no distinguimos, dentro del saco de males, los míos de los suyos. Y, por increíble que nos parezca, al día siguiente comprobamos que aún nos cabía otro pesar más.

*El fardo de cada cual* Deberás reconocer sin esfuerzo que tantos te han ayudado y animado a lo largo de tu existencia, que ya no pueden darte más. Ya no soportan otra pena proveniente de ti, porque el fardo que cada cual carga tiene una capacidad reducida. Va llenándose primero de pesadumbres propias, que se hacen hueco a fuerza de desalojar a una porción de las ajenas. Sólo podemos dar y recibir en cantidades limitadas y, por cierto, guardando alguna proporción. Hasta los más santos esperan de los demás su parte alícuota de consuelo.

PASADO Y FUTURO El intento desesperado de que la calidad de nuestro futuro no decaiga demasiado respecto de la del pasado. Empresa infructuosa, inútil por imposible. Si no cabe detenerlo, ¿cómo haremos para acoplarnos a un proceso que tiene que desembocar donde ya sabemos? La vejez es precisamente su síntoma más manifiesto, y no se deja engatusar por quienes se esfuerzan en disimularla.

SE ACABA EL TIEMPO A partir de sus propios movimientos físicos todo parece indicar que el ritmo característico del anciano es la lentitud. Para unos cuantos de ellos, con todo, ¿no será ésa una impresión engañosa por parcial? Pensemos que a esa edad el tiempo restante se nos acorta y nos corre más prisa que nunca cumplir lo que aún nos queda por hacer. No podemos dejarlo para mañana, pues tampoco es seguro que para nosotros haya mañana.

ALEGRÍA OBLIGATORIA Se acercan los Sanfermines y vuelve a asaltarme esa sensación de fastidio cuyos motivos debo analizar. Quiero suponer que no responde al resentimiento del viejo que, incapaz de disfrutar de la fiesta como en otros tiempos, se irrita porque la

disfruten los jóvenes. Obedece más bien a una conjunción de reflexiones y estados de ánimo que han ido dejando su poso a lo largo de los últimos decenios. Aborrezco ese deber masivo de divertirse (o simularlo), esa narcisista exhibición del valor inigualable de lo propio que presuntamente deja pasmado al forastero, ese derroche de excesos vacíos y autosatisfechos. Pero eso no señala lo principal del disgusto. Atrévete a admitir que te abruma sobre todo el inexorable paso del tiempo, que se festeje la llegada del nuevo aniversario, cuando tantos amigos ya no pueden celebrarla y nuestra incansable perseguidora está un año más cerca de atropellarnos.

LO MEJOR O LO PEOR Tengo para mí que, a una mirada moral, la vejez lo mismo puede revelarse siendo la edad potencialmente más virtuosa como la más detestable. Sería la más noble cuando la experiencia del anciano le lleva a descubrir la comunidad de *morituri* que comparte con todos los demás y a prestarles así la atención compasiva que demandan. Pero también puede ofrecer su rostro más repugnante cada vez que su propio autodesprecio le induce a desdeñar a sus compañeros de destino. Se oye entonces el grito inmisericorde de «sálvese quien pueda», que nos condena a todos sin remisión.

EL PRIVILEGIO DE LA LUCIDEZ En la senectud la mayoría descubre lo que unos pocos habían entendido bastante antes. A menudo verificamos lo que en el pretérito fueron barruntos casi siempre rechazados, empezamos a captar la importancia de eso que en su día menospreciamos, el sentido que nos pasó inadvertido, la real valía o deficiencia de personas y hechos que no supimos calibrar en sus justos términos. Contra el prejuicio común, la vejez —a poco cultivada que esté— podría concebirse como la edad del conocimiento más lúcido acerca del ser humano. Una perspectiva temporal más abarcadora y la cercanía de la muerte son los factores que la situarían en observatorio tan privilegiado.

EL MAL CON MENOR ALIVIO Para Rousseau, «la vejez es, entre todos los males, el que menos pueden aliviar los auxilios humanos». No dice que la vejez rebose de males, sino que ella misma es ya un mal y lo es como anuncio y prólogo de la muerte. También el resto de las edades del hombre se encaminan hacia idéntico final y, a su correspondiente distancia, contribuyen al resultado fatídico. Pero éste llegará previsiblemente más tarde, y ese retraso ya les libra de reproches mayores.

DE UN GOLPE Cada día morimos un poco, porque morir no es un acto sino un proceso en el que vamos almacenando cuotas diarias de muerte. Así es, pero no por eso deja de haber muertes repentinas, como sucede en tantas catástrofes o en múltiples fallos orgánicos. Éstos no nos vienen a endosar otra muerte distinta de la que llevamos dentro

desde que nacemos, sólo que el último episodio de esa vida ha consumido de un golpe todas las fracciones que aún restaban.

**DISTINTOS DESTINOS** Acabo de pasar dos días en una vivienda en la que la cuadrilla nos reuníamos de jóvenes para compartir una regocijada comida veraniega. He recordado así a los tres que ya se fueron del todo y para siempre. Tiendo a pensar que, al recortar la vida de unos y prolongar la de otros, el destino tal vez ha sido injusto con todos. Sería una desfachatez indagar ahora si los desaparecidos fueron lo bastante dichosos con su vida familiar o reconocidos en su profesión. Por lo demás, aunque se nos ha concedido más tiempo para conquistar esos propósitos, ¿acaso los supervivientes hemos alcanzado cotas más satisfactorias que ellos?

**CON EL MIEDO A CUESTAS** Aunque aún no hayamos llegado a ella, la decrepitud ajena nos avisa de la próxima nuestra. El espectáculo no nos deja escapar ni hacernos los despistados. Lo mismo que pasaba ante mi vista en aquella habitación del hospital y a aquel amigo mío que la ocupaba, estaba pasando en las habitaciones contiguas y había sucedido también en bastantes episodios anteriores de mi vida, cada vez que visitaba a algún hospitalizado. Comentarios banales de los familiares, observaciones tranquilizadoras al paciente, vagas expectativas de recuperación. Hemos entrado en aquella habitación con nuestros propios miedos auestas, y esos miedos no desaparecerán aun cuando se apacigüen temporalmente a la salida. Por mucha amistad que nos una al ocupante del lecho, pronto nos empujará el deseo de escapar corriendo de allí. Salvo que nos retengan los lazos más íntimos de parentesco —y eso no siempre—, exige mucho esfuerzo permanecer largo rato en presencia del dolor o del desfallecimiento humano. Pisar la calle de nuevo significa nuestra salvación. Una salvación provisional, claro está, porque bien sabemos que algún día nos conducirán a ese recinto (o a otro parecido) y esa vez por imperiosa necesidad.

**BIEN AMARRADOS** Siempre, y aún más en la vejez, necesitamos de personas que sean en estos años como amarras que nos sujeten al embarcadero de la vida. Y, si no muchas, al menos de una más gruesa por si las demás fallaran. Como esta también nos falle, iremos aún más a la deriva.

**PRÁCTICA OBSESIVA** No pasa día sin que, al informarme de la muerte de alguien célebre o desconocido (por lo general, mediante una esquela o reseña del periódico), vaya a buscar primero la edad del finado y la compare con la mía. Por eso recuerdo mi extrañeza y hasta mis burlas de chico ante la manía de mis padres de leer minuciosamente las esquelas. Sobra decir que yo ni siquiera reparaba en ellas, porque

tampoco aguardaba la sorpresa de que algún amigo o conocido de mis años hubiera fallecido de repente. Entonces suponía que la función que tales noticias cumplían era comunicar a los interesados el lugar y hora del funeral. Hoy me parece intuir otro móvil más íntimo para acceder a esa información necrológica, si vale mi propia experiencia. Se trata de calcular, a la vista de la edad media de los difuntos del día, cuántos años nos quedan previsiblemente de vida. En los últimos tiempos a los mayores se nos alegra el ánimo al comprobar que empiezan a ser legión los que se marchan a los cien años o poco menos.

**AMBIGÜEDAD** Cuando se concluye solemnemente «a partir de ahora ya nada será igual» (o como antes), ¿qué quiere las más de las veces proclamarse? ¿Que «a partir de ahora» todo será mejor... o peor?

**PREGUNTAS SIN RESPUESTA** ¿Cuántas cosas (iniciativas, proyectos, encuentros, aventuras, etcétera) daré por estúpidas o inútiles al final de mis días? ¿Cuántas personas cercanas me habrán decepcionado y yo a ellas? ¿Cuántas otras habrán ido apareciendo y al poco difuminándose en mi horizonte? ¿Cuántas vidas truncadas o realizadas por un gesto de desconfianza o confianza, por una oportunidad ofrecida o negada, por un sí o un no a tiempo o a destiempo...?

**ÚLTIMA ETAPA** Hay hechos que uno sabe a ciencia cierta que marcarán definitivamente su vida. Los de un día y otro parecen los mismos, pero el siguiente podría haber trastornado ya para siempre el ánimo o las expectativas del sujeto. Uno percibe entonces nítidamente que acaba de dejar atrás la penúltima etapa y ha ingresado en la postrera. O, lo que viene a ser igual, que ya no le cabe esperar nada que merezca la pena. Quiero decir la suya.

**¿LA GLORIA COMO ANTÍDOTO?** «La única ventaja de la gloria es que hace aceptable la vejez.» ¿Tiene razón J. R. Ribeyro, el autor de esa sentencia? No he alcanzado la gloria ni la espero, aunque sí la vejez, y conozco a unos cuantos viejos bastante gloriosos (o al menos glorificados). Con tales credenciales me atrevo a aventurar que esa gloria puede como mucho y en situaciones escogidas hacer un poco más aceptable la propia vejez, edulcorar un tanto sus malestares y, sobre todo, la amargura que la acompaña. Y eso no parece gran cosa.

**PEORES POR VIEJOS** Que me perdonen sus lectores más devotos, pero esta frase de Le Carré me suena al colmo del cinismo: «Fue de nosotros de quienes aprendieron el

secreto de la vida: hacerse viejo sin hacerse mejor». Uno diría que eso no requiere aprendizaje especial. Lo difícil en verdad, incluso lo heroico, sería hacernos viejos sin volvernos peores.

**EVOCAR E INVOCAR** Cuando viejos, evocamos el pasado y, con cierta frecuencia, invocamos que ese pasado tenga a bien repetirse como futuro. Ya no será lo mismo, naturalmente, pero nada nos quitará la dicha de que al menos una vez tuvo lugar y la esperanza de que algún día reaparezca.

**EL ANCIANO Y SUS MÁSCARAS** Que los rostros delatan en buena medida nuestro carácter es cosa mil veces repetida y seguramente probada. No por ello, sin embargo, nos arriesgaríamos a establecer la correspondencia aproximada entre un surco o una arruga de la cara y el gesto que allí los inscribió a fuerza de reiterarse. Nos contentaremos con aceptar que nuestra vejez lleva siempre consigo una máscara dominante: la de la paz interior o de la resignación, la de la satisfacción o del desengaño. Cada cual sabrá cuál se le ajusta mejor.

**NO QUERER LLEGAR** Leído en algún sitio: «Como los viejos, que no es que no sepan dónde van..., es que no desean llegar». Y a poco que se amen a sí mismos y a los suyos, ¿cómo van a querer culminar su destino mortal?

**DE DIEZ EN DIEZ** «...a cierta edad los años se cumplen de diez en diez.» (Andrés Trapiello).

**OTRA VIDA** En rigor existe otra clase de vida antes de lo que solemos llamar «otra vida», y basta observar la que llevan los más ancianos —ya deficientes, deteriorados, solitarios— para confirmarlo. El período inmediatamente anterior a la despedida tiende a equipararse al siguiente. El individuo no se ha perdido todavía en la nada, desde luego, pero se acerca a ella cada día. Acudamos a una residencia geriátrica, escrutemos los rostros de la mayoría de sus inquilinos más ancianos: ¿*esperan* algo acaso o más bien *aguardan* tan sólo una visita, tal vez la última? Como humanas que son, todas esas vidas se revelan distintas y valiosas. Pero a esas alturas, parecen ya igualadas por su tedio indisimulable, su dependencia, su profundo abatimiento..., como si hubieran renunciado ya a vivir. Aquel «esfuerzo por perseverar en su ser», que acuñó Spinoza para definir el apetito humano, se ha difuminado en ellos casi del todo.

**IGUAL DE VIEJOS** Hay un sentido al menos, y es cosa sabida, en el que todos los hombres contamos con una edad parecida; todos somos ya lo bastante viejos para morir. Ciertamente la estadística muestra que la vejez cuenta con más probabilidades de dirigirse a la salida que las edades que le preceden, por si hiciera falta que nos lo recordaran. Pero, en principio, nuestra vulnerabilidad nos vuelve equivalentes desde que llegamos al mundo.

**PASAR LA REVISIÓN** Acabo de pasar la revisión —en particular, médica: vista, tensión, reflejos, etcétera— para renovar mi permiso de conducir. Se quiere sopesar si *todavía* (es decir, a mi edad) valgo para esa función, si la sociedad puede fiarse de mí y declararme persona válida en mi desempeño como conductor de automóvil. Más vale no engañarse: están midiendo mi capacidad en una parcela significativa de la vida que llaman *útil* y, por tanto, sometiéndola a un posible dictamen de ineptitud parcial o total. Según éstos y otros baremos, calculan los años de existencia socialmente autorizada que me conceden. No es broma; hace poco que me expulsaron de la vida profesional, de momento me permiten proseguir en medio del tráfico rodado, pero no anda lejos el día en que certificarán mi inmediata salida de la vida a secas.

**LOS OTROS SIGNOS DE LA VEJEZ** Sabemos bien qué señales físicas anuncian la llegada de la vejez, pero nos cuesta más identificar las anímicas o psicológicas. Y, sobre todo, aceptarlas en su significado último. No se presenta sólo esta o aquella dolencia ni una u otra incomodidad, molestia o fatiga. Comparece ante todo la certeza de que el mejor de tus sueños no va a cumplirse, el más acariciado de tus proyectos no tendrá lugar. La vejez es para todos la edad del *ya no*.

**DEMASIADAS DESDICHAS** Ayer noche dejé sin terminar una excelente película proyectada en televisión, incapaz de soportar el espectáculo de tantos tormentos y sinsabores sufridos por sus protagonistas. Me trajo el recuerdo de la extrañeza que experimentaba de chico cuando los mayores me confesaban que preferían las películas divertidas, porque para desgracias «ya tenían bastante con las que trae la vida». Hoy me he convertido en una de esas personas mayores y les comprendo. A estas alturas de la existencia es como si estuviéramos saturados de desdichas reales propias y no nos cupiera ya ninguna ajena, por ficticia y bien contada que fuere. Se diría que la vejez representa, más que ninguna otra, la edad presta a la piedad compasiva; lástima que, para ser completa, no siempre se deje acompañar por el sentimiento de indignación cuando la ocasión lo demanda.

**AUTORRETRATO SOMBRÍO** He tenido ocasión de ojear algún cuestionario al que los

neuropsiquiatras y colegas del ramo someten a los ancianos para calcular su grado de deterioro mental. Son, más que nada, pruebas de memoria y de conducta relativas a su vida cotidiana. Leídas como se debe, componen todo un catálogo de los síntomas de la vejez de cada cual, un índice de la urgencia de cuidados especiales que la persona mayor requiere. No siendo el retrato exacto del sujeto cargado de años, ofrece con todo un bosquejo parcial y probablemente será al poco tiempo su más fiel representación. Parece un destino general al que, conforme a ciertos signos indudables, nos estamos encaminando. Da mucho miedo.

LA EDAD RECHAZADA Por si hiciera falta, hay una prueba de que la vejez representa la etapa más miserable de nuestra vida. Con las diferencias particulares que se quiera, el regreso a la niñez o a la juventud cuando uno es mayor, la llegada de la madurez más plena cuando se tienen menos años..., son anhelos que nunca faltan entre los humanos. En cambio, sobran las señales del rechazo cuasi universal de la vejez, que nadie quiere anticipar. La vejez avergüenza —o conmueve— por sus limitaciones, estremece por su amenaza.

¿CUÁNTO O CÓMO VIVIR? No es cosa de despreciarlos (aunque se les llame «libros de autoayuda») porque seguramente facilitan un buen vivir. Pero no deja de asombrar que, en lo que respecta a la vejez, se postule ante todo el objetivo de su prolongación. ¿Puede la longevidad ser el máximo ideal de la vejez, al margen de la calidad de que el sujeto disfrute? Me parece que la división del trabajo teórico y la adopción de la mera perspectiva cuantitativa nos juegan aquí una mala pasada. Hay que preguntarse *cómo* deberíamos vivir antes de empeñarnos en alcanzar el *cuánto* de años que los científicos nos prometen. Más que obsesionarnos por alargar la vida, haríamos mejor en ensancharla y ahondarla.

UNA DE CANETTI «La vejez es la muerte de los otros y nada más.» Pero sí es algo más. La vejez es la muerte de los otros, desde luego, y la espera de la propia, que tanta muerte ajena nos está recordando.

LA MUERTE EN VIDA Aunque sea primordialmente una desaparición, no son pocas las ocasiones en que esa muerte comparece ya en vida del individuo. Ocurre con la presencia del muy viejo en medio de los demás. Hay un aspecto de la muerte, escribe Hannah Arendt, que es como si apareciera entre los vivos precisamente bajo la careta de vejez. ¿Quién de nosotros, a la vista de un anciano muy depauperado, no ha pensado que su rostro insinuaba ya el que tendrá de muerto?

SIEMPRE EN COMIENZO Sigamos inspirándonos en la última pensadora citada. Bien sabemos que la vida humana, como la de todo ser vivo, transcurre entre el nacimiento y la muerte. Pero sólo el hombre —nos explica— escapa del ciclo regular de la naturaleza e interpone en ese proceso una y otra vez la acción que lo interrumpe, lo corrige, lo renueva. La acción nos recuerda que, aunque tenemos que terminar, hemos nacido para comenzar. En el anciano el hombre desaparece y en el niño reaparece.

UNA LECCIÓN Al envejecer llegamos a reparar en evidencias hasta entonces pasadas por alto. Aprendemos que imaginar lo peor es admitir que eso peor es posible siempre y en todas partes, pero seguramente no extraemos la última lección que ahí se contiene. Como esta que nos enseña Comte-Sponville: «Así pues, sólo se ama a los mortales o a los muertos, a cadáveres actuales o futuros, y por ello todo amor es duelo o pavor». Y alegría, desde luego, aunque una alegría siempre lastrada por el temblor. En el envejecimiento, cuando ya hemos experimentado que la tragedia acecha a la vuelta de cada esquina, caemos más en la cuenta de que amamos a seres mortales. Es ese un amor en el que predomina la compasión por nuestra desgracia compartida, fundada en el sentimiento de nuestra común mortalidad. Quizá subsistan otros vínculos entre nosotros, pero éste es el que prevalecerá.

*Siempre piedad* Así me lo han contado. Un anciano, en el hospital, a su médico: «El tratamiento que yo necesito es piedad en el desayuno, piedad en la comida y piedad en la cena». Seguro que necesitaba además otros muchos cuidados, pero ese de la piedad o compasión será siempre el primero y más urgente, el asiento de todos los demás.

*Compasión* Califica Ribeyro a la suya como «una compasión enfermiza por la gente, por el hombre que sufre, es decir, por todos». A menudo me interrogo si no será la mía también enfermiza, un sentimiento que revela una dolencia interior, o la transmite y contagia a los otros. Esto es, si representa una deficiencia, una muestra patente de debilidad, o por el contrario una prueba de fortaleza capaz de acoger el dolor ajeno por si no bastara con el de uno mismo. Grandes pensadores se han alineado en uno u otro bando. Me inclino a pensar que, mientras en ciertas circunstancias puede denotar flaqueza y debilitarnos (véase *La piedad peligrosa*, de Stefan Zweig), en otras la compasión infunde una fuerza incontenible en favor del débil.

LAS PASIONES COMO REMEDIO Probablemente pocas lecturas sobre nuestro tema me hayan calado tanto como el penetrante estudio que le dedicó Simone de Beauvoir. Entre sus conclusiones, destaca la tesis de que la vejez, más que la muerte, se ofrece a menudo a los ojos de todos como «la parodia de la vida». Para probarlo, basta pensar que ella es la encargada de segar la vida individual, en tanto que la vejez está llamada a proseguirla

y a culminarla. Es fácil que el anciano no haya destacado en ningún ámbito de la existencia humana, pero su vejez suele mostrarse además como una degradación o un desmentido de lo que ha sido. Como tantos suelen confesar, se limitan a *sobrevivir*, que viene a ser un vivir por debajo de su humanidad.

Pero ni hay que tratar al viejo común con la condescendiente y falsa moralina que se le presta, ni hay que esperar de él lo que le ha sido negado desde su juventud hasta su jubilación. Bajo la ley económica que ha estrujado su prolongado período laboral, su vida ha sido reducida a la condición de mero material para la producción rentable. Si al final de su prefabricada existencia no encuentra sentido, es porque se lo han escamoteado desde mucho antes. Sólo hay una solución a su vacío: «Contrariamente a lo que aconsejan los moralistas, lo deseable es conservar a una edad avanzada pasiones lo bastante fuertes para que nos eviten volvernos sobre nosotros mismos. La vida conserva valor mientras se concede valor a la de los otros...». ¿Y aún no lo sabíamos?

*Figuras opuestas* Estoy persuadido de que el anciano más valioso es quien sabe todavía admirar lo que vale la pena, igual que el más miserable coincide con el más envidioso. A aquél le falta el tiempo suficiente para gozar de tanta maravilla como sigue descubriendo, y el último desearía acortarlo para poner fin a la rabia de su envidia acumulada. El anciano poseído por la admiración tiene motivos para prolongar su vida, mientras el resentido se va resecaando en su mediocridad.

¿ENVEJECER CON DIGNIDAD? Que hay que envejecer con dignidad, se nos anima, o se pondera que Fulano envejece con mucha dignidad. Y eso suele entenderse: sin queja ni protesta. Pero, según nos recuerda Améry, la respuesta del anciano suele quedarse en un intento de mantenerse joven (o de conservar su apariencia) o bien en el retiro autosuficiente de quien se jacta de haberlo visto todo, y ya no espera nada. Frente a estas formas de vejez mentirosa, Améry le pide a ese sujeto que asuma su anulación, «sabiendo que al asumirla sólo se puede conservar a sí mismo rebelándose en su contra, pero sabiendo también que [...] su revuelta está condenada al fracaso».

NO HAY PROGRAMA MEJOR ¿El programa más recomendable para el viejo? Sugiero éste de Montaigne: «Cuando percibo la vida tan breve de duración, quiero aumentar su peso; quiero frenar la rapidez de su huida mediante la rapidez de mi aprovechamiento. A medida que la posesión de la vida sea más breve, tengo que volverla más honda y más plena».

SEGUIR VIVO Me digo que, mientras alguien me necesite para ser mejor o más dichoso, mientras otro me pida consejo o ayuda, no seré del todo viejo y no habré muerto del todo. Vale también la inversa: mientras sepa que necesito de otros para ser mejor,

tampoco seré todavía demasiado viejo.

UNA DESPEDIDA Aunque ya no esté con vosotros, vivid, vivid. Vivid por mí. Recordadme lo justo, o sea, si lo he merecido. Pero, sobre todo, quiero que viváis. Eso sí, como seres humanos.



LA VEJEZ COMO PROYECTO Al parecer el primer texto conocido sobre la vejez —de un poeta que vivió en el Antiguo Egipto hace unos seis mil quinientos años— dibuja de ella un cuadro francamente sombrío: «¡Qué penoso es el fin de un anciano! Se debilita día a día; su vista disminuye, sus oídos ensordecen; sus fuerzas declinan; su corazón ya no conoce descanso; su boca se vuelve silenciosa y no habla. Sus facultades intelectuales disminuyen y le es imposible recordar hoy lo que fue ayer. Todos los huesos le duelen. Las ocupaciones a que se entregaba antes con placer se cumplen ahora con dolor y el sentido del gusto desaparece. La vejez es la peor de las desgracias que pueda afligir a un hombre».

No me hago ilusiones imaginando algún milagro que me libre de esa desgracia o la suavice. Con todo, tampoco desdeño la réplica de Cicerón muchos siglos después: «Para quienes no tienen ningún *recurso interior* con el que vivir bien y felizmente, cualquier edad es pesada». Fijémonos que esa carencia de fuerza íntima —un proyecto, una expectativa, un quehacer escogido— ensombrece cualquier edad, no sólo la última. Pero, aun acotándola a ésta por ser la más sensible, aquel pensador latino añade una juiciosa observación que comparto: que en la vejez seguimos haciendo o planeando conforme a los afanes e intereses que nos han impulsado en las fases anteriores de la vida. Ni nos volvemos sabios de repente, ni estúpidos de un golpe.

¿Habrá que advertir todavía que, pese a lo forzoso de su destino, la vejez se presenta siempre de improviso y a la chita callando? ¿Que nos sorprendemos de pronto inmersos en ella sin que nada pareciera haberlo anunciado? ¿No es cierto, con todo, que hemos recibido múltiples avisos, pero hicimos como que no los notábamos? ¿Y que el doloroso sobresalto que esto nos produce nos deja más expuestos, si cabe, a sus miserias y cargas? La revelación de nuestra comprometida edad nos llega principalmente del propio organismo y, no menos, de los otros: el triste espectáculo de los decaídos coetáneos, sus propias advertencias pesarasas. Claro que el inconsciente, a fin de negar la fatalidad de la propia decadencia, siempre estará ahí para susurrarnos: *en mi caso no será lo mismo...*

Pero ese es un tonto empeño, puesto que no hay otra alternativa: o morir prematuramente o llegar a viejos. Es verdad que, en virtud de la esencial vulnerabilidad humana, desde que nacemos estamos expuestos a morir y que nunca hay desenlace prematuro. Se entiende bien, con todo, que una muerte sobrevenida antes de lo acostumbrado nos pille desprevenidos. Lo que resulta menos comprensible es que también nos sorprenda sin la preparación adecuada ese otro destino mucho más universal

que es el envejecer. Meditemos, pues, sobre una propedéutica de la propia vejez. La resumo en la propuesta no sólo de ofrecer proyectos particulares para la vejez, sino también y sobre todo de convertir nuestra vejez misma en un proyecto.

Que se me entienda. La vejez en general se halla lejos de ser un proyecto, puesto que encarna más bien un período necesario e involuntario del ser humano; diremos, a lo más, que albergamos planes que desarrollar durante ese período y hasta donde y hasta cuando la vida alcance. Pero ¿acaso será locura añadir que quiero hacer un proyecto de mi propia vejez, en suma, que pretendo convertir esta necesidad bruta en una virtud? ¿Que deseo configurar en lo posible el rumbo y el contenido de esa etapa de mi existencia? Igual que el joven y el maduro suelen marcarse por adelantado unos fines y unos medios, unas metas y su curso hacia ellas, ¿no deberá hacer algo parecido el anciano sensato mientras pueda, y con mayor razón todavía si esos fines y metas son por definición más irrevocables que los recorridos por las edades anteriores?

Se diría que lo exige la misma estructura proyectiva del hombre, su conciencia anticipadora. El humano, a diferencia del animal, es un ser previsor o providente. No sólo vive en el puro presente como los demás seres vivos, sino que es capaz de traer el pasado y el futuro a este presente. La vejez requiere una preparación particular, además, porque su anticipación es temerosa. El niño prevé gozosamente su juventud y la desea, bien porque le aparezca como la edad de su liberación respecto de la autoridad familiar o como el inicio de sus estudios o del trabajo. El joven, en mayor o menor medida, espera la madurez, ya sea que la imagine como la época de la plasmación de sus expectativas o del reconocimiento social. Sólo el adulto rechaza la edad que le sigue, sólo él detesta crecer más todavía, nadie más que él se empeña en detener indefinidamente su camino. Y es que esa persona prefigura su inmediata ancianidad sobre todo como un mal, como la antesala del final definitivo. Sabe que apenas le queda tiempo por delante para demasiados designios ni tampoco para rectificar los errores de su vida pasada. Alberga la sospecha de que, mientras las fases anteriores de su existencia correspondían a su progresión, la que ahora le acecha arrastrará su forzoso declive. Si en la infancia y juventud la conciencia o la imaginación eran fieles aliadas de una naturaleza física que pugnaba por expandirse, en las cercanías de la vejez esa misma conciencia se resiste a seguir los pasos de una naturaleza cada vez más depauperada que nos muestra un horizonte en el que ya no estaremos.

¿Cómo no recordar entonces aquella sentencia clásica de que «no cabe decir de un hombre que es feliz hasta que muere»? Viene a significar que de nadie puede asegurarse la felicidad hasta haber atravesado la prueba de la vejez, precisamente porque ella tiende a ser la edad más infeliz. De modo que es esa misma presunción negativa acerca de la vejez la que nos obliga a mirarla con mayor cuidado que a ninguna otra etapa de nuestra vida. La expectativa de un bien, en efecto, solicita menos precauciones que la expectativa de un mal. En tanto que la esperanza ya predispone positivamente a la tarea, la desesperanza de quien aguarda alguna desgracia puede invitarle a la entrega resignada, a la rendición. Por si ello fuera poco, la sociedad y muchas de sus instituciones colaboran en facilitar este desaliento. Animamos al niño a prepararse para llegar a ser un

*joven aplicado* y al joven para convertirse en *hombre de provecho*, pero no es infrecuente desentendernos del viejo como si nada hubiera ya que esperar de él...

Añádase todavía una razón más para la tarea que proponemos. Hemos de prepararnos, pues en buena medida seremos los viejos que merecimos ser; quiero decir, seremos lo que ya empezamos a ser de niños, jóvenes y maduros, y no algo muy distinto.

## Figuras del superviviente

*Pienso vivir para siempre o morir en el intento.*

GROUCHO MARX

**CUMPLEAÑOS FELIZ** Esta mañana he felicitado a una nonagenaria en su cumpleaños. Enseguida he caído en la cuenta de que esta vez no debía servirme de las fórmulas estereotipadas. Llegado a ese umbral, el sujeto ya ha hecho todos los cálculos sobre sus probabilidades de supervivencia y seguro que en su fuero interno se habrá planteado múltiples interrogantes que sólo la muerte vendrá a despejar. Tratar con estas personas en tales ocasiones requiere grandes dosis de naturalidad y no menor finura de espíritu. Si se me hubiera ocurrido cantarle aquello de «y que cumplas muchos más», ¿acaso no hubiera sonado a sarcasmo o a una falta de tacto imperdonable?

**LA GESTIÓN DE LA SUBSISTENCIA** He pasado unas cuantas horas en el servicio de urgencias del hospital, de noche, acompañando a una anciana de la familia ingresada con un golpe en la cabeza. Las salas y boxes aparecían pobladas de viejos; uno de ellos, nos cuenta su pariente, se había cortado las venas. En general, cuando las personas mayores sufren algún ataque o una recaída en su mal, no hay nadie que deje de pensar que se trata del principio del fin. Tras la revisión del médico especialista y su tratamiento inmediato, nos explican enseguida que parece no ser tan grave. Es decir, que «por ahora» o «esta vez» no, pero todo el mundo sobreentiende que «más pronto que tarde» sí. Para decirlo todo en una sola frase: vivimos gestionando sin descanso nuestra subsistencia.

**EL MALHUMOR DEL ANCIANO** Nada más natural que los frecuentes modos destemplados de tantos viejos. No tienen por qué incubarse en algún motivo casual y pasajero, no siempre son reacción frente a su autoridad desoída o a algún contratiempo particular. En su mal genio desbocado se hace presente algo que olvidamos a menudo en nuestro trato con él: simplemente que conoce con certeza total la proximidad de su límite, que percibe sus síntomas a diario y es incapaz de soportar con calma todo eso. Cualquier gesto ajeno puede interpretarlo como un desaire a su condición de condenado. De modo que tiene que vengarse en la figura de quienes están aún lejos de ese final que a él ya le acecha.

**AUSENTES** Se me ha ocurrido imaginar que, probablemente, tal vez algún pariente o amigo se haya acordado de mí en cierto momento de inquietud o angustia ante la fatal

visita anunciada. Que me haya evocado para echarme de menos y, a fin de cuentas, con cierto reproche por mi ausencia. Se habrá preguntado con pesar por qué nos alejamos unos de otros cuando más falta nos hacemos. Pero ya no cabe reparación y, al final, para casi todos siempre seremos unos ausentes.

**ARRUGAS** Las descubro en mi rostro cualquier mañana, mientras me afeito, demasiado tarde ya para frenar su formación. Las llamaré grietas, pues no son sino avisos de un derrumbe. Por lo que cuentan, serían las huellas que va dejando la experiencia vivida en nuestra cara, nuestro currículum más inocultable. Me gustaría saber cómo se van formando hasta que las descubrimos; por ejemplo, esa en la que ayer mismo reparé, una que arranca de la comisura derecha del labio y va en diagonal hacia abajo. ¿De qué desventuras, de cuántas lágrimas que surcaron con frecuencia por allí, dan testimonio esas arrugas? ¿Habrá alguna correspondencia entre esas del rostro y las del alma?

**ENVEJECIMIENTO DEL ALMA** A propósito de mi creciente desapego frente a los problemas públicos, que hasta ahora habían ocupado una parte sustancial de mi estudio, me pregunto cuál será su causa. Suelo responderme que, en su lugar, concedo una importancia progresiva a hurgar dentro de mí a fin de detectar mis últimos interrogantes y deseos más íntimos. Junto a eso, ¿no será también que el espectáculo universal e incorregible de la injusticia, se mire como se mire, me lleva a concluir que esto no hay quien lo arregle, que el hombre demuestra ser un mal bicho y a repetir todos esos tópicos tan socorridos y, ay, tan aparentemente fundados? El ser humano es un animal práctico, o sea, quiere que sus deseos de mejorar el mundo sean eficaces y no se queden en buenas intenciones. Por eso me inclino a pensar que la mirada apática del viejo corriente no procede sólo de que su final ya atisbado le confirma la inutilidad de sus esfuerzos y lo infundado de sus esperanzas. Le enseña al mismo tiempo que el ser humano es sólo esto y no da más de sí. Hay un componente de la vejez, presente incluso en el viejo más admirable, que coincide con este desaliento. El anciano común no es viejo únicamente de cuerpo sino no menos de alma; y sería cosa de averiguar cuál sea el primero de ambos envejecimientos.

*De retirada* El viejo está de retirada de los asuntos ordinarios porque todo le anuncia otro asunto extraordinario y único, el principal después de su nacimiento: su propia extinción. Toma distancia de lo que antes le ocupaba, porque eso ya no puede interesarle tanto como la previsible derrota que ahora le absorbe.

*Una mirada injusta* Tiendo a desechar muchos de los proyectos o actividades que entretienen la vida de las gentes, igual que alguno de ellos entretuvo la mía. Es como si el observatorio en el que empiezo a situarme, por su cercanía al final, me ofreciera el panorama más ajustado acerca del valor de conductas y situaciones. O sea, algo

irrisorio frente a la nada que pronto se tragará todo... Pero mucho cuidado con semejante pesimismo, porque bien podría alimentar un juicio desnortado. Lejos de que la condena a muerte prive de su valor a todo ello, también puede multiplicarlo: lo que ahora me tienta considerar ridículo se vuelve quizá más precioso justamente porque pronto va a terminar, por su fugacidad.

VIRTUD DE POSTRIMERÍAS Llegado hasta aquí, me pregunto cuál es la virtud máxima que debemos cultivar quienes ya somos veteranos. Habrá de ser la que mejor resista a lo que más nos amenaza: frente a su debilidad, aquella virtud será la fortaleza. Si el miedo tiñe entonces nuestro estado de ánimo, subrayemos ante todo el coraje y no menos la esperanza como las potencias más imprescindibles del anciano. Claro que ésta será una esperanza *penúltima* o sobre lo penúltimo, porque para lo último sólo resta la desesperación. A la espera del final, valentía y esperanza se nutren la una de la otra y, tanto convienen entre sí, que a menudo hasta se confunden.

RECONOCIMIENTO Según te haces viejo, descubres en ti un afán de reconocimiento conforme al valor que desearías que los demás te prestaran, al mérito que deberían atribuirte. Lo experimentas como una cuestión de justicia debida. También quieres que te valoren en lo que aspiras a ser, en tu proyecto de excelencia. Y no es que los demás estén ayunos de esa necesidad de estima, ni mucho menos, sino que bastantes de ellos se sienten reconocidos fácilmente por los suyos. Son como *ambientalmente* se debe ser, y no hay más que hablar. Otros lo tenemos más difícil. Por definición, no podemos ser acertadamente juzgados por quienes se sacian con casi nada.

CELOS DEL SUPERVIVIENTE Sabemos que hay quienes no soportan que otros vivan más tiempo que ellos. Viejos celosos de los aún más viejos. Se diría que es una emoción grotesca, pero resulta más extendida de lo que parece y no le falta fundamento. Leyendo a Canetti aprendí que la figura del poder se revela en la persona erguida junto al cuerpo muerto del yacente, trasunto de la impotencia. Poder es sobre todo poder vivir; mejor aún, poder sobrevivir. «*Sobre-vivir*» significa aquí vivir por encima de los demás, los que mueren. Y el más poderoso sería quien sobreviviera al mayor número posible de hombres; en el límite, a todos ellos.

*Los de después* Nunca he entendido a quienes reconocen sentir rencor o envidia hacia las personas que nos sobrevivan en el presente o nos sucedan en el futuro. ¿En qué puede molestarnos que a estas últimas se les ofrezca también la máxima oportunidad —una vida humana— que ya se nos concedió a las generaciones anteriores? ¿Estamos seguros de que disfrutarán de mayor bienestar que el que nosotros hemos disfrutado? ¿No les tocará resolver dilemas, afrontar dificultades o soportar angustias semejantes a

las nuestras de ahora? ¿Acaso no les acompañará ya el temor a la muerte? ¿O es que nos satisface descargar nuestras amarguras actuales sobre las espaldas de los mortales que nos sigan? Lo único lógico, a lo sumo, sería sentirse culpable frente a los privados para siempre de esa oportunidad; es decir, frente a todos aquellos que no nacerán jamás.

**A LA ESPERA** Sala de espera del hospital, antes de las nueve de la mañana: extracciones (de sangre y orina) y radiología. Mucha gente, con predominio de personas mayores. A todas ellas, sean conscientes o no, en el fondo les ha congregado el deseo de sobrevivir y, con él, las dos emociones más básicas del ser humano: el temor y la esperanza. Indudablemente a quienes aguardan no les falta el miedo, pero seguro que prevalece su reserva de esperanza; sin ella, prestarse a tales análisis o al examen por rayos X carecería de sentido. Esa esperanza subsistirá hasta que los pacientes recojan sus resultados, tras los cuales aumentará o disminuirá, pero nunca cesará del todo por fatídico que fuere el informe médico. Ciertamente la esperanza es lo último que se pierde, si es que algún día llega a perderse. Pues con harta frecuencia nos empeñamos en vivir contra toda esperanza y nos perdemos nosotros antes que la esperanza misma.

*Variantes de esperanza* «No hay base para la esperanza, pero no hay otra señal de vida», sugiere Chéjov. Ciertamente no hay esperanza fundada como se refiera a la salvación eterna del mundo o del género humano. Entendida como una esperanza corriente y moliente, en cambio, reviste tantas variantes como razones y metas nos animan a vivir.

**LA UBIQUA ESPERANZA** Otra vez más, Comte-Sponville: «...nacemos en la angustia, morimos en la angustia. Entre ambos momentos, el miedo apenas nos deja. ¿Qué más angustioso que vivir? Pues la muerte siempre es posible, el dolor siempre es posible. Y a esto se llama un ser vivo: un poco de carne ofrecida a la mordedura de lo real». La angustia es el sentimiento de la posibilidad de lo peor. Y se diría que, cuando éste por fin se presenta, el panorama —por muy turbio que estuviera— se aclara. Nos domina la desesperación, pero todo lo que sea terminar con la insufrible espera se agradece. Por eso hay tantos instantes en que preferimos la muerte al resto de lo peor.

**FÓRMULAS AUTOMÁTICAS** Se nota más a esta edad. Tropiezas con esas personas que, al contarles tu aflicción, te sueltan enseguida que no te preocupes, que eso les ocurre a todos, que el dolor pasará, que hiciste lo debido o lo que has podido, que aún deberías estar contento porque peor sería que te hubiera sucedido lo que a Fulano, que hemos venido aquí a sufrir, que seas valiente o que hay que ser fuerte... Son fórmulas automáticas que muchos manejan con la mayor soltura y la menor conciencia, con la

intención manifiesta de que no sigas desgranando tu desconsuelo ni llegues a contagiárselo, con el claro designio de precaverse de ese daño que les causaría prestar más atención a tu triste relato. Hasta ahí, su tramposa respuesta a la defensiva nos puede herir. Más irritante aún es verles marchar después con la satisfacción de quienes creen haber cumplido con lo que está mandado, que les adeudas ese favor y sus inmejorables deseos, que se tienen a sí mismos por personas impecables. A cambio, uno regresa a casa con una carga aún más pesada que antes de tropezarse con ellos.

ALARIDOS De cuando en cuando me pregunto qué habrá sido de aquellos pacientes que —durante el ingreso de mi padre en el hospital— daban por la noche unos alaridos de dolor que rompían el alma. Seguro que hace tiempo habrán acabado sus penas, igual que ellos mismos. Como también estoy seguro de que otros muchos habrán tomado su relevo desgarrador; cada día, cada noche.

LOS PEORES SOBRESALTOS Los sobresaltos más duros son sin duda los sufridos por el viejo, y no le faltan motivos. Bastante tiene con sobrellevar la pesadumbre nacida de la amenaza de su muerte cercana como para tener que soportar otras más. Aquella misma inminencia, de otro lado, le acorta el tiempo preciso para reducir la desazón o restañar la herida. Bien sabemos que estamos ya para pocas acometidas, que nuestra creciente sensibilidad hacia ciertos embates nos deja más blandos e indefensos para afrontar todavía otros que a esa edad nos duelen como nunca antes.

¿VENGANZA O PIEDAD? De una carta de Voltaire a Mme. du Deffand: «Existe todavía, cuando se envejece, un gran placer que no es cosa de despreciar. Es el de contar los impertinentes que uno ha visto morir, los ministros que uno ha visto deponer y la multitud de ridiculeces que han desaparecido ante los propios ojos». Ciertamente todo ello puede deparar alguna satisfacción a bastantes ancianos, pero no pasemos por alto la explícita sed de venganza que anida en ese sentimiento. A estas edades, ¿no nos convendría ya mayores dosis de piedad que de rencor? ¿O es que uno mismo no habrá engrosado en algún episodio o época de su vida la tropa de los impertinentes, de los poderosos o de los ridículos...?

EN PERPETUA REFORMA «Es preciso reformarse, así se tengan ochenta años. No me gustan los ancianos que dicen: siempre lo hice así. Pues oye, viejo maniático, hazlo de otra manera. Pule tus versos, si haces versos, y tu mal humor, si lo tienes. Combatamos contra nosotros mismos hasta el último momento. Toda victoria es agradable» (del mismo Voltaire al cardenal de Bernis). Es verdad. Cuando uno es viejo la justificación de lo que hace o piensa suele resumirse en que siempre lo ha hecho o pensado de la

misma manera: la repetición como toda justificación; esto es, el anquilosamiento o la simpleza como único recurso y evasiva. Al margen de otros remedios particulares, la receta más apropiada para la persona mayor sería la que le prescribiera experimentar precisamente lo desconocido, eso que nunca probó.

**PARADOJAS** Las personas que más intensas y abundantes gratificaciones sienten haber obtenido de la vida serían quienes, por estar más reconciliados con ella (en definitiva, consigo mismas), podrían abrazar su destino mortal y obedecerlo con mayor serenidad. Pero son también los que, precisamente a causa de ese mismo contento, más habrán de resistirse a ser expulsados de este mundo. A la inversa, aquéllos que más sinsabores y tragedias hayan cosechado al paso de sus días deberían ser los que menos obstáculos pongan a su forzosa retirada y hasta den la bienvenida a la muerte. Sólo que estos últimos están tentados asimismo a postergar su rendición ante la mínima esperanza de que, pese a todo, aún les aguarde por fin una última etapa más placentera. Aquí no siempre se cumple el cuanto más, más y, cuanto menos, menos. Hay que contar igualmente con la alternativa contraria.

**PLEGARIA** Un verso de la Szymborska que me delata (y supongo que a muchos). «“Dios mío”, clama el hombre a Sí mismo, “ten piedad de mí, ilumíname...”» La oración no es otra cosa que implorar ayuda a uno mismo, pero bajo la ilusión de que está dirigiendo esa súplica al Todopoderoso.

*A la espera del milagro* Me gustaría saber si hay alguien que, en sus cuitas más desesperadas, no invoque al Altísimo. Por increíble que se proclame el sujeto, y aunque de hecho lo sea, nadie en el colmo de su debilidad puede prescindir de solicitar el favor del Omnipotente. En uno u otro momento, siempre esperamos el milagro. Se trata tal vez de otra especie de fe, como la que nos confiesa la atea Hannah Arendt de ella misma: «Personalmente voy tirando (y en realidad mejor que peor) con una especie de confianza en Dios, quizás infantil, porque nunca la he puesto en duda, y que es diferente de la fe, que siempre cree saber y que por eso cae en la duda e incurre en paradojas. Por supuesto, esa confianza no sirve para nada, salvo para estar alegre». Que no es poco, ¿verdad?

**DECEPCIÓN** No creo que ningún viejo se libre de la decepción como el más asiduo séquito de su vejez. El desengaño se incuba en diversos motivos: haber pasado inadvertido en su vida, el fracaso profesional, conyugal o paternal, las ilusiones públicas incumplidas, etcétera. Lo malo es que aquel desengaño ya no tiene remedio, a falta de tiempo para recomenzar, para decirse una vez más *nunc coepi*. Y este fiasco hace de ese momento de su existencia el peor trago. Nuestra capacidad de esperar no da para más y,

aunque uno todavía no muera, ya está en varios sentidos acabado.

DE AMIGO A ENEMIGO Creo que de mayores nos pasa con más frecuencia. Es muy fácil que, de pronto, lo cotidiano se nos enfrente y adquiera la condición de adversario. Entonces el mundo se nos vuelve extraño. Y para eso basta que algún ser entrañable nos defraude. Tan simple como eso.

LA RACIÓN DIARIA Todos tenemos asignada nuestra ración de dolor. Hagamos lo que hagamos, no está en nuestro poder librarnos de él. Seguramente será el rasgo que más nos iguala, por mucho que las raciones sean diferentes.

CÍRCULO VICIOSO Suele ser monopolio de personas mayores, aunque no siempre de ancianos. Me refiero a todos esos que te responden o te cuentan algo, lo mismo, varias veces seguidas, incluso con idénticas expresiones, sin variación alguna que justifique esa repetición, a pesar de que el interlocutor dé muestras sobradas de haberlo entendido ya a la primera. Lo relatan desde el principio hasta el final, y luego desde el final hasta el principio, por delante y por detrás y también de atrás hacia delante, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Insisten como si se tratara de un saber imprescindible, algo que el otro debería conocer para su información adecuada o su propio bienestar, por si los demás no reparasen en su transcendencia y él se viera forzado a comunicarlo para provecho de la comunidad o hasta de la humanidad. No saben cortar esa retahíla ya incontrolada y, a cada vuelta, les entra la duda de si lo habrán dicho por completo o habrá que volver a empezar lo que presumimos que será la última versión, pero que será la penúltima. Y a todo esto el interlocutor no se decide a interrumpirles, ya sea por no herir su autoestima de narradores o porque él mismo suele practicar asimismo este círculo vicioso que tantos tienen por virtuoso y digno de agradecimiento.

COMUNIDAD HUMANA Acabamos asimilando la honda interdependencia que enlaza a los humanos. Así, sabemos por experiencia que el individuo depresivo tiende a deprimir al otro y que el jovial le traspasa alguna porción de su alegría, que el viejo suele envejecernos y el joven inyectarnos dosis de ilusión. El perímetro de nuestra influencia y responsabilidad recíproca se ensancha con una amplitud que no sospechamos. Siempre estoy sirviendo a algún otro para bien o para mal. Y seguro que varios otros me han dado los empujones decisivos —o puesto las zancadillas traidoras— para llegar a ser lo que soy.

SIEMPRE APRENDIENDO «Me hago viejo aprendiendo cada día» es sentencia que se

atribuye a Solón. La hace suya también Rousseau, y ojalá pudiéramos asimismo apropiárnosla cada uno conforme vamos avistando la última vuelta del camino. Pero, si hombres tan grandes expresan esa convicción, ¿cuánto se supone que debemos aprender todavía nosotros? ¿Y por qué se vanaglorian todavía tantos ancianos de que a estas alturas ya lo saben casi todo y casi nada habrá de sorprenderles, y que ya no tienen nada que demostrar a nadie o que ya no les interesa aprender nada...?

DEUDORES Esa insistente sospecha de cuánta atención hemos escatimado a los fallecidos cuando aún estaban con nosotros. La experimento de nuevo al encarar por fin un libro de un colega recientemente desaparecido y que ni siquiera intenté leer a su debido tiempo. Le privé de un reconocimiento que sin duda le debía, tuvo que echar de menos mi perezoso silencio y esa falta ya es irreparable. Basta un somero examen de conciencia para concluir que en general estamos en deuda con bastantes contemporáneos, igual que siempre seremos deudores de demasiados muertos. Conocidos o desconocidos.

SOBREVIVIENTES En un pasaje de su autobiografía, Arthur Koestler deja caer que «un sobreviviente es siempre un deudor». Un deudor —así lo entiende— respecto de quienes han muerto antes que él, sea en combate bélico o en el de la vida, a resultas de una catástrofe natural o de algún desdichado azar. La deuda consistirá en los años de más que el sobreviviente acumula frente a los otros, sus acreedores. Podría cuestionarse si acaso cabe medir la valía de un individuo por su duración temporal o si debemos encarecerla con arreglo a otros criterios. Lo indudable es que a esa especie de supervivientes pertenece por definición el más viejo, y que por eso el viejo en general representa un modelo nato de deudor. ¿Cómo compensar entonces esa deuda que los viejos mantenemos? Mediante el recuerdo de cuantos nos han precedido, gracias al relato de sus hazañas, aunque sean las hazañas cotidianas de hacerse dignos portadores de su humanidad. La historia como un interminable desfile de acreedores y deudores.

*La culpa del que se queda* No siempre el sentimiento culpable del superviviente nace a consecuencia de un percance del que él ha salido indemne y el otro muerto. La de este otro puede ser también una muerte «natural», y experimentarse sin embargo alguna culpa por parte de quien continúa vivo. No es sólo el dolor por la ausencia de quien se fue para no volver, sino más bien la percepción del azaroso privilegio de haberle sobrevivido. La vida posterior de uno mismo es vista así como una suma todavía abierta, mientras que del otro lado carece de sumando alguno. Lo que a uno le pasa de bueno es algo que el otro no disfruta; lo que se le da a éste se le ha negado a aquél. Y de ahí la sensación como de fraude en quien sale favorecido de un reparto que, en principio, se querría equitativo; de una diferencia injustificable, porque la ha impuesto la suerte, y no las necesidades o méritos de cada cual.

*Gracias* Dar las gracias es reconocer una deuda con ese a quien se las diriges. Si tan a menudo las regateamos, puede deberse a nuestra ceguera ante el favor que el otro nos hace, a su condición gratuita o a nuestro recelo ante el aparente desinterés que proclama. Pero esa negativa se incuba asimismo en el propósito suspicaz de no hacer a aquél de más y a nosotros de menos, de no reconocer la superioridad de nadie, lo mismo en bondad que en recursos de cualquier clase. La ayuda no solicitada del vecino nos vuelve en alguna medida sus dependientes, porque nos insta a devolverla; tal es la economía moral de todo regalo... y de ahí la tentación de rechazarlo. Para no humillar o sentirse humillados, tanto el acreedor como el deudor requieren de cierta altura moral. El anciano sería el ser más llamado a dar esas gracias (por depender como nadie del auxilio de los demás), al tiempo que en ocasiones el más inclinado a escatimarlas como su manera de rebelarse contra su natural desvalimiento.

EL ACREEDOR IMPLACABLE Todos conocemos a ese viejo y nadie puede estar seguro de no acabar convertido en él. Me refiero al que, con una energía que contradice sus muchos años, exige despóticamente de sus familiares más directos el cuidado que le deben. Poco cuesta entender que a menudo se trata del derecho absoluto que se arroga quien no controla su miedo a morir y las ganas de indiscriminada represalia que semejante despojo le suscita. A poco que se lo permitieran, él no se marcharía solo, sino llevándose a los suyos por delante. Para él sus deudos son, más que nada, sus inagotables pero agotados deudores.

*Ruina total* En sus *Charlas de café* apunta Ramón y Cajal esta sabia observación: «Rasgo característico de la vejez es el pensar que con nuestra ruina debe precisamente coincidir la del Universo». Nadie negará la vigencia de esta regla tan extendida y poco confesada. Es la regla de los que se dejan arrastrar por el resentimiento: si a mí me va mal, no debería irle bien al mundo; mi propia decrepitud tiene que oscurecer cualquier otro fenómeno, ha de aniquilar tanto la virtud del hombre como la belleza de la vida. La ruina desesperada del viejo arriesga abocarle a la ruindad. Sólo en los mejores puede alentar la fe en las generaciones que se disponen a sucederles y de cuyas conquistas ya no disfrutará.

LA VISITA OBLIGADA Más atrás aludí a un rasgo que fue imponiéndose en la conducta de mis padres y que puede ser más frecuente de lo que imaginaba. También Fritz Zorn nos cuenta de los suyos que «no iban más que a los entierros» de los amigos. «Aun cuando se hubiera tratado de visitar a un amigo querido o a un conocido amable, por pereza o indecisión la visita se iba posponiendo indefinidamente hasta el día en que esa persona moría. Pero, una vez muerta, mis padres iban al entierro porque eso era cuestión de buena educación [...]; el hecho de que aquél al que se honraba ahora con una visita la hubiera agradecido más cuando aún vivía, no tenía importancia para el caso.» O sí la

tenía, se me ocurre insinuar, pero probablemente lo desaconsejaba el desaliento arraigado en la propia vejez y la confianza en que la muerte anunciada de ese amigo todavía se haría de rogar. Sea como fuere, y de ser posible, ¿sería atrevido figurarse que al difunto le hubiera gustado tomar nota de cuántos y quiénes acudían a su funeral...?

LA SOLEDAD DEL ANCIANO Sin hijos o sin nietos a su lado, la de bastantes viejos parece la soledad más solitaria. Esa soledad actual se asienta en la previsión de que la compañía de otros de su edad no le promete suficiente satisfacción, por tratarse de seres atribulados como él, colegas de miedos y miserias. Dan por seguro que nadie va a traerles nada nuevo o que a ellos les importe demasiado. Esa soledad es asimismo la de quien no ignora que pronto estará solo de veras, absoluta e irremisiblemente solo. Y no les consuela nada saber que tampoco echarán en falta la compañía.

*Al final de la partida* «Considero la afición a la soledad, tan común en los viejos, como el fruto amargo del conocimiento de los hombres.» (Ramón y Cajal). El juicio parece acertado con tal de no absolutizarlo, porque uno descubre viejos deseosos de estar acompañados, según muestra la conocida estampa de los reunidos en un banco de la plaza o en el bar jugando a cartas. Y respecto de los solitarios, las causas de ese gusto de muchos ancianos por el retraimiento se me antojan más plurales que la decepción nacida del conocimiento de sus congéneres. Son sus propios fracasos, las ilusiones fallidas, la ausencia de quienes ya se fueron... algunas de las razones que le invitan a encerrarse en sí mismos. Una mezcla de pudor, de temor al ridículo, de protección frente a los recuerdos dolorosos le empujan más al aislamiento. Pero, sobre todo, la conciencia creciente de que la partida está a punto de concluir, de que va a perder y de que le toca jugarla solo, sin ayuda de nadie.

*Más solo que la mayoría* Por muy diversas formas que pueda adoptar, no se negará que la persona mayor suele experimentar una penosa soledad *física*. Desde otra perspectiva menos frecuentada el anciano sufre asimismo una soledad que llamaríamos *metafísica*. En ésta ya no son otras personas los polos de los que se aleja o que le abandonan. Para el creyente en un más allá, en un premio o un castigo eternos, semejante soledad se experimenta ante ese Dios escondido y no puede por menos que vivirse de modo trágico. Ni la fe más incommovible sería capaz de soportar sin estremecerse la idea de que muy pronto un Dios justiciero pronunciará su veredicto. Pero, a falta de un alivio seguro, el hombre que se apaga puede experimentar todavía otra especie más radical de soledad: esa en la que se enfrenta a la nada. Algunos hombres aceptan vivir solitarios, pero todos *somos* solos y cualquier momento parece bueno para comprenderlo.

*La compañía más asidua* Pero ¿acaso no estamos todos solos mucho más a menudo y bastante antes de que se nos anuncie la despedida? Hoy, en una época en que más

temprano que tarde vivimos formando parte de la masa, la proximidad física o los gustos compartidos no siempre significan que nos sintamos acompañados. Las más de las veces somos masa porque hemos renunciado a nuestra individualidad en cuestiones primordiales. En lugar de esforzarse en ser uno mismo, hemos optado por ser «de los nuestros» y no desafinar. El llamado consumo de masas, a la postre, significa que las masas (o lo masivo) nos consumen. Nos juntamos sin parar, es verdad, pero coincidimos más en la mediocridad de nuestros deseos y en la reiteración de los lugares comunes más insustanciales.

VIEJECITA Paseábamos por Saint-Jean-de-Luz y la vimos a unos cien metros de distancia. La viejecita, de traje blanco y ayudada de un bastón, avanzaba hacia nosotros con gran dificultad, a una velocidad desesperante para quien la observara. En cada pasito no se desplazaba más de veinte centímetros; a saber de dónde vendría, pero trasladarse de una esquina a la siguiente habría de costarle no menos de media hora. El obstáculo apareció en forma de unas escaleras que, pese a sus intenciones, no pudo salvar hasta recibir la ayuda de algunos viandantes. Ya repuesta, siguió arrastrándose a su ritmo, se dirigió hacia las grandes puertas de un edificio... ¡y entró en el Casino! ¿Dispuesta a apostar a las *machines à sous* o a echarse a una partida de *black jack*? Lo ignoro, pero seguro que a zambullirse en la vida hasta su último aliento. Es hartamente probable que a esas alturas de la edad yo no disponga de esa clase de aficiones, pero admiro de veras a quien entonces aún cultive alguna que le impulse a vivir.

FATIGA DE VIVIR Afamados gerontólogos actuales se preguntan «por qué la gente se cansa de vivir». Seguramente no exista programa de investigación más prometedor para la suerte de la humanidad que dar respuesta a esa pregunta. Si entonces se contesta apuntando a los límites físicos del organismo humano, pongamos de sus neuronas, parecería que aquel cansancio deberá afectarnos a todos y no habrá demasiado margen para controlar el desgaste y diferir el apagamiento final. La neurología tendría la última palabra. Claro que a cualquiera se le ocurrirán factores de otra naturaleza que nos empujarían a aquella desgana vital y a su desenlace, o sea, a un más imperioso y soterrado deseo de morir. Contra este epílogo no creo que pueda ni el más potente tónico hormonal. Uno diría que el verdadero rejuvenecimiento sólo llegará con una humanidad más justa.

*A hachazos* Quién más, quién menos, envejecemos a hachazos de la fortuna. No hay anciano que no exhiba las marcas dejadas por los tajos recibidos. A las huellas del impaciente paso del tiempo, se agregan las que testimonian la desaparición de nuestros seres más indispensables, las batallas perdidas, las tropelías contempladas, las estrecheces frecuentes, la ingratitud de los próximos, etcétera. Al final, ser viejo viene a ser lo mismo que estar envejecido: desde luego siempre por fuera, pero las

más de las veces también por dentro.

**BIENESTAR REDUCIDO** Un lamento de Ribeyro que haría suyo seguramente la mayoría de ancianos, pero que por fortuna todavía me es ajeno: «Yo que antes contaba mi bienestar por meses, semanas o finalmente días, ahora lo cuento por horas. Recordar y agradecer que ayer y hoy me sentí bien de diez a diez y media o de tres a cuatro de la tarde».

**LA EDAD RELATIVA** Pese a que lo sabemos, nos suele asaltar de improviso. Siempre somos jóvenes o viejos con respecto a alguien, pero apenas damos en pensar que algún día alcanzaremos la edad de nuestros padres y que llegará la época en que bastantes de nosotros la rebasarán. Mayor y más común es la sorpresa que nos llevamos cuando quienes eran los reverenciados o temidos mayores durante una fase temprana de nuestra vida, se nos igualan en la siguiente y pronto somos todos indistinguibles en tareas, gustos y temores.

**NO DA PARA MÁS** No sólo lo decimos de esta o aquella porción particular de nuestro tiempo, que siempre es deficiente. Es la vida la que no da para más, la que no nos cunde cuanto esperábamos. El dicho cobra mayor sentido en boca de los mayores. Todo marcha hacia delante y, para cuando nos damos cuenta, lo dejado atrás ya está muy lejos para hacernos cargo de él y repararlo. No sólo apilamos recuerdos a fin de auxiliar a la memoria a recomponer nuestra vida, y hacer que ésta encuentre así algún apoyo tangible. Los amontonamos también porque las cosas y los acontecimientos suceden y nos rebasan sin haberlos apenas examinado. Ansiamos mucho más que el tiempo de que disponemos para llevarlo a cabo o disfrutarlo. Finitud de la vida contra la infinitud de los deseos.

**EL PODER DE SALVAR** Sentencia del Talmud: «Quien haya salvado una sola alma, es como si hubiera salvado al mundo entero». Si fuera digno de pertenecer a esa dichosa cofradía de salvadores, ¿qué mayor alegría que conocer a quien me debiera su salvación? Por mi parte, creo saber a quiénes debo yo la mía.

**PARA NO OLVIDAR** Todo ser humano es susceptible de un sufrimiento infinito y sin consuelo. Ya nada más que por eso, por insignificante que resulte, aquél se yergue como alguien insigne entre los demás seres vivos. Pueden brillar unos pocos, los menos; pero sufrir podemos todos, aun el más brillante. El más pequeño sufre tanto o más (a su medida) que el más grande (a la suya). Que no se me olvide esto jamás.

EL PODER DEL AMIGO «Los amigos desarrollan en nosotros nuestras virtudes potenciales. Una persona sin amigos corre el riesgo de no llegar jamás a conocerse. Cada amigo es un espejo que nos refracta desde un ángulo distinto [...]. Perder un amigo significa muchas veces neutralizar un sector de nuestra personalidad.» Esta idea de Ribeyro me suena más acertada que la clásica de Aristóteles. No es otro yo, sino alguien distinto de mí mismo, quien puede ser amigo mío. Dos seres iguales, dos copias casi indistinguibles entre sí, no podrían amarse, a menos que incluyamos al narcisismo en el amor. Somos amigos porque conectamos y diferimos a un tiempo en aspectos más o menos centrales de nuestra personalidad: cada uno descubre en el otro rasgos o capacidades que ese otro ignora o desconoce en todo su alcance; y, a la par, ese otro me revela facetas propias que sin él tal vez hubieran permanecido ocultas para mí mismo. No sabemos cuántas de nuestras posibilidades están en poder de los demás. Así se entiende mejor eso de que, con la muerte del amigo, algo mío muere con él.

*Llorar o reír* No nos limitemos a llorar porque el amigo ya no es. Si fuéramos más lúcidos, tal vez haríamos mejor también en sonreír porque hemos vivido juntos. Lo dice con claridad Cicerón a la muerte de su amigo Escipión: «Yo no creo que a Escipión le haya sucedido ningún mal; si ha sucedido algún mal, me ha sucedido a mí (...Por eso) gozo del recuerdo de nuestra amistad de tal forma que me parece que he vivido feliz porque he vivido con Escipión». ¿De cuántos amigos podríamos hablar así?

*Dolores de viejo* Suele decirse que la muerte de amigos muy queridos es el mayor dolor de la vejez, y no faltan razones que amparen este quejumbroso juicio. De viejos no se van los miembros de las generaciones anteriores, abuelos y padres, que se fueron hace ya tiempo. Si los amigos forman por lo general parte de nuestro grupo de edad, con la nueva hornada de muertos desaparecen ahora esos con los que uno coincidía en gustos, recuerdos y proyectos. Pero añádase también —y no es parte despreciable de ese dolor— que con su muerte ellos anticipan lo que más tememos todos.

LA EDAD SOCIALIZADA La edad es la propia de cada uno, pero en aspectos significativos la modula la sociedad en la que vive. Es esta la que establece a partir de cuántos años nos hemos hecho civilmente mayores y podemos acudir a una mesa de votación o jubilarnos. Las convenciones sociales exigen reprender a alguien porque «eso no es propio de tu edad» o «a tus años no está bien». Y, por cierto, tampoco nos hacemos viejos todos a la misma edad, sino de acuerdo con nuestro origen social y tipo de actividad. Iguales en años, la sociedad nos hace desiguales en la consideración y oportunidades que corresponden a los individuos de esos mismos años. Basta comparar la esperanza de vida de los nacidos en uno u otro continente para concluir que la niñez (y sus privilegios) acaba mucho antes en unos lugares y que la juventud (y sus usos) cubre un período mayor en otros, de suerte que la vejez se extiende hoy hasta los ochenta o

noventa años aquí, pero no pasa de los cuarenta allá. En ese colosal desajuste radica tal vez la más básica desigualdad contemporánea.

**DOLOR Y FELICIDAD** Puede entenderse que, con el paso de los años, la vida del anciano almacene más momentos de pesar que de dicha. Al menos sí da en el blanco, como creo, esta aguda reflexión de Umberto Veronesi: «Tal vez sea cierto que el recuerdo de la felicidad no puede ser ya la felicidad, pero el recuerdo del dolor tiene dentro una parte de dolor que nunca llega a eliminarse. Nada enseña como el dolor». En la memoria del pasado se revela una primacía de lo doloroso sobre lo placentero, porque algo de la desgracia perdura en su representación posterior frente al carácter más efímero de la felicidad. ¿No significa ya esta diferencia una de las más graves limitaciones humanas?

**EL DESCANSO PREVIO** Son bastantes las personas que se toman su última temporada en este mundo como prólogo al llamado «descanso eterno», como si se tratase de una preparación para lo que pronto les espera. El anciano que aún albergue para sí o los suyos renovadas ilusiones forma una llamativa minoría entre su grupo de edad. Es cierto que, con excesiva frecuencia, la naturaleza nos impone unos sinsabores que aconsejan huir del exceso y buscar el reposo. De suerte que uno de los prejuicios más obedecidos sostiene que al viejo le convienen diversiones livianas, entretenimientos sencillos. Bajo el lugar común de que tiene bien ganado el sesteo diario, su holganza no sólo le resulta irrefutable, sino merecida. Nada debería importarle ya su saber y su quehacer; lo suyo es aguardar a que llegue su hora.

**AMIGOS Y ENEMIGOS** Podemos definirnos tanto por nuestros amigos como por nuestros enemigos; a ambos los llevamos dentro de nosotros. Estamos por igual en deuda con éstos que con aquéllos, todos juntos han contribuido a ser lo que cada uno es. Bien es verdad que la sonrisa del amigo suele valer más que cien injurias del enemigo, aunque también a veces los abrazos de los camaradas no consiguen contrarrestar el daño producido por un único comentario maligno del contrario. No siempre sabremos lo que algunos nos dieron y otros nos quitaron.

**ADMIRACIÓN PÓSTUMA** Repaso algunos catálogos de las exposiciones de mi buen amigo pintor desaparecido hace unos días. Me invade entonces la culpable impresión de que es ahora, no antes, cuando vislumbro su real valía artística. Y me pregunto si, en términos generales, no suele ocurrirnos así en tantas cosas. A excepción de algunos individuos encumbrados ya desde su juventud, a la vejez le corresponde el olvido; no ya el olvidar característico del anciano, sino también y más aún el ser olvidado. Los viejos reniegan de sus contemporáneos sobresalientes, porque —junto al esfuerzo por contener su

envidia— bastante tienen con añorar lo mucho que han perdido y lo poco que les queda por gozar. Y bien sabemos que sus nuevos moradores irrumpen en el mundo sin memoria, como si fueran los primeros en llegar.

UN INMENSO CORO Los viejos podríamos formar el más nutrido y estruendoso coro de lamentaciones.

REVERENCIA ¿POR QUÉ? ¿Qué tiene de especial la vejez para que, junto al deber general de respeto, se le deba prestar también una reverencia particular? Si todos los hombres somos respetables, ¿por qué el anciano más todavía? Por su debilidad corporal, su saber acumulado, su tarea cumplida, etcétera, se contestará; pero uno diría más: a fin de reducir la congoja que le invade a la vista de su final. Ese respeto será entonces un fruto de la compasión. Pero aquella reverencia, ¿ampararía también al anciano necio y satisfecho de su necedad, al anciano delincuente que justifica su delincuencia, a ese viejo arrogante que no sabe contener su arrogancia? Sólo podría ampararla en todo caso una compasión mucho mayor todavía.

*Respeto a las canas* Observé el modo tan solícito y hasta afectuoso con el que aquel empleado atendió al anciano. ¿Nacía esa amabilidad del reconocimiento de los muchos años ya vividos por ese anciano o más bien de la previsión condescendiente de los pocos que le quedaban por vivir? Aun en el mejor supuesto, y tratándose de un gesto indudablemente sincero, ¿cómo pasar por alto en la actitud del empleado ese sentimiento de confiada superioridad que le garantiza el período de tiempo probable que aún tenía por delante?

LA VERDAD DEL CUERPO Tenemos X años, aunque cabría temerse si no son esos años más bien los que nos tienen en su poder. Pero en esta materia nos gusta disimular y jugamos a las apariencias: unas veces a ser mayores de lo que somos y otras, más numerosas, a ser menores. ¿Cuántos años me echas?, es pregunta habitual de la que esperamos una respuesta complaciente. Y como «siempre es el cuerpo el que dice la edad» —nos recuerda Marc Augé—, habrá que enseñarle a mentir, para mantener la ilusión de existir al margen de ese cuerpo. Todo el montaje se viene abajo ante la desaparición repentina y definitiva del coetáneo cuando muere. Lejos del cuerpo no hay nada. Por eso, mejor o peor, siempre es «tiempo de vivir [...], de tomarse el tiempo sin preocuparse por los años». De acuerdo, pero ya se encargarán esos mismos años de que nos preocupemos por su paso imparable.

QUIÉNES SOMOS «Quién sea alguien en verdad, es cosa que sólo sabremos después de

muerto ese alguien [...]. Para los mortales, lo definitivo y eterno empieza sólo tras la muerte» (Hannah Arendt). Una gran paradoja: que los mortales podamos alcanzar la inmortalidad en el futuro; que la muerte, que certifica lo pasajero, deje paso a lo definitivo y eterno. En otras palabras, que juzgar el valor de nuestra existencia no esté tanto al alcance de los contemporáneos como de quienes vengan después. Pero ¿cuánto tiempo habrá de transcurrir, para que el veredicto sobre alguien pueda ya darse por definitivo? ¿Y qué nos importaría ya entonces?



COMPañÍA PARA EL VIEJO Llegar a viejo es hoy cosa relativamente fácil. Llegar a viejo conservando la suficiente compostura, en cambio, ha sido siempre y en todas partes un logro mucho más raro. En su esmerada labor de destrucción, la naturaleza bien se cuida de degradar al anciano a fuerza de dolencias y extravíos, manías y chocheces. De suerte que alcanzar la vejez sin perder con ella los rasgos más preciados de humanidad resulta ahora, especialmente en esta parte del mundo, misión casi imposible. Y es que el auxilio que la ciencia médica presta al mantenimiento de su organismo le ha procurado al individuo una vejez más tardía, pero sin duda más duradera. Si alguien lo pone en duda, le bastaría consultar las previsiones sobre el mal de Alzheimer y otros trastornos seniles. Todo parece indicar que la creciente prolongación de la vida se debe pagar, por lo menos de momento, al precio de una vejez más indeseable.

Pero lo peor es que nuestra sociedad ha agregado, a esa pena que la naturaleza dicta ya inexorablemente contra la vejez, su propia y tal vez más feroz condena. ¿O no es cierto que la ancianidad ha perdido en los tiempos presentes la elevada consideración de que por término medio antes gozaba? En un mundo dominado por la técnica, por esa razón meramente instrumental interesada tan sólo en los medios, nada más palpable que el indisimulado desdén hacia cualquier saber más hondo que el hombre mayor pueda atesorar. La misma creciente aceleración de los tiempos, por la que las disciplinas, los materiales, procesos de producción y métodos de trabajo cambian cada día, relega al olvido la novedad del ayer más reciente. Tampoco los valores encarnados por el anciano suscitan ya mayor respeto, como no sea para los estudiosos del pasado. ¿Acaso no se predica hasta la hartura, aunque no se sepa qué se dice con ello, que hay que *ser moderno, estar al día, vivir al ritmo de los tiempos* y otros tópicos insustanciales? Los contemporáneos parecen venir a esta tierra con la ilusión de carecer de pasado y dispuestos a crearse a sí mismos de la nada. Entre ellos el viejo es, cada vez más, un extraño.

Otro tanto hay que decir con respecto a aquella dignidad y autoridad —siquiera moral— que tradicionalmente se le reconocía al veterano. Un mundo regido por las leyes y ritmos frenéticos del capital, al contrario, ha de exigir una especie de juvenilización tanto de sus cuadros de mando como de sus valores, criterios y apariencias. Los jóvenes (sus cuerpos, rendimientos, gestos y atuendos, jerga y valores), y no los viejos, son ahora más que nunca los modelos universales para productores y consumidores. Lo que se lleva son

el desenfado y la lozanía, la seducción y la agresividad, lo veloz y lo superficial. El culto interesado y bobalicón que la actualidad rinde al joven lleva como reverso inevitable el menosprecio del viejo y de lo que representa.

Y lo que se dice de la sociedad en general con relación al anciano vale también, mal que nos pese, para el ámbito familiar. Por estrechos que sean los vínculos entre sus miembros, la familia es la primera que está inmersa en ese aparato productivo y respira y transmite sus mismas categorías intelectuales y morales. Por su propia naturaleza una familia nuclear y urbana, a diferencia de la extendida y tradicional, no puede ocuparse bastante de sus mayores; el trabajo de ambos cónyuges, la escolarización obligatoria de los hijos, lo reducido del espacio de la vivienda, su escaso tiempo libre, etcétera, se lo prohíben. Y, carente de otras comunidades naturales en que insertarse, señalado más o menos expresamente como una carga, el desarraigo del anciano se acentúa.

¿Cómo no irritarse, entonces, contra tanto mensaje blando y complaciente que hoy se difunde a propósito de esta fase de nuestra existencia? Desde la púdica engañifa de su denominación oficial («tercera edad», como si hubiera una cuarta) hasta los contenidos más frecuentes de la propaganda comercial y política (feliz imagen hogareña de los abuelos, risueñas promesas de futuro, invitaciones a una sexualidad renovada), sin olvidar esa estúpida doctrina de la vejez como un período de merecido descanso, siendo así que se trata del trance más álgido del combate humano..., estamos sumidos en el embuste más completo. La realidad afectiva y social del viejo suele ser la contraria. Se diría, por tanto, que aquéllas son expresiones de la mala conciencia de una sociedad que proyecta como accesible el ideal de la juventud eterna, mientras relega de hecho al anciano al rincón de los trastos viejos.

Pero seguramente todo eso no hace más que delatar un rasgo último del presente: el temor de jóvenes y adultos a su propia vejez, cuyo rostro descubren en el setentón; o, lo que es igual, su horror a la muerte, eso que nuestra sociedad —más que ninguna otra en la historia de Occidente— considera lo innombrable por excelencia. Así se explican la reclusión, el apartamiento, la marginación a los que higiénicamente —vergonzantemente— destinan al viejo. Una sociedad asentada, como índice de su reconocimiento, en el culto al dinero, al trabajo, a la independencia, a la utilidad, al cuerpo bello, tiene que ocultar a ese sector de la población ocioso, inútil, por demás dependiente y físicamente a menudo hasta repugnante. Una vez pregonada la consigna de nuestros días, «sálvese quien pueda», el que menos puede suele ser el anciano. Y puesto que le está prohibido desentonar del decorado general, muchos ancianos están obligados a quedarse a solas rumiando su próximo final. Soledad y abandono, desamparo e impotencia, sinsentido y angustia, desesperación, miedo: tales son algunos de los compañeros inseparables de la vejez.

Con todo, algo se ha ganado al hacer de la vejez un problema de todos. Se comienza así a caer en la cuenta de que, quienes hoy vivimos en esta parte del planeta, seremos los achacosos habitantes de una inminente sociedad envejecida. En tanto llega, ultraliberales y progresistas libran una reñida batalla sobre el modo de su previsión y asistencia. Para los primeros, la vejez no ostenta ningún privilegio que la preserve de la ley del mercado

y cada cual debe afrontarla con arreglo a lo que sus rentas y ahorros individuales le permitan; los otros propugnan que sea la sociedad entera a través del Estado —y no por beneficencia, sino por justicia— la que garantice su debida atención pública. Pero, supuesta esta última medida *política* como la adecuada, vamos comprendiendo también que no por ello nos libramos de una respuesta *personal*. Sabemos así que ese anciano desconocido requiere un trato que va más allá del atento cuidado que el funcionario o el profesional puedan prestarle; que hay servicios que sólo son eficaces cuando son voluntarios y *gratuitos*, cuando se dan por gracia: por citar uno primordial, la compañía.

Y es que seguramente no hay modo mejor de preparar o vivir la propia vejez que acompañar y hacer más llevadera la de los otros.

## Mozos y veteranos

*No somos ya jóvenes pero, y eso es todavía más triste, nuestras almas siguen siéndolo; y, lo que es peor, bajo el imponente aspecto de la senectud, conservamos los defectos de la juventud e incluso de la infancia.*

SÉNECA

**TODAS LAS EDADES** Dice Edgar Morin que, a la pregunta por nuestra edad, deberíamos responder: «Tengo todas las edades de la vida humana». Pero no porque hayamos pasado por cada una de ellas, sino porque al envejecer las hemos ido conservando todas. Más todavía: porque, cuando hace falta (y tal vez contra el reproche íntimo de los circunstantes), uno se vuelve más chico o mayor que el que es.

**AUSENCIA O PRESENCIA DE LA MUERTE** Supongo que la más básica diferencia entre niños (o jóvenes) y ancianos es la ausencia o la presencia continua del pensamiento de la muerte. Los primeros por lo general no han contemplado a un solo muerto, mientras que a cada uno de los mayores le precede una larga lista de próximos que ya se fueron. Aquéllos ni se imaginan esa muerte, en tanto que éstos apenas imaginan nada peor. Es la diferencia entre pensarse como seres infinitos o como seres finitos y precarios. Pero entonces habrá que admitir que los chicos apenas piensan, porque no les apremia la urgencia, la tristeza ni la necesidad; se limitan a jugar, viven en la posibilidad permanente. Los mayores se mueven sobre todo en la dura necesidad. Los niños son como dioses, los viejos no pasamos de hombres.

**¿COMPRAR LA COMPAÑÍA?** Me hicieron pensar estas líneas de Héctor Abad en su novela *La Oculta*: «Mi mamá tenía una teoría, y había vivido siempre de acuerdo con ella, y es que los viejos tienen que comprar la compañía». Decía, pues, que «los viejos tenemos que pagar para no estar solos [...]. Por eso no podemos darles en vida la herencia a los hijos, sino írsela soltando de a poquitos, para no quedarnos íngrimas y arrinconadas en un asilo». Y uno cree que ése sería un dinero muy bien empleado, al menos desde los intereses del anciano y a buen seguro que desde las necesidades de los hijos. Pero parece tratarse de una perspectiva demasiado estrecha y la observación podría desbordar ampliamente el círculo familiar y el sentido de esa compra.

Pues hay que invitar, festejar, mostrar a los jóvenes que sigues vivo y deseoso de su compañía. Habría que empezar por reconocer que el viejo, precisamente por viejo, suele quedarse solo. Sea por el deterioro de sus facultades, sea por el desinterés que muestra hacia el presente y su habitual anclaje en un tiempo pasado, sea en fin por cumplir el

mustio papel de heraldo de la muerte, lo cierto es que al mayor tienden a abandonarle quienes no lo son todavía. Por eso mismo hay que invitar, festejar y mostrar a los otros, jóvenes o no tanto, que sigues vivo y te apetece su cercanía. Se trataría de que el de más edad fuera capaz de interesar al menor, de revelar un horizonte atractivo de cuestiones que este otro aún no ha entrevisto. Por desgracia, hoy sucede más bien que lo mismo viejos que jóvenes se acomodan a los respectivos papeles que les adjudica el prejuicio reinante.

QUIENES LO SABEN Y QUIENES NO Tenía razón el actor Fernando Fernán Gómez. La mayor y más honda diferencia entre los jóvenes y los viejos sería esta: «Los jóvenes saben que no se han de morir ellos, sino el hombre que serán años después, y al que aún no conocen. Los viejos sí sabemos quién es el viejo que se va a morir». O sea, el contraste que media entre quienes aún no se saben mortales y quienes ya lo saben con creces.

*Duración de las penas* Si de alguna prerrogativa goza la ancianidad, escojo la de que a esas alturas las penas del sujeto serán más breves. Pronto desaparecerá el anciano y con él sus penas, y por eso la muerte puede aparecérselo incluso como un lenitivo deseable. Entre los más jóvenes las pesadumbres van a durar todavía bastantes años, aunque ahora mismo sean más livianas.

LA MUERTE DE LOS NUESTROS Creo que el efecto en cada cual de los fallecimientos ajenos cambia con la edad. A grandes rasgos, se me ocurren dos grandes categorías. Con mayor frecuencia se mueren los viejos, claro, pero hasta hace poco esos viejos eran siempre los mayores que nosotros y ahora sucumben los estrictos coetáneos, quienes fueron nuestros compañeros de escuela, aficiones y diversión. Al viejo que soy ya le ha precedido una larga lista de abandonos de seres queridos, pero bastante más corta que la formada por esos otros con quienes comparto afinidades. Estos últimos me están apuntando con el dedo, me avisan de que ya va siendo hora y pronto les haremos compañía. Cuestión de turnos.

*¿Nos dejan o les dejamos?* Los muertos se amontonan a nuestro alrededor formando un corro siempre creciente que nos estrecha y amenaza ahogarnos. La diferencia es que estos de ahora se nos parecen demasiado. Y siempre hay lugar a una pregunta: ¿nos abandonan ellos o más bien les hemos abandonado antes nosotros?

LAS EDADES COMO CAPAS Conocemos el símil de representar las diversas edades de un ser humano como capas superpuestas de un fruto, las más tempranas formando su meollo y las sucesivas como configurando progresivamente el fruto (aquí el individuo humano)

por entero. Resulta claro que la infancia ocuparía el lugar nuclear y más determinante, al que seguirían todas las demás para culminar en la vejez, que formaría la capa más externa. Cada una de ellas envuelve a la anterior al tiempo que la conserva bajo su dominio; todas se mantienen vivas en el sujeto, hasta que la muerte las destroza de un seco manotazo.

*Productos de la infancia* La sorpresa de saber que de mayor uno exhibe todavía muchas de las marcas de cuando era niño, que apenas ha superado casi ninguna de aquellas huellas, que se precisa mucha fe para esperar algún cambio, por leve que sea. Resulta decepcionante que nos hayan modelado tan poco los diferentes avatares y personas que han poblado nuestro itinerario posterior, en apariencia más poderosos. Apenas somos productos de los hechos más duraderos de nuestra existencia y sí principalmente de los más tempranos.

MINUCIAS De viejo se aprende también que la tragedia no adviene con la solemnidad que uno esperaba cuando era joven, es decir, con alguna vigorosa señal que lo anuncie y nos prevenga para hacerle frente. Con frecuencia sus causas pueden ser indetectables y sus avances del todo insensibles. Luego, cuando se revisan todos los pasos previos, comprobamos que ha sido un anecdótico desvío el que condujo al desastre. Para cuando nos cae encima, el mal ya se ha nutrido de pequeñeces, incluso de alicientes agradables. Algo parecido sucede con lo tenido por notable en nuestras vidas, según sabía Schopenhauer: «Cuando somos jóvenes creemos que los acontecimientos y personas importantes en nuestro itinerario vital aparecerán con timbales y trompetas: en la vejez, sin embargo, el examen retrospectivo muestra que se han deslizado en total silencio, por la puerta trasera y casi inadvertidos».

ARREPENTIMIENTO Probablemente no haya en el anciano una pasión tan dolorosa y extendida como el arrepentimiento. Ciertamente que no hay por qué avergonzarse del mal que en su momento nos pareció justificable, del mediocre resultado de nuestros nobles propósitos o de las elecciones más sopesadas. Así como tampoco de las desventuras y desastres causados a uno mismo o a otros, con tal de haber sabido después ponerles remedio. Lo que no nos perdonamos es aquella decisión o conducta irreflexiva que produjo un daño inconsolable o que no quisimos enmendar a su debido tiempo. Esa contrición encuentra más fácil acomodo en el joven, puesto que dispone de mayor margen para deshacer o compensar los agravios cometidos. En el viejo, en cambio, la carga de aquella culpa y la inquietud consiguiente pueden después hacerse demasiado pesadas. Eso en el viejo magnánimo, porque en el altanero y obcecado el remordimiento ni siquiera tendrá ocasión de asomar o será reprimido en cuanto asome.

DOLORES TEMPRANOS Y ÚLTIMOS Al joven le parece que sus pesares son más hondos, mientras que el viejo sabe que son los suyos los que más hieren e incluso matan. Las razones que abonan esta disparidad a fin de cuentas se reducen a esta: que los contratiempos de antes eran reparables y los de después ya no lo son tanto o se antojan sin cura por ser definitivos. A diferencia de los tempranos, los últimos se acrecen precisamente en la medida en que el mundo de alrededor, la trayectoria de los años pasados, nos reafirman su carácter de universales e irrevocables. En suma, en la juventud no calibramos cada sufrimiento como síntoma o anuncio de nuestra condición humana, sino más bien como una excepción de esa norma general que nos empuja al goce. Durante la vejez, en cambio, son muchas las miserias que nos invitan a constatar el fracaso —parcial o total— de nuestra existencia.

*Los disgustos peores* De viejo, los disgustos se sienten en bastante mayor grado que de joven. Las razones de su mayor intensidad son variadas, pero seguramente todas ellas podrían condensarse en una sola: porque esos disgustos son los últimos. Es decir, por venir precedidos de otros muchos y, lejos de volverlos menos dañinos, su reincidencia añade dolor al dolor. Pero también porque, siendo los postreros, no cabe contar con tiempo suficiente ni para su consuelo ni para su olvido. Al ser los últimos, en fin, contribuyen a ratificar la desventura de la condición humana y nos condenan sin remisión. ¿Para qué han valido las desdichas anteriores, como no sea tan sólo para anunciar las posteriores?

PREJUICIOS Quizá fuera bueno preguntarse si, de chicos, el convivir con los mayores que teníamos al lado ejerció algún influjo en nuestra consideración de la vejez. Me temo que no demasiado, porque ni ellos se propusieron transmitirnos esa enseñanza ni nosotros seguramente la habiéramos entendido. Ellos se hacían más viejos de año en año igual que nosotros crecíamos como jóvenes, por dictado natural, sin más misterios que aclarar ni lecciones que aprender. A los críos no nos tocaba preguntarles por sus cosas y, como se nos ocurriera hacerlo, los mayores tampoco estaban obligados a responder. He ahí algunos de los estúpidos prejuicios que nos han restado satisfacciones a unos y a otros.

SONRISAS Y LÁGRIMAS No hay por qué reducirlo a la relación entre abuelos y nietos. Digamos en general que la jovial ingenuidad de los niños es de las pocas cosas que pueden difuminar o reducir la tristeza instalada en los viejos. La inconsciente alegría del chaval le permite al anciano aceptar con mayor resignación que ahora le corresponde a él hacer mutis, que ya ha «cumplido» con lo que de él se esperaba. Supongo que aquí yace el secreto del vínculo entre ambas generaciones. Es una ley de compensación, de mantenimiento del equilibrio. He ahí otro modo de justicia generacional: los pequeños deben ahora disfrutar (y empezar a sufrir) lo que los mayores ya tuvimos antes la oportunidad de disfrutar (y de sufrir).

*Juegos de niños* ¿De dónde viene el agrado que siempre nos producen los ruidosos e interminables juegos de los niños? De la ventaja que revela su ingenuidad todavía no defraudada, la levedad de sus disgustos, su seguridad de que habrá mañana y que sus padres les seguirán esperando. Todo ello se enfrenta en la conciencia de los mayores a la persistencia del mal, de los intereses irreconciliables, de la desesperanza final en sus compañeros de travesía. Pero a esos mayores ¿acaso no les encandila entonces la ilusión de un regreso a esa infancia más o menos idealizada? ¿O tal vez, al contrario, les asaltará no menos la conmiseración ante aquellos dichosos ignorantes del futuro que se les echa encima...?

EL TÉRMINO DE LA JUVENTUD Se deja de ser joven cuando se comprende que manifestar un dolor no altera la situación, escribió Pavese en su *Diario*. Seguramente se debe a que ningún otro lo percibe, lo compadece o no hace nada por remediarlo. Dejar atrás la juventud significa entonces aceptar que el mundo y la gente no son tan acogedores como creíamos, que estamos más solos que lo que habíamos supuesto.

¿UN DEBER PATERNAL? Según se mire, engañar a los hijos parecería el primer deber paternal. Los padres nos dan la vida al tiempo que procuran ocultarse a sí mismos que con ello también nos han condenado a muerte. Pero habrá que apostillar: váyase lo uno (tener que morir) por lo otro (llegar a vivir).

1 DE ENERO DE 2016 ¿Qué celebramos hoy? Un año nuevo; pero un año, ¿de más o de menos? Cuando se es joven, de más; cuando se alcanza la vejez, sin duda de menos. En otras palabras, y respectivamente: los muchos años que pasaron y los pocos que nos quedan.

*TEMPUS FUGIT* El tiempo corre más o menos aprisa según la edad del sujeto y se afronta asimismo con distinto talante en función de sus expectativas. El joven espera, lo que significa que para él cuenta más que nada el futuro y anhela mayor prontitud en alcanzarlo. La persona mayor, sabedora de su escueto porvenir, tiende a aposentarse sentimentalmente en el pasado (idealizado, por supuesto), como si así frenara su declive, y se contentaría con estirar su futuro algo más allá de lo previsto. El joven echa cuentas de sus ganancias, reales o ansiadas, en tanto que al maduro se le acumulan las pérdidas cada día que pasa. Llegados a alguna distancia intermedia, las características del tiempo del primero y el ritmo de sus pasos empiezan a asemejarse a los del segundo.

UNA VEJEZ ATAREADA La impagable satisfacción de que el chico confiese lo mucho que te debe. Y la responsabilidad aparejada: ahora esa vida depende de ti y tú tienes un papel clave en el rumbo de su existencia. Tú le escogiste primero y él a ti sólo después. Ya no puedes marcharte como si tal cosa.

OCULTAR LA EDAD Me aseguran que hay viejos que se niegan a confesar su edad a sus médicos de la sanidad pública. Al parecer, se malician que ese dato pueda llevar al galeno a desentenderse de los cuidados que prodigaría a otros más jóvenes. Bien mirado, ¿por qué habrían de emplearse horas de consulta, costosos medicamentos y otros recursos públicos que se limitan a corroborar el deterioro imparable del paciente, y para las que el sistema sanitario no cuenta con auxilios suficientes? ¿Acaso no componen esa clase de enfermos un material de desecho, por más que humano, cuyo cuidado no debería mermar el de quienes aún cuentan con expectativas de curación? Me dirán que alguna experiencia debe de amparar a esos ancianos como para incubar semejante recelo. Pues, quién sabe, pero tal vez tan poco justificada como su presunto empecinamiento en pervivir contra toda esperanza razonable.

LA LUCHA DE EDADES Lo ha explicado el gran actor Fernán Gómez: «En la realidad, los jóvenes y los maduros se sienten enemigos de vosotros, los ancianos. Como vosotros sois enemigos en potencia de ellos. Vosotros podéis arrebatarnos el puesto de trabajo o aferrarnos al que tenéis y no ceder el paso a los nuevos, a los que estamos llegando. Hubo lucha de clases, según los socialistas. ¿Por qué no reconocer que ahora estamos en plena “lucha de edades”?». Uno diría que, al menos en las últimas décadas, ambas luchas están confluyendo.

CHICOS Y MAYORES Nada cuesta reconocer la ventaja que llevan los mayores en varios aspectos de su relación con los más jóvenes. Comprenden mejor los porqués de esa distancia, al saber de antemano lo que al otro aún le falta por probar y sin duda ignora. Pueden, al menos, intuir en la inexperiencia del joven la razón de sus entusiasmos o de sus decepciones. El tiempo favorece en esto a la persona mayor. A poco que haya aprovechado su vida, el viejo modélico ya es más, por ser producto de un mayor número de saberes, peripecias, coyunturas, relaciones..., mientras que el muchacho, por excelente que lo soñemos, probablemente durante un tiempo aún será menos. Igual que se dice que los años no pasan en balde, tampoco faltan en balde. Pues lo más sustancial que trae consigo el paso del tiempo constituye la clave de la extrañeza recíproca entre ambas edades: la certeza en los mayores, y todavía no (o no tanto) en los más mozos, de que *todos* moriremos.

ÁNIMO JUVENIL Entre las múltiples imágenes con que Schopenhauer ilustra la diferencia entre las edades del individuo, me quedo con esta. «La alegría y el ánimo de nuestra juventud se basa en parte en que, al marchar monte arriba, no vemos la muerte porque se encuentra al pie del otro lado de la montaña. Mas una vez que hemos alcanzado la cumbre divisamos la muerte que hasta entonces sólo conocíamos de oídas.»

SABIDURÍA TEÓRICA Y PRÁCTICA «La juventud es la época para estudiar la sabiduría; la vejez es la época para practicarla», dice Rousseau en un paseo de sus *Ensoñaciones*. ¿Y por qué no las dos tareas (estudio y práctica) a la vez y en ambas edades, aunque en cada una con la amplitud y el ritmo que marcan los pocos o los muchos años? En cambio, es más fácil sintonizar con alguna otra de sus meditaciones: «He visto a muchos que [...] estudiaban la naturaleza humana para poder hablar de ella sabiamente, pero no para conocerse». ¿Y con miras a qué otro fin, como no fuera el del provechoso autoconocimiento, iba a importarle a alguien —joven o viejo— la teoría de la naturaleza humana?

LA EDAD DE LA VERGÜENZA Según Gracián, «todos desean llegar a viejos y, en siéndolo, no quieren parecerlo». La atinada observación sería exactamente la inversa de la que se detecta en tantos jóvenes que también anhelan crecer y que, por motivos varios, prefieren aparentar una edad más veterana que la suya. En ambos casos lo probable es que sus sujetos experimenten algún sonrojo ante quien les juzga según sus muchos o pocos años y conforme a los prejuicios arraigados en su sociedad. Se reconocerá, con todo, que existe una distinción notoria entre ambas especies de vergüenza: la que afecte al mozo será probablemente de naturaleza pasajera, mientras que la del anciano durará lo que él mismo dure.

*Apariencia y realidad* Acercarse a los jóvenes representa para muchos mayores la manera de parecer joven; para unos pocos significa un modo de serlo. Los primeros simulan esa juventud a fuerza de imitar sus gestos y modas más pasajeros; a los segundos les basta con mantener con convicción sus propias ideas y proyectos.

CONFESIÓN GENERAL «De chicos pensamos: “soy inmortal”. De viejos, decimos: “muero sin haber vivido”, o lo que es más triste: “no he sabido vivir”.» (Ramón y Cajal). Mucho me temo que nuestro sabio tenga razón. Y, sin embargo, ¿no reside justamente en esa discrepancia entre chicos y mayores el carácter más definitorio del hombre como ser deseante, si su deseo es por naturaleza insaciable y su consecución siempre frustrada?

APRENDER Y OLVIDAR Recalca aquel mismo premio Nobel que la diferencia esencial

entre el joven y el viejo consiste en que aquél aprende más que olvida y éste olvida más que aprende. Barrunto que la sentencia, por atractiva que suene, merece algunos reparos. Primero, porque aprender suele requerir un ejercicio previo o simultáneo de olvido, y así el joven aprende a fuerza de desalojar la morralla que su ignorancia ha ido depositando a lo largo de su edad temprana. Por donde resulta, en segundo lugar, que el viejo puede y debe olvidar no sólo por deterioro de su memoria, sino también para hacer sitio a los nuevos aprendizajes que —a poco despierto que se mantenga— la vida le irá deparando sin cesar.

TASACIONES Siempre es motivo de perplejidad para mí el valor en que suele tasarse la vida del individuo por parte de empresas aseguradoras y similares. El mercado no se arredra ni siquiera ante un cálculo que tanto desafía el sentido de nuestra dignidad. Medidos por el baremo del dinero, valemos bien poca cosa, pero menos todavía como el sujeto haya llegado a la edad senil. El anciano ya no puede rendir beneficios, consume mucho más que lo que produce y, en todo caso, le resta un exiguo margen de supervivencia. Una vez descontados los demás aspectos de su vida, su pérdida apenas cuenta en términos monetarios. En cambio, la pérdida de un joven, al que le faltan aún bastantes décadas por cumplir (o sea, para producir y gastar), sale bastante más cara.

TODO LLEGA Hace unos días cumplí setenta y un años y ya cuento con amigos octogenarios. Menciono esas cifras sin el escalofrío debido, pese a que siempre supuse que edades hace poco tan avanzadas arrastrarían consigo una autoconciencia empobrecida. No estoy seguro de que sea así. Esa conciencia nos la infunde habitualmente o bien el joven que te mira con un respeto distante o, al contrario, con el desdén manifiesto que suele prestarse a la persona mayor. En uno y otro caso no deja de maravillarme tal comportamiento, pues lo que el cuerpo gastado dice de uno casi nunca coincide con lo que uno diría de sí mismo. Los jóvenes se llevarían una enorme sorpresa si lo supieran, pero ese desajuste lo descubrirán cuando lleguen por lo menos a septuagenarios. Es lo que va entre la perspectiva exterior y la interior, entre contemplarse desde fuera o desde dentro.

DERROCHE Y AHORRO Lo señala Leopardi, pero justamente al revés. El joven derrocha su vida, pero no como si hubiese de morir en pocos días, sino porque siente que su vida nunca se agotará. Y el anciano la conserva y ahorra precisamente porque sabe a ciencia cierta que apenas le queda tiempo que perder. Uno destruye porque no le hace falta conservar; el otro conserva ante la advertencia de su pronta destrucción.

DISPARATES JUVENILES Con alguna frecuencia, sólo cuando uno se estrena como viejo

alcanza a percibir lo estúpido que era de joven, el cúmulo de prejuicios y malas decisiones que más adelante le amargaron su vida adulta. Por lo regular, ya no es hora de enderezarlos ni de enderezarse. Incluso cabe conjeturar que, si naciera de nuevo, volvería a incurrir en parecidos disparates.

**CONTRASTE** El joven y el viejo podrían representar especies humanas distintas. Claro que se parecen, no faltaba más, pero hay múltiples ocasiones en que sus respectivos cuerpos, porte y actitudes se oponen visiblemente. Lo iba pensando el otro día, cuando me pasé largas horas en una dependencia del hospital acompañando a un familiar. En una de esas descubrí en aquel pasillo a un chico joven, desenvuelto y bien plantado. Era evidente que todo a su alrededor no concordaba con él, sino que chirriaba mucho. Y con sus gestos y su mirada parecía decirnos a los presentes: «¡Eh!, que nada tengo que ver con todo esto. Todavía no ha llegado mi hora».

**LA ALEGRÍA COSTOSA** Por regla general, la alegría del niño es fácil por ser inmediata, natural, espontánea, ingenua..., esto es, anterior a cualquier razonamiento o inquietud. La del viejo, en cambio, resulta más difícil justamente por haber probado ya unas cuantas miserias del mundo y de la sociedad. Es la suya una alegría escarmentada, dolorida. Pero, si la conserva y mientras la conserve, será sin duda una alegría más verdadera, porque se alimenta incluso de lo que podría arruinarla. Merecería el nombre de sabiduría y, con permiso de Clément Rosset, hasta de «la paradoja de la alegría». He ahí un fenómeno extravagante: la crueldad de la muerte para el hombre sería el reverso de la excelencia de la vida humana, de su dignidad y excepcionalidad. Pues —y aquí reside la tragedia— el ser excepcional deberá plegarse a la misma norma rectora de todo lo viviente: que hemos de morir.

**ÚLTIMA CUESTIÓN** Es regla general que los años traigan consigo un alud de cuestiones que pasaban ignoradas o casi inadvertidas en la fase juvenil. La edad nos va despojando de una torpe candidez, al tiempo que nos carga con un nuevo elenco de problemas que no habíamos oteado hasta entonces. Es de suponer que, mientras mantengamos engrasado el mecanismo de la curiosidad, siempre se dispararán nuevas preguntas. La última de ellas al menos quedará sin respuesta, porque sólo podría obtenerse en un momento posterior... si lo hubiera.

**UNA INMENSA PENA** Una de las penas más dolorosas de los mayores viene de desconocer qué será de sus hijos y nietos en su ausencia para siempre. Lo han de sentir como una inasumible injusticia: haber invertido tanto en una vida ajena tan querida y cuya continuidad se les escapará más temprano que tarde. No sólo eso. Al morir, esos

mayores se llevarán consigo mucho de la infancia de sus descendientes, sin que éstos se hayan enterado lo bastante y, por ello mismo, sin haber recibido a tiempo su agradecimiento.

**DELANTE Y DETRÁS** Son imágenes locales que pueden señalar también dimensiones temporales de la vida del hombre. Detrás está el nacimiento y las épocas más tempranas, en tanto que los veteranos tienen ya muy adelantada su vida y se adentran en el final. «Tener toda la vida por delante» es lo que conviene a la juventud, mientras que al más viejo se le atribuye «haber dejado atrás» ya buena parte de sus años e ilusiones. O también, como dicen los padres a los hijos cuando éstos van estirando su estatura: «Yo voy para abajo y tú para arriba». A unos les toca encorvarse y a los otros erguirse.

**LO SIDO** El pasado es el tiempo —también el verbal— en que se alojan los recuerdos. Buenos o malos, todos se conjugan como lo que ha sido y que ya no será más. Por eso los viejos, que apenas cuentan con futuro, viven con preferencia en el pasado. Si para el muchacho el presente desea abarcar hasta el futuro, para el anciano ese presente se contrae más bien a lo pretérito. Unos saben que su ser resulta más bien el «*será*»; los otros, que pronto su ser será lo «*ya sido*».

**BIENESTAR PRESENTE CONTRA BIENESTAR FUTURO** Si somos maximizadores racionales de nuestro bienestar (para hablar la jerga del economista), entonces «nuestro bienestar futuro no cuenta tanto para nosotros como el bienestar presente, aunque sólo sea porque éste es seguro y aquél a lo sumo probable» (McKenzie y Tullock). Traslademos ahora esto a las sucesivas edades de los individuos. La tendencia natural del joven —sobre todo del más desentendido del porvenir— sería la de aprovechar por encima de todo la ocasión que ahora mismo se le ofrece: más vale pájaro en mano. En el caso del viejo se trataría asimismo de sacar todo el partido al presente, pero sólo porque para él la probabilidad de que surja un hipotético bienestar futuro tiende a cero. Lo innegable es que semejante conciencia confiere una posición de privilegio al yo actual sobre el resto de sus yoes sucesivos. Tal comportamiento maximizador de la utilidad puede explicar por qué al condenado a muerte ya no le inmutan los informes acerca de los riesgos, por ejemplo, del tabaco...

**EL MOMENTO JUSTO** Suele repetirse que morir joven resulta para el sujeto una desgracia, en tanto que el fallecimiento del viejo viene a representar un acto de justicia. El niño muerto provoca desazón por inesperado y, más aún, por parecer algo *contra natura*. Tan antinatural como la supervivencia de un anciano que, a su avanzada edad, cultivara abiertamente gustos adolescentes o no se resignara a abandonar este mundo. Pero lo uno

y lo otro tienen su réplica.

El fallecimiento del niño será una tragedia para cuantos le rodean, pero no tanto para él mismo, que desconoce los muchos bienes que se pierde por no haberlos degustado todavía. Claro que el pesar de su espectador no disminuye por ello, sino que aumenta por el hecho de que el pequeño *no comprende* el horror que le ha sobrevenido. Su inocencia agranda a nuestros ojos su desgracia. La injusticia cometida con ellos estribaría en que apenas han vivido y se les priva ya de la vida que tenían por delante. Se diría, en cambio, que los mayores nos merecemos los males que experimentamos, por no ser ya tan inocentes y haber conocido la triste condición humana. Pero no deja de ser cierto que ese viejo, pese a haber padecido ya muchos quebrantos, puede todavía albergar ilusiones y proyectos incumplidos. Concluamos entonces que tal vez fuera satisfactorio en términos generales vivir más largamente, aun cuando sería difícil calcular su duración adecuada y ahorrarnos así la perplejidad. Lo único seguro es que cada uno debería morir a su debido tiempo, es decir, en un momento más allá del cual sólo le aguardara la desesperación. No es decir gran cosa.

NUESTROS DESCENDIENTES Caigo en la cuenta de que, cuando los niños pequeños a los que hoy hacemos carantoñas lleguen a mi edad actual, habrán debido de pasar unos setenta años. Quiero decir que, como media, los de mi hornada llevaremos lejos del mundo casi otro tanto. ¿A quién importaremos entonces? Mejor dicho: ¿quién de aquella edad aproximada se acordará de nosotros? Hagamos el esfuerzo de recordar quién fue el primer muerto que formó parte de nuestra biografía, qué recordamos hoy de él y cuántos lustros hace de eso...

CAPACIDADES No es seguro que siempre podamos adscribir una u otra virtud a una u otra etapa parecida de la vida humana. Por ejemplo, la capacidad de asombrarse ante lo desconocido (que desata el valor de la curiosidad) parece más propia de la edad infantil o juvenil, pero nadie negará que hace más rico al anciano que la conserva. La capacidad de admirar al que más vale dice mucho de nuestro propio talante moral, a una edad o a otra.

La mortalidad que nos habita

*Cada uno lleva en sí su muerte, como la fruta su hueso.*

RAINER M.<sup>a</sup> RILKE

UNA FINITUD MUY ESPECIAL Califico así a nuestra mortalidad porque el hombre es finito de modo hartamente diferente de los animales. Sencillamente es el único que *sabe* que muere y, por eso, sólo él propiamente muere, mientras los demás seres vivos más bien se extinguen. Es lo que constituye el escándalo más formidable entre las criaturas: que al ser dotado de conciencia, y por eso de libertad o autodeterminación, al capaz de crear la moral y el arte y las matemáticas y de querer la inmortalidad..., a ese mismo le esté reservada la misma suerte final que a los bichos. Sabedor de su propia limitación temporal —puesto que anticipa su muerte—, el mismo individuo que sufre y teme cada vez que se contempla en ese trance es también el que puede dar sentido a su vida desde tal límite.

*Sentido o sinsentido* «...lo que da sentido a la vida, también se lo da a la muerte.» (Saint-Exupéry). En correspondencia, una vida vivida sin sentido también se lo privará a su muerte. Tal vez sea lo que mejor explique la desesperación de tantos en los momentos finales.

METÁFORAS La vejez es el prólogo de eso cuya conclusión es la muerte. Y bien sabemos que por lo general nos interesa más la conclusión que el prólogo. Si la vida se confunde con el cuadro que cada cual se pone a pintar mientras vive, la muerte vendría a ser como su marco. Es decir, aquello que encuadra esa vida y la realza al tiempo que define sus dimensiones.

YO TODAVÍA NO Unos se van muriendo y te enteras confidencialmente de que otros muy pronto les seguirán. Ley de vida, dirá el conformista universal, aunque en este punto todos tengamos que conformarnos. Eso sí, de nuestra muerte nos importa también mucho cuál será antes: la mía o la de los demás. Cuando nos anuncian la desaparición de otro, ya puede ser un amigo muy querido, nuestra primera reacción —no lo neguemos— será que «ha muerto él, yo todavía no». También lo pensará en tesitura parecida el Iván Illich de Tolstói. Cualquiera nuevo desaparecido siempre nos trae la satisfacción de que, en todo caso, no se trata de uno mismo. El rabioso apego a la vida se muestra aquí como lo que es: un egoísmo sin límite. Preferimos que en esta fúnebre procesión nos precedan

cualesquiera otros, sin importarnos que tal vez todos saldríamos ganando si algunos de ellos —por su extraordinaria singularidad— permanecieran todavía en este mundo.

LA VIDA NORMAL, MEDIADORA La noticia de la muerte del amigo o familiar te sorprende en medio de tus asuntos y preocupaciones, de tus compromisos o planes para esa misma jornada. Así que llega empequeñecida por la vida y su trajín. La mayor anormalidad de la existencia humana viene ya atemperada por la normalidad, disminuida por los afanes cotidianos. Aunque quisiéramos detenernos ante la desmesura del suceso, todo lo demás nos arrastra por encima del difunto y de aquella noticia. Debemos seguir viviendo como si nada irreparable hubiera pasado. Resulta, pues, que en nuestra existencia lo excepcional cohabita con lo común; lo extraordinario brota en medio de lo ordinario. La muerte del otro sólo podemos afrontarla gracias a tópicos falseadores, a fuerza de introducir lo banal y perderse en detalles insustanciales. Pero es que hemos de amueblar cuanto antes lo que es el vacío por excelencia, disfrazar nuestra impotencia frente a la potencia suprema.

REUNIÓN DE ANCIANOS Ayer noche, en casa de J., sentía que la muerte merodeaba a nuestro alrededor. Ya hace tiempo que faltan algunos amigos y algún otro acaba de superar una grave operación quirúrgica. Hablamos de fallecidos recientes y de otros —nadie se engañaba— que parecían estar no demasiado lejos de dejarnos. Salieron a relucir diagnósticos médicos que unos u otros acabábamos de recibir o a cuya intranquila espera estábamos. Y hasta salió a relucir ese Dios en quien varios de los allí presentes todavía confían, aunque anden remisos a ofrecer su porqué. En el fondo, tratábamos de disimular nuestro miedo y nuestro desengaño todo lo que éstos nos permitían; o sea, apenas nada.

*Otra de los mismos* Parece inevitable que en toda reunión de personas mayores aceche la sombra de la muerte. Se diría que está tan presente como cada uno de los allí reunidos. Está asimismo en casi todos los temas recurrentes de la charla, en los achaques ya inocultables de cada cual, en los recuerdos de los amigos desaparecidos, en las alusiones a lo que algún día sucedió y se añora como irrepetible. Por eso la muerte no se insinúa allí tan sólo en la tristeza que se anticipa, y que en adelante será nuestra compañía más asidua, sino también en las alegrías que se rememoran porque no volverán. Cierto que en esa atmósfera se respira algún disimulo, y probablemente así debe ser, porque a todos aligera y a nadie engaña. Saquemos, pues, partido de este presente. Llegará el día en que ninguno de nosotros convocará estas reuniones o guardará los arrestos suficientes para acudir a ellas.

ETERNIDAD DE LA MUERTE Alguien ha escrito que lo más terrible de la muerte es su

eternidad; que todo en este mundo es pasajero y efímero, menos ella. Puestos a afinar algo más, se diría que muerte y vida son en su abstracción tan eternas la una como la otra, puesto que se corresponden estrictamente entre sí. Pero asimismo igual de efímeras, si es que vida y muerte siempre son las de cada cual y no los conceptos separados que convienen a todo lo viviente. Sólo en su abstracción surge la paradoja de que lo que nos condena a nuestra precariedad y finitud sea eterno. Y entonces, sí, para que nosotros fuéramos inmortales tendría que morir la muerte misma. Claro que, de ganar esta partida, habríamos dejado de ser hombres.

EL COMIENZO DEL FINAL Cuando te encuentras al pie de la cama de un enfermo grave, parece insoslayable preguntarte si no estarás asistiendo al inicio de un final.

LA MUERTE O SU AMENAZA Tiene razón Canetti: lloramos a los muertos, pero habría que llorar más a quienes aún han (o hemos) de morir. Aquéllos ya han sido, pasaron la prueba definitiva; después no cabe atribuirles conciencia ni sentimiento alguno. Ahora a nosotros nos es dado sufrir por su muerte... y por la inminencia de la nuestra. Pero, en el último caso, el *todavía no* nos permite siquiera una mínima ilusión: el *quizá no*...

LOS DÍAS CONTADOS Menos los seres inmortales, cuyos días sería superfluo contar, todos los demás tenemos los días contados. Siempre ostentan esa condición, la de ser contables, los días vividos por los hombres que ya fueron, los de quienes ahora estamos siendo y también los de quienes serán después. Pero no sólo se dice con ello que somos seres de duración limitada. Ni tampoco que, por mucho que hagamos, por mucha prisa o parsimonia que infundamos a nuestra existencia, la suerte está ya echada desde el principio. Han sido factores como la herencia genética, la crianza familiar, las circunstancias de tiempo y lugar, etcétera, los que han fijado la fecha desconocida de nuestra muerte. Más en particular, la expresión se emplea para referirse a los días que parecen contiguos al mismo morir, los más próximos a acabar la cuenta. Mientras ésta corre para el niño o el joven hacia delante, y se mide desde su inicio, para el maduro y el anciano se mide ya desde su punto final. Si, pues, los mayores nos representamos la vida, como esa cuenta atrás, se diría que hasta ahora nos pasaron inadvertidas sus primeras decenas de años, y que sólo estamos atentos a su sucesión cuando reparamos en que apenas quedan unas pocas unidades que contar.

NUESTRA GRAN FAMILIA «He visitado un bonito cementerio: no olvido nunca a los muertos; son nuestra familia.» (Chateaubriand). La gran familia de los muertos entre sí, ¿por qué no, si comparten por igual la desposesión más radical? La gran familia también entre los vivos y los muertos —mediante el recuerdo—, porque nosotros les prestamos

un modo de existencia como subrogada a partir de la nuestra. A algunos pocos les reconocemos además como allegados, nos suscitan emociones y hasta algún silencioso trato con ellos. Serían nuestros «seres» más afines detrás de los seres humanos que conviven, o *conmueren*, con nosotros.

OTRO MÁS Hoy se ha ido para siempre alguien con quien compartí muchas conversaciones y carcajadas. Empiezo a verificar que esta última parte de nuestra vida estará dedicada sobre todo a las despedidas definitivas. Los viejos han dejado ya muchos muertos tras de sí. También nosotros daremos el último adiós a otros tantos y algún día nos lo darán a nosotros. Me gustaría añadir alguna meditación apropiada que ayude a sobreponerse a semejante condena, pero no me brota ninguna a su altura. El silencio hará eco al silencio.

*Y otro* Ya ves: un día uno y, al otro, otro; ambos, personas cercanas. Son muchos congéneres los que nos abandonan a diario, mientras los demás seguimos a lo nuestro. La muerte, y su transcendencia, quedan tapadas por el incesante ajeteo de la vida y de los vivos. Tanatorios y plantas incineradoras, funerales y oficios religiosos, no se detienen en mitad de aquel tráfico cotidiano. ¿Y habremos de incorporarnos enseguida a los quehaceres ordinarios como si no hubiera pasado nada, cuando ha pasado todo, porque es justamente la sombra del verdugo la que ha cruzado de improviso ante nuestra mirada espeluznada? En el último volumen de su *Diario* Salvador Pániker define la muerte como «esa cosa tan absoluta que se introduce en la vida cotidiana de la gente».

EL MORIR Y LA MUERTE Me parece sumamente apropiada la distinción propuesta por el escritor húngaro Sándor Márai: «Quietud si pienso en la muerte. Inquietud si pienso en el morir». Pues el caso es que, junto con el nacer, morir es el mayor acontecimiento de la vida de todos; lo que viene después carece de importancia comparado con el trance aterrador que entonces está ocurriendo. El morir tiene lugar mientras se vive y por eso la vida humana es un vivir muriendo el lapso temporal que abarca sus etapas finales. Y la muerte misma nombra exclusivamente lo que llega al final del morir o, si se prefiere, tras ese proceso.

*¿Temor o pesar?* Ese distingo anterior permite salvar una confusión demasiado frecuente y venida de muy atrás. En los hombres, la representación o el cumplimiento anticipado de nuestra mortalidad se hace acompañar de dos sentimientos principales. Al morir como tal le corresponde el temor a la muerte, pero la muerte misma se asocia sobre todo al pesar o la pena.

Sea por haber contemplado en los más cercanos el progresivo y doliente encaminamiento hacia su final, sea por haber experimentado en carne propia ese

proceso (que en tal caso no llegaría a culminar), el sujeto siente ya miedo ante la condena irrevocable que le aguarda. Pero ahí no acaba todo. Si es creyente, además, en semejante coyuntura no dejará de roerle la duda sobre las promesas de su fe o la sospecha de alguna grave falta personal no confesada. Por una u otra vía, a este creyente le asaltará el temor al castigo eterno. Lo escalofriante ahora ya no se refiere tanto a la muerte como a lo desconocido cuya puerta entonces se abre, a eso que puede sucederle en esa vida futura en la que creía creer. Cosa muy distinta, si bien con frecuencia mezclado con el anterior, es el sentimiento de angustia que nos invade ante la previsión de lo que vendrá con la muerte misma. Pues lo que prevemos para ese período inmediatamente posterior suscita graves motivos de tristeza: la privación de una existencia que nos resultaba lo bastante satisfactoria, la incertidumbre sobre el porvenir de nuestros seres más queridos, la renuncia a proyectos muy acariciados, etcétera. Ambas emociones, el temor y el pesar, están presentes en el preámbulo del desenlace; casi siempre juntas y otras veces por separado.

UNA FALSA INMORTALIDAD Se recordará aquel texto de Borges según el cual, menos el hombre, todos los animales son inmortales porque ignoran la muerte. Su carga entre paradójica y bromista se nos hace evidente enseguida, pero no están de más algunas acotaciones. Por de pronto, que esa presunta inmortalidad del animal sería objetivamente falsa y subjetivamente cierta —si en este caso hubiera sujeto—. De modo que ni la ignorancia de la muerte se confunde con la inmortalidad ni tampoco esa falta de conciencia le suministra la sensación de ser inmortal. La muerte humana, en cambio, es inseparable de su autoconciencia y por ello mismo viene a ser temida, con razón, como el peor de los males. Entre los humanos la muerte y el miedo a la muerte van de la mano. ¿Optaríamos entonces por prescindir de esa conciencia a fin de evitarnos el espanto consiguiente? Tal vez podría depararnos una vida más dichosa, pero nada humana; y doy por seguro que nuestra elección sería la humanidad.

NADA Es posible que el lenguaje nos juegue una mala pasada cuando alguien como el pensador Ernst Nagel se refiere a la muerte como «nada». Pues, si la muerte viene a ser algo, y algo de la máxima transcendencia (precisamente por aniquilar nuestra propia transcendencia), no puede ser nada ni mucho menos la nada. Aquella es un hecho de la vida de un ser, y un hecho terminal, más allá del cual comienza para su sujeto un territorio incógnito al que —ahora sí— llamaremos nada. No estamos ante una mera cuestión de palabras, aunque la razón de que así lo parezca radique en la capacidad humana de recurrir al lenguaje hasta para designar el no-ser. El temor a la muerte no equivale a un temor a la nada, porque la nada como tal no puede temerse. Lo temible es la previsión de cuanto antecede a su llegada. La nada puede ser para muchos incluso deseable, y lo sería aún más si no llegara precedida por la muerte misma o, antes todavía, por el largo proceso de morir.

VIVIR MURIENDO Salvo que sobrevenga un accidente mortal o un ataque repentino, dejamos de ser en pequeñas dosis, por parcelas o por etapas a lo largo de nuestra existencia. Nos estamos muriendo a cada momento, si bien nos morimos del todo solamente al final. Envejecer ocupa ese proceso vital desde el principio, por más que múltiples protocolos opten por separar a jóvenes y maduros de los viejos. Como mucho, podemos ser conscientes de nuestras muertes parciales (hoy el riñón, mañana la próstata; el dolor de aquí, la punzada de más allá), pero siempre se nos antoja demasiado pronto para aceptar que se aproxima nuestra salida. Nos medican, nos reparan los huesos quebrados, nos operan de esto o lo otro... y seguimos sin admitir que todo ello equivale a vivir muriendo.

SÓLO EXISTE EL MUERTO En las despedidas de los difuntos, para la mayor parte de los presentes existe ante todo la muerte y no ya el muerto. Para el más cercano al difunto, en cambio (como precisó con tino Umbral), «ya no existe la muerte; sólo existe el muerto». A lo que Jean Améry replicaría aún con mayor justeza que tampoco el muerto existe, sino el *muriendo*.

SIGUE LA RACHA «Ya empezamos», me pongo a escribir, pero corrijo enseguida porque esto no hace más que continuar. Hace un minuto, la llamada comunicándome que acaba de morir un amigo y que mañana al mediodía le incineran. Lo tomo ya casi como una noticia más, no muy distinta a otras del día. Eso sólo puede ser señal del grado de naturalidad con que uno contempla lo irremediable, la fatigada indiferencia con que observa el avance del enemigo.

LAS DESPEDIDAS Y LA DESPEDIDA Pensemos en las despedidas más cruciales, las que nos hacen sufrir con mayor motivo: el final de una relación entrañable o de alguna etapa vital gratificante. Pues bien, parece evidente que esas despedidas nos resultan tan dolorosas por ser una prefiguración de la que vendrá con nuestra propia muerte, del gran adiós a todo y a todos. En cada funeral se escenifica un anticipo, un ensayo del adiós que nos darán algún día, con bastantes actores distintos y otros cuantos repetidos. Y para los futuros asistentes de entonces, seguramente será una ceremonia tan «normal» como para los presentes en las de ahora mismo. No es preciso que las vivamos con plena conciencia, pero son así: mortíferas.

*Sin decir adiós* Te enteras de que alguien con quien mantuviste durante años varios contactos estimulantes y sabrosas conversaciones acaba de morir de repente. A continuación te esfuerzas en traer a la memoria cuándo y dónde tuvo lugar vuestra

última entrevista, y de qué trató. E incluso —como si la inminencia de su muerte hubiera sido predecible— te reprochas no haber concertado otro encuentro con él, en lugar de darle la mano como si nada y hasta otro día. Lo difícil de entender es que la muerte ande rondando tan cerca de la vida que a menudo nada haga presagiarla como para celebrar la despedida adecuada. Y lo más costoso de aceptar, por encima de todo, que ya no volváis a encontraros jamás. Me recuerda lo que cuenta Leopardi de sí mismo: cuando niño, al marcharse alguien de su casa, le acometía el pensamiento de que quizá no le vería nunca más y se reprochaba no haberse comportado conforme a esta eventualidad.

CUERPO Y ALMA No lo sabré nunca, pero creo adivinar cuáles fueron los motivos de aquella amiga creyente al desear que el término llegara cuanto antes —con dolor, con angustias—, en lugar de apurar la vida hasta el último minuto. Sospecho que la razón última tuvo que ser el desprecio cristiano del cuerpo. Cuando nos reducimos a mero organismo, y éste no es más que un despojo, entonces ya no somos nada; en realidad, ya hemos muerto y tan sólo se espera confirmarlo con las señales acostumbradas.

*Qué hacer con los muertos* Ignoro si la hipótesis vale para la mayoría, pero me temo que la incineración (y el posterior aventamiento de las cenizas o su custodia) responde a la convicción cristiana de que en el cadáver no subsiste nada valioso del difunto. A lo más, su cáscara, la pura envoltura de la persona que la habitó. Todo culto que se le dedique está de más, lo mismo da qué se haga con esos restos. De modo que nos libramos de la emoción —y del cuidado consiguiente— en cuanto se considera que ahí no queda nada del que fue. Pero ¿es que la demanda de Antígona ya no importa? Los padres no descansan hasta traer consigo al hijo muerto lejos de casa y enterrarlo cerca de su lugar de residencia. Los deudos cercanos quedan más sosegados y alcanzan algún consuelo cuando sus fallecidos reposan en el cementerio local y pueden acercarse a su tumba. En las cenizas, en cambio, ya se ha perdido del todo la figura del difunto y no hay imaginación que pueda recomponerla a partir de unas partículas indistinguibles entre sí. Su cuerpo y el recuerdo que se le adhiere tienden así a borrarse antes.

LA MORTALIDAD QUE NOS HABITA Una carta de Julia Kristeva recoge una cita de Etty Hillesum, judía holandesa engullida con toda su familia por el infierno de Auschwitz. Según nos cuenta ella misma, esta chica se había propuesto «ampliar su vida, integrando su muerte». He ahí alguien que ha comprendido: el pensamiento de la muerte no recorta la propia vida, sino que puede enriquecerla. Al menos la dota de la densidad que como una mortalidad *humana* le distingue. Sólo vivimos como seres humanos en compañía de esa idea de la muerte. Por eso podemos aludir —como la autora en otro pasaje de su misiva— a «la mortalidad que nos habita». Pues ésta no se encuentra fuera de nosotros,

aguardando a que lleguemos a su terreno; siempre está dentro de uno, esculpiéndonos desde el principio.

LA CONDICIÓN DEL ENCUENTRO Otro foganazo de la Kristeva: «La vida está atravesada por la muerte. La otra cara de un encuentro verdadero es la integración de la muerte y de la separación; nunca se posee al otro». No estamos de verdad con ese otro como no sea en el horizonte de nuestra muerte común, de nuestra forzosa separación futura. Esa previsión nos pide también convivir más a fondo con él, precisamente porque tenemos poco tiempo para hacernos compañía, porque quizá nuestra partida de hoy sea la definitiva. El otro siempre será otro, nunca será del todo mío: me lo van a arrebatarse o lo abandonaré yo primero.

INADVERTENCIA Acabo de enterarme de que el señor T., un anciano vecino a quien veía pasear casi a diario cerca de casa, hace meses que ha fallecido. No me había dado cuenta y me avergüenzo. Suponiendo ahora que mi propia desaparición trajera consigo algún eco que perciban unos pocos y dure un par de días como máximo, ¿cuáles otras serían las diferencias? Seguramente ninguna: ¿y por qué habría de importarme?

LA MUERTE DEVALUADA Me pregunto si los continuos crímenes representados en las películas policíacas, del Oeste o de terror no causarían efectos letales en las conciencias de los espectadores. Son muertes violentas tan en cadena, tan acumuladas en los enfrentamientos de unos y otros (bandas rivales, perseguidores y perseguidos, forajidos y guardianes de la ley, etcétera), que por fuerza hemos de banalizarlas para poder asumirlas una tras otra. Se diría, además, que esa trivialización será mayor en los jóvenes, pues apenas piensan en la muerte y la temen menos, que entre los viejos, porque éstos la conocen y la temen más. Con todo, su visión habitual en el relato cinematográfico tampoco resulta indiferente y dejará sin duda su huella psíquica y algún rastro moral. Lo llamativo es que en nuestra vida ordinaria, con un asesinato próximo cerca de casa, ya tendríamos bastante pesadilla para una temporada.

DESCONEXIÓN Me cuenta una amiga que, pasados ya tres días desde que su padre está malviviendo en el hospital gracias a la respiración asistida, inconsciente y sin esperanza alguna de mejoría, ha decidido solicitar a su médico que desconecte al paciente y le permita morir a fin de que los demás miembros de la familia puedan recuperar su propia vida. No hace falta mucho análisis para estar de acuerdo con tan irreparable solicitud. Sólo me acongoja la tremenda tesitura de que, quien recibió su vida de él, deba disponer ahora que ha llegado el momento postrero de ese moribundo que es su padre.

LA SEGUNDA MUERTE DE LOS MUERTOS «Los muertos mueren con nosotros otra vez; el recuerdo se apaga.» (Ernst Jünger). No lo había pensado bastante. Cada persona fallecida, por regla general, cuenta con una porción muy exigua de hombres vivos capaces de (y dispuestos a) recordarle. Aquella persona empezaría progresivamente a difuminarse con la desaparición de cada uno de ellos, y moriría del todo y para siempre en cuanto expirara el último. Salvo las excepciones reservadas a los individuos más célebres, quienes mueren están confiados a la memoria de un puñado de vivos que les otorgan por su evocación un modo de existencia y que dura lo que duran en ser evocados. Después, ni eso.

LA MUERTE NOS DELATA Leo algo obvio, pero que siempre demanda ser pensado: «Pocas cosas dirán más de una persona, de sus motores internos y sus pasiones, [...] que su actitud ante la muerte». Comparto la tesis, pero todavía habría que preguntar: ¿ante la muerte propia o ajena, la cercana o la lejana? En todo caso, sería una actitud difícil de descubrir porque suele poblarse de espesura y trampas, y habría que deducirla a partir de indicios brumosos. La procesión casi siempre irá por dentro.

CUANDO TODO SE VUELVE IRREPARABLE La muerte hace evidente la unicidad e irrevocabilidad de cada vida. Lo que ha sido, ha sido y ya no puede deshacerse ni recomponerse. Constituye el único acontecimiento carente de pasado y de futuro: antes de su llegada no existía para nosotros y, después, nada puede ya suceder(nos). Por eso cada acto del individuo se vuelve esencial y debe ser entendido como una muesca indeleble en su vida. Pero lo mismo hace pensar en lo irreparable del daño que hayamos podido causarle a otro o del bien que dejamos de procurarle. En vida, la perspectiva de la muerte nos muestra una dimensión de las cosas más auténtica por más honda. Tras la marcha definitiva del otro esa perspectiva se revela ya como inmutable: y es que entonces se le añade su condición de no retorno... Todo esto viene a cuento de J., naturalmente. Ahora me reprocho los silencios, los noes que no supe ahorrarle, la compañía que le regateé, todo lo que sin duda él echó en falta en mí. Eso ya no cabe reparar.

¿LO INCOMPENSABLE? A juicio de Zygmunt Bauman, la muerte representa para el hombre la encarnación de todo lo desconocido, lo único incognoscible y que, por ello mismo, no admite preparación alguna. La tesis suena a discutible. Ya sabemos que el instinto de supervivencia que guía también a los animales nos lleva a compartir con ellos el miedo a la muerte. La abismal diferencia radica en que nosotros conocemos lo necesario de esa condena y nos enfrentamos a la tarea de sobrevivir pese a nuestra conciencia del morir ineluctable. Y ya sólo esa diferencia, aunque no supiéramos otra,

¿no volverá algo más comprensible a la muerte?

COLMADOS DE AUSENCIAS Conforme envejecemos, las muertes de los próximos nos dejan, cada vez más, «colmados de ausencias». ¿Se diría entonces que, con cada nuevo desaparecido, los demás tienden a depreciarse? Nada de eso. La normalidad del fallecimiento natural y ordinario de los parientes no llega a inmunizarnos contra cada asalto del temor y del pesar. Todo lo contrario, en lugar de tal devaluación, crece geoméricamente el sentimiento del valor de la vida de cada cual, de quienes seguimos aquí. De modo que, cuando tras una muerte cualquiera decimos eso de que *no somos nada*, cabría maliciarse que sólo nos estemos refiriendo al muerto...

TANTOS MUNDOS PERDIDOS Jacques Derrida dejó sentado que cada muerte supone el fin de *un mundo*, y de un mundo *único* y para siempre, que ya no podrá reaparecer. De un solo trazo, la muerte manifiesta la unicidad e individualidad de cada uno de los mundos irrevocablemente perdidos, así como la eternidad de esas pérdidas. Se podría concluir que el mundo humano se enriquece o empequeñece a diario, a tenor de la riqueza o miseria de esos mundos individuales. No reparamos en que con cada muerte se han esfumado realidades que solemos pasar por alto (pensamientos, proyectos, sentimientos, deseos, etcétera), lo mismo que *posibilidades* que ya no serán reales. Verdad es que, por más que ocupamos coordenadas temporales y culturales comunes a muchos, cada cual vive esa comunidad a su singular manera. El mundo que muere con cada uno será tan único como el propio individuo que muere. A la postre, el otro es nada más (ni menos) que un semejante; tan sólo nos parecemos.

LA MUERTE VOLUNTARIA El suicidio no es una muerte cualquiera, sino la más trágica. Pues ha venido precedida de la desesperación y tiene lugar contra el primer mandato de la ley natural, que es sobrevivir. Según he leído en alguna parte, el suicidio sería más duro y difícil que un asesinato: «porque mata a todo el mundo». Parece más comprensible si se comete en la vejez, porque su protagonista se adelanta unos pocos años a la condena universal y en el período anterior puede haber acumulado ya motivos suficientes para renegar de su existencia. En cambio, mucho más antinatural y penoso se antoja el suicidio del joven, puesto que su decisión arruina una vida que aún disponía de oportunidades de rehacerse. Pero, viejo o joven, la principal lección dictada por el suicida es que continuar viviendo está en nuestras manos. Que, enfermedades o accidentes mortales aparte, seguimos con vida *porque queremos*.

Claro que nadie renuncia a vivir por gusto o por un motivo que se le antoje fútil. Tal es el fundamento de que el suicida merezca siempre *compasión*, aunque no merezca nada más. Quien se suicida a causa de su conciencia de culpa o de una vergüenza inaguantable se impone seguramente una pena mayor que la que dictaría contra él la ley penal o el

juicio de la mayoría. No hay huida hacia delante más completa que un suicidio. ¿Expresa su escapatoria una cobardía? Tal vez en ciertas ocasiones, pero no sería yo quien se lo reprochara al suicida.

«*Me doy*» Eso sí, como en tantas vicisitudes de la vida, al final uno acaba entregándose. «*Me doy*», exclamábamos de críos cuando nos rendíamos ante el vencedor en el juego al que se jugara. Pero en ese juego la rendición era pasajera, y al cabo de un rato empezábamos de nuevo la partida en igualdad de fuerzas y de oportunidades. En cambio, con la propia muerte no se juega y, si cedemos a ella, es para siempre. Por aquí viene la intriga, que arranca de la desproporción entre el ahora y el para siempre (o el nunca). ¿Cómo es posible que, a cambio de poner fin a la tortura del presente, haya tantos dispuestos a regresar al no ser por toda la eternidad? Puede replicarse que no exageremos la apuesta y que aquí no nos jugamos la eternidad, pues el premio sólo promete algunos años más de vida (y previsiblemente, de la peor calidad). Da igual, porque se trata de optar entre ese breve porvenir de índole desconocida y un presente sembrado de calamidades hartamente conocido. ¿Quién no habrá sufrido algunos presentes más interminables que la eternidad misma? Y, sobre todo, no lo olvidemos: si fuimos ya privados del derecho a no nacer, ¿por qué se nos habría de prohibir el de morir?

¿*Potencia o impotencia?* Crece el número de quienes contemplan el suicidio como una señal de nuestra potencia. El recurso a la eutanasia sería una prueba irrefutable de la pérdida del miedo a la muerte, escribe Pániker. Otro fallecido de ahora mismo, el filósofo Jesús Mosterín, dejó escrito que si él pudiera mantener una entrevista con la Parca, «no le pediría la inmortalidad ni la vida larguísima, sino que me dejase a mí decidir el momento de la cita inevitable [...]. La muerte que yo preferiría sería el suicidio sereno y asistido».

Pero hay quien, como Kafka (en sus conversaciones con Janouch), detecta en el suicida precisamente una falta de poder. «El suicida sólo se mata por impotencia. No puede hacer nada más. Con eso ya lo ha perdido todo. Entonces se decide quitarse lo último que todavía le queda. Sin embargo, para eso no hace falta tener fuerza. Basta con la desesperación, con la renuncia a toda esperanza. No es ningún riesgo. Sólo hay osadía en la perduración, en la entrega a la vida, en ese deslizarse día a día con aparente despreocupación.» Y uno no sabe con cuál de estas opiniones quedarse, porque —a mi entender— a todas les asiste una parte de razón.

LAS VIRTUDES DEL MUERTO A propósito de los elogios desmesurados a los que se fueron, esa costumbre tan perdurable. Seguramente su motivo más básico sea compensar así al muerto por el mal que se le ha infligido, por ese golpe inmisericorde que se ha abatido sobre él. Siquiera por un breve plazo, el ausente para siempre crece a los ojos del prójimo gracias a haber superado ya la prueba definitiva. Pero otros cuantos factores

propician el encomio que le dedican unos u otros. El fallecido puede alzarse como el mejor de los mortales porque ya no nos amenaza ni nos hace sombra, y ha dejado por ello de inspirarnos temor o envidia.

*Otros méritos del difunto* Más de una esquila mortuoria da que pensar. Como todas, pretende anunciar a los lectores, sobre todo a los que comparten la fe cristiana, que ha muerto un creyente y sus familiares agradecerían su presencia en el funeral oficiado por su salvación eterna. Pero cuando la familia aprovecha tan infausta ocasión para hacer públicos los méritos profesionales o civiles, aristocráticos u honoríficos del fallecido —lo que no es tan infrecuente—, incurre en una notoria aberración. Se diría que aquellos títulos representan también algún valor eminente a destacar en esta circunstancia y que habrán de añadirse a los estrictamente piadosos del difunto. Ni siquiera entonces acabamos de aceptar que al más allá (si lo hubiera) iríamos desnudos del todo.

ADMINISTRADORES DE LA MEMORIA Eres también lo que los demás dicen que eres. Serás lo que tus supervivientes quieran. Y causa zozobra admitir que parecerás (o acabarás pareciendo) tan limitado como algunos que después te evoquen, y que dependerás de los que administren tu memoria. En definitiva, al menos durante algún tiempo estamos en manos de los que se quedan.

LEVEDAD DEL DUELO La muerte del prójimo no siempre nos duele, si bien la noticia no deja de afectarnos porque nos advierte inexorablemente de la propia. Sucede que ya en el velatorio mismo o en el funeral se abren paso en la conciencia de los circunstantes los quehaceres o las expectativas del día siguiente. Mientras toda defunción introduce en cada cual la categoría del «para siempre», estas tareas y expectativas menores son «de hoy para mañana» y nada más, pero su urgencia basta para imponerse sobre la primera. La normalidad de la vida triunfa sobre la anomalía de la muerte. Mañana no puede ser para mí el último mañana, pensamos sin palabras. Para que lo identificáramos como ese día sin día siguiente, tendría que anunciarse de otra manera, con signos indubitables de su inminencia.

¿UN PENSAMIENTO FÚTIL? Paul Valéry lo deja sentado lapidariamente en sus *Cahiers*: «De todos los pensamientos, el más fútil, el de la muerte». No me lo parece. Y en otra página: «Los animales, que no hacen nada inútil, no meditan sobre la muerte». Esto último ni siquiera puede hoy sostenerse con seguridad de algunos animales no humanos. Pero el caso es que bastantes seres humanos, y muchos de ellos entre los mejores ejemplares de la humanidad, han juzgado desde muy antiguo que la meditación sobre la muerte es de una utilidad incuestionable.

Repliquemos, pues, que pensar en la muerte resulta fútil, y más aún nocivo, en caso de presentarse como un pensamiento obsesivo y paralizador de la voluntad de vivir. Indiscutible. Tal vez fuera nada más que eso lo que pretendió decir Spinoza en aquella proposición de apariencia excesiva: que el hombre libre no piensa en la muerte. Pues es el caso que tal pensamiento acerca de la propia limitación —mientras el sujeto se conserva libre— expresa y procura justamente esa misma libertad. Somos seres libres porque pensamos, y más libres cuanto más pensamos, y cuanto más pensamos en lo que más tememos y a fin de dominar eso que tememos. Pretender conducirnos como hombres libres por llegar a librarnos de semejante meditación suena a vano empeño o a mero autoengaño. En este caso, el autoengaño de dominar el miedo mientras es él de hecho el que nos domina.

APRENDER A MORIR Merece la pena preguntarse por las diferencias, a muy grandes rasgos, entre los modos pasados y presentes de considerar la muerte. Además de en sus aspectos más sociológicos o terapéuticos, también en el modo de comparecer en la economía vital de las gentes. Pues bien, en el pasado del mundo occidental la muerte solía ser el centro de la vida (valga la paradoja) y hoy apenas se hace sitio para ella. Si desde Platón y después los estoicos la consigna moral fue el «aprender a morir», hoy reina sin disputa la de «aprender a vivir» para obtener la mayor satisfacción y provecho individual. Persiste así el *carpe diem*, pero se diría que el disfrute diario del presente ordena prescindir de la menor mención a su límite para no empañar el goce.

*No te adelantes* Si antes la muerte formaba parte de la vida, ahora está más fuera que nunca. Aparte del fallecimiento de algún ser querido, no contamos con demasiadas ocasiones para que nos asalte el *memento mori*. Casi todo se conjura hoy para impedir ese recordatorio, al que sólo se accede cuando uno se halla a solas consigo mismo, sin ninguna distracción. Pero es que en esto precisamente radica hoy lo prohibido. Nuestra atmósfera cotidiana la forman el ruido celebrado como música, la avalancha incontenible de noticias, los millones de mensajes electrónicos por segundo, la publicidad comercial asfixiante. El caso es estar entretenidos para atiborrar ese silencio que podría hacer un hueco al pensamiento de la desgracia. La muerte será primordialmente la ajena, y ésta casi nunca nos atañe al lado de la de uno mismo.

DIVERTIRSE O MORIR «Diversión. Los hombres, al no haber podido remediar la muerte, la miseria, la ignorancia, se han puesto de acuerdo, para ser felices, en no pensar en ello», sentencia Pascal en uno de sus *Pensamientos*. Divertirse vendría a ser, entonces, la maniobra ordinaria por la que disimulamos nuestra miserable condición. Pero mi acuerdo con esta idea ha flaqueado cuando reparo en que puede originar dos interpretaciones bien distintas, por más que concurrentes. De una parte, la diversión depende de nosotros mismos. Por ella somos culpables de no querer saber de la nada que

hay en nosotros, y despejar la angustia que ese vacío nos produce. El precio a pagar por semejante huida de la existencia es una felicidad ilusoria. Pero ¿no es ya ser feliz el poder alegrarse con la diversión? «No, porque [esa felicidad] procede de otra parte y de fuera», responderá el filósofo. El hombre, en definitiva, será tanto más feliz cuando menos divertido.

Pero no está tan claro, según vamos a ver. Pues en otros pasajes cercanos el filósofo insiste en la imposibilidad de que el ser humano *no* se abandone sin cesar a esa distracción y a su ilusión correspondiente. Al hombre le resulta insoportable vivir sin pasiones ni ocupaciones, pues el resultado inevitable sería el aburrimiento y la desesperación. «Nuestra naturaleza se expresa en el movimiento; el reposo total es la muerte.» Si lográramos huir de nosotros mismos, o sea, de la conciencia de que nada somos ni podemos, no viviríamos. Para continuar con vida, en suma, hay que fingir ignorar; no es posible escapar a esa angustia más que mediante el olvido que procura la diversión. Y esta diversión ya no es ahora tanto una *actitud* de nuestra conciencia, como una *estructura* de nuestra existencia.

*Del humor y la muerte* Se ha dicho que el humor brota como producto anticipado de esa muerte que aguardamos, y antes todavía como su requisito y hasta su sedante. El sentido del humor sería paralelo al sentido de la muerte. Nace también como una de las protestas más enérgicas contra ella y no menos como un evacuatorio del horror que nos inculca. Pero, sobre todo, el humor adviene a modo de compensación y, si se me apura, de venganza. Esa muerte, la mía, me ganará el final de la partida; pero ahora mismo —mientras aún puedo porque estoy vivo— aprovecho para reírme de ella y a pesar de ella.

GOTEO Acabo de enterarme de que ha muerto E. G. e irrumpe un pensamiento inmediato: ¿por qué sólo *después* me percató de la desgracia que la afligía en vida? ¡Cuántas veces se requiere que otro muera para reconocer en muchas de sus palabras o gestos unas llamadas de socorro que hemos desatendido! Pero, así como para el difunto ya no hay vuelta atrás, tampoco el pasado me devuelve la oportunidad de reparar el daño que le hice. Y enseguida lo olvido.

EL «NUNCA MÁS» Frente al «descanso eterno» que rogamos para el difunto, está la pesadumbre en que quedan los suyos desde la certeza de no volver a verle. Si fabuláramos que aún resta alguna remota posibilidad de un fugaz reencuentro con él mientras sigamos aquí, la ausencia nos sería menos insoportable. Lo que no podemos digerir ni siquiera entrever es aquel «nunca más». Había que inventar el cielo o algún otro paraíso como lugar del ansiado reencuentro.

**DURACIÓN DE LA MUERTE** Del novelista Mankell: «La vida es breve. En tanto que la muerte dura mucho, muchísimo». Se entiende su significado, aunque la expresión lo traiciona. No es la muerte lo que dura muchísimo, sino aquella nada de donde procede y a donde regresa ese ser que vive y al poco muere. Lo que llamamos muerte coincide con el instante final del proceso de vivir. Después, nada. Pero hay todavía otra razón por la que esa muerte no puede considerarse eterna. Puesto que se refiere necesariamente a un ser que ya vivía, su muerte será *casi* eterna; quiero decir que duraría toda la eternidad futura salvo ese mínimo paréntesis en que ya ha vivido.

**UN DÍA ACIAGO** Hay días en que todo parece conspirar para inundarte tristeza. No puedes ahuyentar el acoso de la muerte: ha fallecido una amiga y otros amigos están ingresados con dificultades bastante serias. En pocas horas te toca visitar un hospital y un tanatorio. En este último, como es costumbre, al lado de la difunta (a la que apenas nadie se acerca), sus deudos más próximos relataban cómo habían transcurrido sus últimos días y otros detalles, seguramente para así no mentar a la muerte misma. En las habitaciones del hospital el tono de la charla era más distendido, pero los rostros de los pacientes y de sus visitas se esforzaban en disimular parecido desamparo. Menos la difunta y los hospitalizados, los demás volvimos a casa y de camino ya empezábamos a olvidar.

**LA MUERTE NOS «MORTALIZA»** Además de mortificarnos con su permanente amenaza, cuando llega la muerte, ésta nos *mortaliza*. Quiero decir que nos fija para siempre y nos vuelve inmutables en nuestra nada posterior. En adelante, seremos a lo sumo destinatarios de la memoria de los hombres, pero no de su relación personal o de sus expectativas. Para los vivos seremos literalmente intratables. Un poco por encima de los demás, no estarán más que esos individuos tan sobresalientes que calificamos de inmortales porque, a juicio de la humanidad, deberían haberse librado del destino común. Y los elevamos a esa categoría simbólica precisamente después de muertos.

**LOS QUE FALTAN** En un día de Navidad como hoy, y al igual que en años anteriores, acudiré al cementerio a visitar a mis padres en el columbario que ahora guarda juntos sus restos. ¿Por qué lo hago? Por ser ellos los que en esta fecha más echo en falta. Pero puede ser también un impreciso propósito de anudar los extremos de mi vida, de contrapesar lo mejor de la existencia con lo peor, la dicha y la desdicha, el ser y la nada. Algo así como detener un instante el movimiento perpetuo para anticipar mentalmente su término, para no embotarse con el acucioso presente, para recordar lo sustancial frente a lo insustancial y optar por lo eterno contra lo pasajero.

*Junto a los padres* Hacía tiempo que no venía y he vuelto a acercarme al nicho de mis padres. Según me internaba constaté de paso la desproporción entre el número de los allí

enterrados (unos cuantos cientos de miles, calculo) y la escasa media docena de sus visitantes. He comprobado asimismo el tremendo contraste entre el silencio reinante en ese recinto funerario y el ruido que acababa de dejar fuera. La primera impresión es que la media de edad de la mayoría de sus sosegados inquilinos era probablemente más corta que la mía actual. También he localizado las tumbas de algunos conocidos por cuyo paradero a veces me preguntaba. Al final me he plantado un buen rato ante la que buscaba, tratando de imaginar lo que conmigo habrían gozado y sufrido mis padres y lo que nunca ya podrán contarme. A falta de Dios, bueno sería implorar la protección de nuestros muertos, de los que ya han pasado la gran prueba. Y llorar.

ELISABETH KÜBLER-ROSS Volví a encarar otro libro suyo sobre la muerte y, como en la primera ocasión, me resultó del todo increíble. Aun si estuviera animada de la mejor voluntad, y más allá de sus veintitantos doctorados *honoris causa*, no acierto a calificarla sino de visionaria. Enumerar argumentos abiertamente contrarios a sus prédicas sería agotador y redundante; me referiré nada más que a uno indirecto, pero de fuerza incontestable. Admitamos que las experiencias personales que se pretenden científicas tendrían que ser respaldadas por un número indefinido de protagonistas de tan extraordinarias experiencias, además de médicos, biólogos o tanatólogos que los refrendaran. Por eso bastaría argüir que, si lo que relata esta investigadora contara con fundamento suficiente, no habría recibido tan sólo el aplauso académico de algunas universidades. Tampoco le hubieran faltado cuantos recursos fueran precisos para verificar sus fascinantes hipótesis. En verdad, no habría títulos ni homenajes suficientes para honrarla, ni rincón del mundo que no le levantara su más elevado monumento ni enciclopedia donde no figurase su nombre como la gran benefactora de la humanidad: la que dispó el gran temor a la muerte y a una eternidad sombría. Pero ni yo ni nadie hemos escuchado aún semejante clamor universal.

PARA DISMINUIR LA PENA Lo habré dicho mil veces, pero no dejaré de pregonarlo otras mil más. Una de las vías más apropiadas para afrontar animosamente nuestra finitud es la de recordar las hazañas de los mejores ejemplares de la humanidad. Son la prueba de nuestro poder y grandeza como seres humanos. Es decir, uno de los pensamientos capaces de compensar un tanto esa impotencia que al mismo tiempo certifica que estamos llamados a morir.

MORIR JUNTOS Entresaco en uno de los *Diarios* de Iñaki Uriarte este comentario que merece meditar. «El mundo se va a acabar» —decía alguien—, «y yo solía pensar que era una manera de defenderse de la muerte, que se le aproximaba. Al fin y al cabo, morirse todos juntos no es morirse». La última afirmación puede sonar atractiva en los oídos de muchos y trato de entender en qué reside su falso carácter consolador. Pues el

caso es que sólo un cataclismo cósmico o una guerra nuclear podría acabar de un golpe con todos nosotros; pero, aun muriendo juntos y hasta simultáneamente, siempre moriríamos *de uno en uno*. Todos dejaríamos de existir, pero cada defunción sería la de un individuo y la suya misma, no la de cualquier otro o la de todos. Por ese lado no se observa la ventaja de una muerte conjunta, puesto que no eliminaría su insuperable carácter individual.

Quiero suponer entonces que aquella preferencia se basaría más bien, dada su forma apocalíptica, en la implícita condición instantánea del fallecimiento y con ella en el ahorro de cuantas congojas acostumbra a escoltar en cada uno el abandono de la existencia. No sería pequeña razón de su hipotética ventaja, pero quizá existan otras aún mayores. ¿Y si la previsión de esa muerte conjunta ya no necesitara imaginar unos testigos ante quienes el cadáver permanece expuesto e indefenso? Esa desaparición ya no me importaría, en caso de que los demás se esfumaran a un tiempo conmigo. ¿Significará acaso que lo que también me exaspera de mi muerte es que otros me sobrevivan? Mira por dónde, tras aquel deseo de morir juntos y a un tiempo, asomaría entonces el resentimiento de quien se va mientras los demás, de momento, se quedan.

**DUELOS DISTINTOS** Aunque por lo general sólo se mencione una, distingamos por lo menos dos especies de duelo ante la muerte: el de quien se apena por ese que ha muerto y el de quien sufre por saber que él mismo morirá. Es decir, el duelo de después, pero también el de antes. Uno sería el del sujeto que echa en falta al ya desaparecido y le evoca con dolor, el otro expresa al sujeto mismo que prevé su retirada definitiva. Los dos se duelen, pero el primero sufre por la desgracia ajena ya consumada, mientras que el segundo anticipa la propia desdicha de ser expulsado de la vida. Por lo general, el duelo por el otro es pasajero y pronto queda arrinconado, en tanto que el suscitado por uno mismo suele prolongarse en el tiempo. Ambos remiten a pérdidas, pero sólo el último se lamenta de una irrecuperable. Y esto hace recelar si, a fin de cuentas, el sollozo que nos arranca la muerte del cercano no brotará en el fondo de anticipar la propia.

**SIEMPRE ES PRONTO** Precisamente cuando uno empieza a entender de qué va esto de vivir, solemos quejarnos, tiene que irse de este mundo. Salvo excepciones, con esa queja no lloramos tanto la pérdida del universo (del que ignoramos casi todo) como la que atañe a los encantos mismos de la vida humana que nos toca dejar. Por mucho que gozáramos de ellos, siempre nos parecerá que nuestra partida es demasiado temprana. Olvidados relativamente de nuestros dolores, cada día pediríamos una prórroga.

**¿CON LOS OJOS ABIERTOS?** Alguien ha escrito que no se puede mirar de frente ni al sol ni a la muerte. Marguerite Yourcenar, por el contrario, nos anima a «penetrar en la muerte con los ojos abiertos». Claro que ésta no puede mirarse de ninguna de las maneras, pues

cuando llega ya no hay sujeto capaz de mirar. No es, pues, la muerte lo que uno ha de atreverse a contemplar, sino el morir mismo, o sea, el proceso de deterioro creciente de cada cual que culmina en su extinción. No cerrar los ojos equivale así a no ocultarnos lo que está en juego en ese trance y su amargura. Hemos de vivir como sujetos humanos mientras no nos hayamos degradado del todo a objetos enteramente sufrientes. Y eso significa empeñarse en vivir como seres racionales que tratan de comprender (y dominar) su vida hasta el último instante.

Pero ¿será posible atenerse a semejante recomendación? La experiencia reciente nos enseña que penetrar en ese túnel oscuro aconseja servirse de unos cuidados paliativos, es decir, de la aplicación de medidas para anestesiarse al doliente y así privarle al máximo de su autoconciencia. Mientras su malestar aún permite al moribundo cierto grado de lucidez, y con él algún gesto de libertad, esas ayudas podrían ser innecesarias. Pero después, cuando el proceso de morir *sólo* es ya sufrimiento, ¿de qué le serviría al paciente aquella lucidez? Ya en el umbral de la muerte nos conviene cerrar los ojos, de modo parecido a como los antiguos tenían prohibido mirar el rostro de la Gorgona.

CUENTA ATRÁS Cinco, cuatro, tres, dos, uno..., ¡cero! Salvo casos sobrados de dramatismo, no es el propio sujeto sino nuestra naturaleza o circunstancias ajenas las que van punteando por lo bajo esa fatídica cuenta hacia la nada. Como mucho, a uno le toca tan sólo musitarla. A veces la enumeración se detiene o dejamos de escucharla y se restablece entonces nuestra esperanza. Pero antes o después (y más corta o más larga), la cuenta atrás prosigue y llegará puntual a su término.

*MORS CERTA, HORA INCERTA* Es una fórmula que resume nuestra angustia. Sabemos a ciencia cierta que vamos a morir, pero no exactamente cuándo. Si tampoco supiéramos con seguridad que nuestro destino es la muerte (porque alguno de nosotros gozara del privilegio de sortear semejante condena), tal caso de incertidumbre, lejos de introducir algún optimismo, nos abocaría a la desesperación. ¿Quién ignora, sin embargo, por experiencia siempre confirmada que de morir no escapa nadie, que nuestra finitud no admite quiebra alguna y que sólo desconocemos su límite temporal? Determinados signos —enfermedades, síntomas, riesgos, etcétera— permiten conjeturar con cierta aproximación el lapso de tiempo o incluso la fecha en que yo u otro individuo podemos morir, pero nada más. El final comparece casi siempre por sorpresa, antes o después de lo previsto, incluso cuando el proceso de deterioro ha sido regular y sin accidentes dignos de mención. A pesar de los múltiples signos indubitables de que llegará, el mero hecho de que se posponga nos da un respiro y hasta nos invita a olvidar la amenaza. La incertidumbre acerca de su *cuándo* puede trocarse en esperanza de que la muerte pasará de largo, que al menos *ahora mismo* no será...

*Mors certa, hora certa* Pero que nadie se confunda: el hipotético caso contrario sería

mucho más angustioso todavía. A la certeza del morir se le sumaría la certidumbre del momento fatal de su llegada, y eso le agrega un sufrimiento insoportable. Es el estado mismo del condenado a muerte, al que se ha fijado la fecha precisa de ejecución de su condena. Si en cualquier otro infortunio la esperanza nos permite seguir viviendo, a ese condenado a muerte a fecha fija ya no le cabe esperar nada. Claro que, si por alguna pirueta de la suerte esa ejecución se pospusiera unos días o siquiera unas horas, veríamos entonces cuánto ascendería para el condenado el valor de esa miserable porción de vida extra, cómo aprovecharía ese «regalo» que la fortuna le ofrece inesperadamente.

La hora de la muerte podría convertirse en más segura (o siquiera en menos fortuita) tan sólo cuando fuera el propio sujeto quien la determinase. No hemos dispuesto venir a este mundo, pero queda a nuestro cargo marcharnos de él y en qué momento. Nadie debe dudar de que siempre es más digno elegirlo —aunque sea desde una libertad coaccionada por el dolor— que aceptar lo que la naturaleza haya «decidido» en mi lugar.

LO MÁS NOTABLE DE LA VIDA Montaigne llama a la muerte «la acción más notable de la vida humana» (junto con el nacimiento, se supone), y no se me ocurrirá corregirle. Verdad es que tal vez a esa acción —propriadamente el «morir»— le convendría mejor el apelativo de pasión, pues nos adviene como sus pacientes; o podría ser que la tengamos simplemente por un suceso, pero sin duda el más crucial de la vida del individuo. Por eso cobra el máximo relieve para su sujeto. Si no suele ser estimado como tal, será porque nos inclinamos a concebir la muerte como si fuera algo que nos afectará *al final* y no *durante* esa vida. Pero el temor permanente y universal que provoca ya es prueba irrefutable de que le pertenecemos desde el principio.

RESTOS Pensamientos demasiado lúgubres a propósito de los restos de nuestro naufragio. La palabra designa aquí expresamente lo que quedará de nosotros una vez que hayamos sido desalojados de la vida. Al menos a partir de cierto punto de inflexión, múltiples capacidades de nuestra dotación inicial empiezan a flaquear y se nos van restando. Tras el instante postrero, habrá que concluir que sólo seremos los restos de unos restos.

*Los otros restos* «El poder de los objetos es conocido: en ellos la vida se petrifica con una fuerza mayor que en cualquiera de sus momentos.» (Simone de Beauvoir). Aquí me refiero a lo que dejaremos en forma de esos objetos que solemos llamar «personales». Pienso en cartas, fotografías, libros, trofeos y cosas por el estilo; naderías para casi todos los demás, pero que resumen múltiples episodios y recuerdos de la vida de quien ya está preparándose para abandonarla. ¿Acaso pueden conservar para otros el sentido que guardaban para su propio sujeto? Habrá casos, ya sea por

algún rasgo singular (verbigracia, artístico), por la carga simbólica que la moda circunstancial les adscribe o por algún interés público que aconseja preservarlos, en que deben ser protegidos del capricho de sus propietarios particulares o del poder del dinero. Salvo tales excepciones, ¿quién puede atribuir a sus pertenencias algún valor indiscutible que las vuelva dignas de transmitirse de una generación a las siguientes? Ya podemos imaginar, entonces, qué va a ser de la mayor parte de ellas. Estos restos serán a su modo también mortales, y de una mortalidad tan exigua como la de sus dueños. Basta con visitar cualquier día un rastro, tienda de objetos usados o feria de antigüedades para confirmar la escasa valía de los restos ajenos y hacer una ajustada previsión sobre la pervivencia de los nuestros.

*Residuos domésticos* De visita en casa del amigo recientemente desaparecido. Otra vez he vuelto a contemplar, pero falto de su presencia, sus residuos domésticos; es decir, eso que va a permanecer bastante más tiempo que su cuerpo ya incinerado: a saber, sus cuadros, sus libros, sus cartas, su ordenador, su sillón habitual, sus utensilios de todo género. Es el misterio de que alguien se haya encarnado en esas diversas materias y objetos. Y hoy esos objetos apenas son nada sin él.

¿VIVIR CON LOS MUERTOS? La capacidad de vivir con los muertos..., pero ¿cómo? Tal vez celebrando la humanidad que todos los mortales constituimos. Bien, ¿y qué género de vida compartida sería ésa? Meditemos esta respuesta de Canetti: «Demasiado poco se ha pensado sobre lo que realmente queda vivo de los muertos, disperso en los demás; y no se ha inventado ningún método para alimentar estos restos dispersos y mantenerlos con vida el mayor tiempo posible».

*Muerte en diferido* Un amigo lo expresaba muy bien en su columna de prensa. Junto con la muerte llega el olvido, «que es una muerte después de la muerte, una muerte en diferido». Me digo que la muerte sería menos muerte, menos trágica, si guardásemos recuerdo del difunto. Éste siempre será memorable al menos para algún otro. La sociedad ideal sería una comunidad de conmemorantes de los que faltan.

*La legión de los olvidados* Pero lo anterior no pasa de ser un bello deseo y, lo que es peor, del todo ilusorio. Dejemos fuera a esa mínima porción de individuos celebrados en todas las épocas por su fama y echemos unas cuentas que nos sonarán a desoladoras. Vamos a ver: tras su último aliento, ¿cuál sería el número máximo de muertos que pueden permanecer en el recuerdo de los vivos? Para empezar, tan sólo aquéllos a quienes sus familiares o amigos les destinen de vez en cuando algún pensamiento y, las más de las veces, en fechas señaladas. Así que guardarán su memoria unos pocos miembros de su misma generación, un número menor todavía de miembros de la siguiente, y pare usted de contar. En suma, la mayoría de nosotros gozaremos, como mucho, de una inmortalidad limitada a dos generaciones. Para el

resto de los vivos, los demás muertos serán meros nombres sin rostro o rostros sin nombre, individuos anónimos, estrictamente intercambiables con cualesquiera otros. Nos desembarazamos de su memoria casi a la par que de sus cuerpos. Los muertos componen la innumerable legión de los olvidados.

YA NO ESTARÉ En varios lugares de sus *Memorias* Chateaubriand se dirige al lector que le sobreviva y que tal vez —imagina— deseara replicarle. Y le advierte: «Piensa que yo ya no te oigo; duermo bajo la tierra que pisas». Me pregunto por el motivo de esa alusión reiterada, y sospecho que el autor va más allá de presumir su pervivencia en la memoria de aquel hipotético lector. Al prever ese futuro que él ya no habitará, está trascendiendo su propia muerte. Aspira, como todos, a lo máximo posible: a que se le eche en falta.

NO HAY NADA Sólo el rostro del cadáver nos muestra a las claras el semblante de la muerte. Él estaba a un metro de mí en la sala-velatorio. ¿Qué me hubiera dicho de poder hablar? Nada. O, para ser más exacto: «No hay nada». En la estancia contigua, los visitantes que fueron su familia o amigos daban la espalda al gran misterio que tenía lugar allí al lado, en absoluta quietud, tras las cortinas. O sea, fingían ignorar la pavorosa advertencia suspendida sobre todos nosotros.

*El respeto al cadáver* Alguien a quien tengo por muy inteligente ha escrito que contemplar un cadáver en su velatorio es faltarle al respeto. Uno diría lo contrario: que dirigir una mirada a ese cadáver significa prestarle, si no un homenaje, sí al menos un último gesto de reconocimiento hacia el fallecido. Concedamos que el espectáculo no resulta demasiado grato. Pero el muerto, desde luego, no puede sentirse avergonzado de sus restos ni ofendido por quien los contempla; es ese hipotético espectador, en todo caso, quien proyecta en él su propia e imaginaria turbación cuando se convierta en futuro cadáver. ¿O es que, por dejar de ser el hombre que hasta ayer fue, ha perdido su valor el cuerpo que habitó y corresponde hoy despreciarlo? El muerto será un despojo del vivo, pero en modo alguno una caricatura que despierte burla. Aquella persona inteligente de la que hablo tan sólo pretende encubrir su propio horror bajo el sereno y digno manto del respeto.

Una muerte que viene

*Pero no te mueres porque estés enfermo; te mueres porque estás vivo: la muerte te mata sin ayuda de la enfermedad (...). Si no abrazas la muerte, al menos le tocas la mano una vez al mes.*

MONTAIGNE

**EL FINAL IMPRORROGABLE** Si buscamos el sinónimo más próximo de «muerte», seguro que coincidimos en señalar el de *final*; para ser precisos, el de un final definitivo (no provisional) de la vida. Pero se admitirá asimismo que ese significado, precisamente por abarcar tanto, no aprieta demasiado. Vamos a contraerlo, pues, al de los seres humanos. La idea de muerte —su mero anuncio o su amenaza cercana— contiene sentidos diversos y hasta del todo opuestos según sea el sujeto o la coyuntura a los que se refiera. A los machacados por la mala fortuna o la explotación en sus múltiples figuras la llegada de la muerte puede representar un consuelo o, en el peor de los casos, la última injusticia a que toca someterse. A los favorecidos por la suerte, en cambio, ese abrupto final de una vida placentera trae consigo la amargura de ver frustradas unas expectativas más halagüeñas todavía. La muerte lo mismo puede inyectar esperanza que desesperación, a tenor de la fe religiosa o incredulidad de quien la considera. ¿O acaso no repiten algunos como una muletilla que la esperanza es lo último que se pierde, mientras otros vocean que todo tiene remedio menos la muerte...? ¿Y no replicarán aquéllos que nos aguarda una vida eterna, en tanto que éstos admiten desencantados que aquí se acaba todo? Tú verás, atribulado lector, por qué alternativa te inclinas.

**DEJACIONES** La costosa empresa de vivir podría disculparnos de tantos pesares como nos abrumarán al término de la existencia. Y uno barrunta que las dificultades habrán de provenir menos de las acciones del prójimo que de sus dejaciones; no tanto de la mala voluntad como de la carencia de compasión.

**PARA RECONCILIARNOS CON LA MUERTE** Dejemos aquí aparte y en paz al creyente. Lo que voy a exponer no va con él, porque mi propuesta prescinde expresamente de sus méritos salvíficos. Tampoco demanda la misericordia divina, y por eso no ha lugar a reclamar el cielo ni el infierno. Me atenderé tan sólo a un deseo, el más elevado de un humano que descrea de la vida eterna porque acepta su muerte y la acoge como irrebalsable. Para el cumplimiento de esta aspiración, habría que esperar al último de nuestros días. Mi deseo se limita, en suma, a esbozar un modo ideal del adiós definitivo.

Lo que anhelo es que en ese trance todos, felices e infelices, nos sintamos agradecidos

a la vida y sin pena por abandonarla ni añoranza de prórroga. Que todos, buenos y no tan buenos, nos sepamos ya perdonados por los otros y libres de culpa. Si aquí cupiera hablar de justicia, esa sería en verdad la única muerte *justa*, la que justamente nos corresponde a seres tan excepcionales entre los demás seres. Sin dolor, sin horror, sin miedo, sin angustia. Aceptada la muerte, ésa sería la que todos mereceríamos. Hemos vivido como hombres, lo más valioso que alberga el universo. La naturaleza nos lo dio y ella nos lo quitó: nada hay que reclamar y mucho que agradecer. Una prueba de la ausencia de Dios —al que sólo cabe concebir sobrado de compasión— es que esa clase de muerte nos esté vedada. Un Dios verdadero no podría ser tan canalla con sus criaturas.

LA AYUDA DE LOS MUERTOS Se ha dicho que, a medida que la gente experimenta una cantidad significativa de pérdidas (sobre todo de personas relevantes en sus vidas), cruzar el abismo final parece volverse más fácil. Es como si la muerte de los otros nos hiciera más transitable el camino que ellos ya han recorrido y que los muertos ayudaran a morir a los vivos. No parece una observación descartable, y tal vez eso explica que a los jóvenes les cueste mayor angustia despedirse que a los viejos. Vamos a aceptarla, pues, con tal de que la completemos con otras hipótesis no menos fiables. ¿No habría que calibrar asimismo la costra de decepción que la vida va depositando en la experiencia de los ancianos?; ¿para qué rebelarse contra lo que ha sometido a los más fuertes?; ¿y cómo no contar con la vejez, a modo de período de entrenamiento que hará más llevadero el último adiós?

SE MUEREN LOS OTROS Mientras uno vive, naturalmente, quienes mueren siempre son los demás. La vejez ocupa ese período de negociación y pulso final con la muerte, primero con la ajena y después con la de uno mismo. Parece lógico, porque la llamada ley de vida ordena en general que primero se vayan los más viejos, los que llegaron antes a este mundo. Y menos mal que no hay ley que dicte con suficiente precisión el orden en que los siguientes en lista deberíamos hacer mutis. Figúrense que todos los nacidos en 1945, valga como ejemplo, supiéramos de antemano que nuestra condena se cumplirá a lo largo de un año preciso. ¿Aguantarían muchos ese tormento?

*Sólo yo me muero* No es cierto que uno mismo se crea inmortal y que para él sólo se mueran los otros, como al parecer sostenía Sartre. De verdad y en serio, *para sí* se muere nada más que uno mismo y los demás se ausentan para siempre, desde luego, pero sin que a él le inquiete demasiado. Si hay un verbo que alcanza su máxima propiedad en primera persona del singular, ese es «morir». Por eso, como cada cual pronto será reducido a nada, se cree en el derecho de exigir todo. Es el combate final, y éste de veras a muerte, entre seres desahuciados. Un combate que todos perdemos.

NADA QUE CONTAR «No tengo nada que contar», así respondió a mi tónico saludo inicial el amigo que se sabe inmerso en un proceso de deterioro implacable. En efecto, lo único que él desearía contar con desgarró es que su vida se acaba, que se hunde sin remedio en el espanto y que sobre ese espanto nada cabe expresar. Si entonces ya sobra todo, hablar es lo primero que está de más. Sólo suena a verdad el silencio. Cuando para uno mismo no existe mañana y el ayer nada importa, ¿reviste acaso algún interés este hoy que todavía nos queda?

DE LA CONGOJA AL DESCONSUELO No había reparado bastante en la distinción que un ser muy cercano establece en medio de su imponente desgracia. Cuando el moribundo querido ha sido atormentado por una larga y dolorosa enfermedad, podemos saludar la hora de su muerte como la llegada de su liberación y de la nuestra. En algún momento de ese proceso aterrador, la esperanza ya nos ha abandonado y nuestra impotencia aguarda el desenlace que nos permita paulatinamente recomponer el ánimo. El tormento del moribundo se duplica en el propio tormento de su amante frente al espectáculo estremecedor. Pero basta que pasen unas pocas horas tras el adiós para que semejante sentimiento vaya haciendo sitio a la inconsolable pena por su pérdida, a la pesadumbre que a grandes tragos se adueña de nosotros. La congoja anterior ante el sufrimiento del ser amado se transmuta en este otro desconsuelo ante su marcha sin retorno; aquél acabó y éste comienza. Sólo ahora se hace del todo presente la realidad de esa muerte, y su significado nos golpea más fuerte que antes. Estaríamos dispuestos entonces a intercambiar un suplicio por otro, a regresar a los momentos más atroces de la tragedia en la que ese ser aún alentaba, y le llamábamos, y él o ella nos miraba y hasta nos sonreía...

CONDENADO, PERO REDIMIDO Acabo de pasar un largo rato con alguien que se sabe condenado a muerte por un tumor maligno avanzado. Con plena conciencia ha optado por renunciar a una nueva tanda de quimioterapia, a sabiendas de que —junto a los efectos inmediatos aún más dolorosos que los experimentados hasta ahora— apenas le auguraban un par de meses extra de vida. Son cuidados médicos que parecen orientados a alargar la raquílica esperanza y con ella el plazo de espera. «Ya ve usted cómo hacemos todo lo posible...» Pero semejante decisión se ampara asimismo en la certeza de que su «socio» no le fallará ni le dejará perderse en este trecho final. Ya sabe uno que ese a quien llama socio es de naturaleza divina, si bien, con cierto pudor por su atrevimiento, mi amigo le otorgue nombres variados. Y a todo esto, yo ¿qué voy a decirle?

*La evasión del creyente* En cuanto él se levantó de la mesa, el resto de los amigos coincidimos en que el color de su rostro (acorde con su tumor) presagiaba un rápido

final. No decaía por ello su ánimo, y conocíamos el motivo: siempre había sido muy creyente y no lo ocultaba. Diría incluso que su fe, además de instarle a creer en lo que no veía, le prohibía hurgar en el misterio. Consideraba un acto de arrogancia insufrible querer penetrar en lo inescrutable, pretender ensanchar los límites de nuestro conocimiento en esta materia. Cuando se nos oculta la razón de ser de tantas minucias despreciables, ¿con qué derecho nos atrevemos a penetrar en lo sobrenatural y, peor aún, a concluir su carácter ilusorio...?

Uno replicaría que no es ese cuestionamiento el que nos pierde —por más que nuestra jactancia nos predisponga a extraviarnos—, sino la tesis misma a la que nos aboca. Extraña paradoja la mantenida por este amigo: cuanto más alto dirigamos la mirada, más bajo al parecer caemos. Esta especie de creyentes quizá hasta nos reprochara un pecado satánico de orgullo, el del ángel caído. Pero ¿qué poca cosa sería el hombre como no llegara a hacerse tales preguntas? ¡Y qué miserable un Dios que nos lo tuviera prohibido!

*Vida de fe* Ése que rehusó prolongar sus sesiones de quimioterapia va palpando ya que la vida se le escapa más aprisa y su dolor acomete con mayor ferocidad. Se me hace extraño que hable de ello como si tal cosa, cuando le llamo para interesarme por él, pero mi extrañeza se disipa pronto. Desaparece en cuanto me confiesa que lo que va perdiendo de vida, lo va ganando en calidad de vida creyente. Ya está a la ansiosa espera del encuentro final. ¿Cómo no voy a entender ese tentador autoengaño?

*Curiosidad ante el misterio* A aquel mismo (que por fin nos abandonó hace poco) le escuché en algunas ocasiones algo que no dejaba de sorprenderme. Ante su muerte ya más que anunciada, decía sentir gran curiosidad en torno al misterio que iba por fin a desvelar. En concreto, a resolver si le aguardaba la vida eterna, su gran esperanza, o todo había sido una alucinación. Siempre me pregunté si eso no entrañaba ya en él una duda soterrada, algo que acercaba su fe a la calculada apuesta pascaliana. Por lo demás, si esa confianza se mostraba fallida, ¿qué curiosidad podría entonces satisfacer *la nada*? Más aún, ¿quién estaría allí para levantar acta de tamaña decepción?

LA ENSEÑANZA MÁS ÚTIL Tengo para mí cuál sería la lección que deberíamos atender con el máximo interés en el improbable caso de que el moribundo conservara aún los ánimos suficientes para impartirla. A saber, que nos confíe sus sentimientos en tal encrucijada, lo que más le importa al traspasar ese umbral, el sentido que al fin daría a su vida. Sería una lección impagable.

MUERTES OCULTAS Me parece que, quién más quién menos, a estas alturas de la vida los mayores hemos muerto ya en varias ocasiones. Cada una de ellas acompañó a los fracasos estrepitosos, reinicios desde cero, transformaciones radicales, arrepentimientos

solemnes, decepciones pregonadas... No importa que no se aprecien nuestras ruinas a la vista. Cada cual se esmera en ocultar su cadáver.

EL VERDUGO MÁS DESPIADADO Alguien a quien apenas conozco ha resuelto hoy mismo poner fin a su vida, abrumado por unos dolores salvajes y duraderos. Ha llamado a la ambulancia y ha sido trasladado a una unidad de cuidados paliativos, ese departamento hospitalario en que sedan al enfermo ya incurable para arribar a una muerte rápida e indolora. Claro que ¿acaso podrá esa transición, hasta la más cuidadosa e impecablemente administrada, de veras no doler? Siendo el hombre un cuerpo animado, ¿cómo producir también la sedación del alma y, con ella, de los amores, recuerdos, proyectos, etcétera, que ese ser albergaba? ¿Quién nos aseguraría que todo eso que encierra ya se ha apagado? Y aun si así fuera, ¡cuánto debe de desgarrarse físicamente el paciente que renuncia a todo, incluso a su máxima propiedad, la vida, *con tal de que* le arranquen su dolor! La experiencia de ese suplicio se manifiesta así inconmensurable con la de cualquier placer, en realidad con cualquier experiencia. No hay parangón posible entre ambos extremos; si acepta despojarse hasta de su vida se debe a que su vida contiene aquel dolor o, para ser más precisos, a que aquel dolor contiene ya su vida: la impregna por entero, se confunde con ella, consiste en ella. No es que tenga vida y además dolor; en realidad, en ese instante, no hay más que dolor, y la vida individual sólo cuenta como su mero soporte. No hay verdugo más despiadado.

*Sin poder morir* He ahí ese condenado a muerte por un cáncer galopante, pero cuyo organismo se resiste a fallar del todo. Representa la última rebelión del cuerpo frente a su sujeto. Como tantas otras veces, el sujeto paciente agarrota al agente. Impotencia hasta para morir, o sea, hasta para elegir la impotencia total.

VALIOSOS POR MORTALES Cada día asoma la sospecha de que estas meditaciones sean estúpidamente fúnebres, cuando no inútiles e insensatas. Pensar la muerte parece igual que pensar en nada o, peor aún, pensar en lo que priva de valor a la vida y contribuye a agriarla. Contra ese prejuicio universal, me inclino a proclamar lo contrario. Pues, si morir no fuera nuestro destino inapelable, ¿sería tan emocionante el vivir cotidiano?, ¿valdría tanto nuestra existencia y cada uno de los momentos que la componen? Pocos lo han expresado mejor que André Gide: «Por no pensar lo suficiente en la muerte, ni el más breve instante de tu vida ha sido lo suficientemente valioso».

*Vivir mejor por pensar la muerte* Hago más estas preciosas cavilaciones de Swen Lindqvist: «Si apartamos la vista de la muerte, también socavamos el placer de la vida. Cuanta menos conciencia tenemos de la muerte, menos vivimos [...]. La brevedad de la vida no debe paralizarnos, sino evitarnos una vida diluida, sin intensidad. La tarea de la muerte es obligar al hombre a abordar las cosas esenciales».

Innegable, por paradójico que parezca. El temible suceso de la muerte acaba con nuestra vida, pero su idea bien administrada nos insufla a diario una fecunda vitalidad. El rechazo o la huida sistemática de ese pensamiento, como si fuera letal, nos entrega desarmados a la superficialidad más vacua. Así que, por impugnar la idea de morir, tampoco llegamos a vivir a fondo.

DENEGACIÓN DE AUXILIO Ha fallecido alguien con quien últimamente trabé cierta relación personal. Como en tantas otras ocasiones, enseguida me brotó cierto sentimiento de culpa: ¿no debía haberle hecho más caso? Se traslucía su tristeza y era fácil adivinar que brotaba de la soledad en que vivía. Poco la conocí, aunque tampoco hice mucho por conocerla y no le presté la atención que sin duda solicitaba. Me apena no haber comprendido que me estaba pidiendo auxilio en voz baja, pero en realidad —a poco que yo hubiera afinado el oído— a gritos. La muerte de los otros vuelve ya inmodificable nuestra conducta con ellos. Por lo regular se van a destiempo, sin haberles concedido ese interés que nos estaban implorando antes de verse privados de todo. A ver cómo lo remedias ahora. Ay, si al menos aprendiéramos para la próxima vez...

EL ADIÓS DEL TANATORIO En aquella sala y en el pasillo reinaban un barullo propio de bar a la hora del vermut de los sábados. Sólo un individuo permanecía inmóvil y en silencio, el difunto. Se supone que los demás habían acudido al tanatorio para, como suele decirse, «darle el último adiós». Pero, puesto que allí se reunieron con otros parientes o amigos vivos, aprovecharon la ocasión para dar de lado al muerto que sin querer les convocaba, a la idea misma de la muerte que por fuerza tenía que rondarles y se zambulleron en la charla como si no pasara nada. Schopenhauer escribió que la muerte de un amigo despierta «el sentimiento de que en cada individuo hay algo inexpresable, algo que le pertenece nada más que a él y que es, por tanto, *irrecuperable*». Mucho me temo que en este caso el muerto no era para casi todos los asistentes sino otro cualquiera, un ser humano más que desaparecía, sin nada que le hiciera único. Era la última vez que iban a verle y algo se iría con él para siempre. Era, pues, un momento para el recogimiento de los allí reunidos y para concentrar su mirada en el rostro singular del fallecido. Por eso me extrañó que hasta su viuda pareciera a ratos dejar de contemplarle, cuando al día siguiente ya no despertaría a su lado.

¿YA HA DESCANSADO? Se entiende la repetida metáfora, pero ¿acierta ese dicho coloquial según el cual el fallecido, tras una larga o encarnizada agonía (o sea, su *lucha*), ha descansado por fin al morir? Me parece que no. Simplemente transmite algún consuelo a quien se sirve de ella y al que la escucha, pues designa un presunto beneficio que esa muerte ha traído consigo. Peor para todos hubiera sido si la agonía se hubiera prolongado más todavía, así que podemos congratularnos de su punto final. Quizá esa

sea su traducción más fiel: somos nosotros, los pocos en torno al desahuciado, quienes ya no soportábamos el espectáculo de tanta degradación y queríamos a toda costa que terminara. ¿O es que también el muerto ha experimentado de verdad algún descanso? No, por cierto: un cadáver es incapaz de reposar.

*Un dicho revelador* «Tanta paz lleven como descanso dejan.» Hace bien poco que escuché ese dicho por vez primera. La carga irónica de esta despedida salta a la vista y parece adoptar un sentido especialmente apropiado en el deterioro del familiar que ha exigido un costoso cuidado hasta su final. Viene a decir que le deseamos lo mejor en su estrenada condición de difunto, pero que ahora mismo toca recuperarnos de la fatiga con que aquél nos cargó. «Anda, no seas pesado, ya nos has causado bastantes molestias; déjanos en paz y que te vaya bien.»

IDÉNTICO ADVERSARIO En un mismo día, hoy, las confidencias coincidentes de dos amigos. Primero, uno aún sobrecogido por el susto reciente y repentino; después el otro, como quien lo lleva años digiriendo. Ambos me cuentan respectivamente la revelación de su tumor canceroso y el crecimiento imparable del que vuelve a despertar. Se comprende que yo no podría relatar así de aséptico las impresiones que me han causado si no estuviera, de momento, libre de tales sobresaltos mortíferos.

TE ACOMPAÑO (EN) EL SENTIMIENTO Como se sabe, entre nosotros esa es una hermosa fórmula de pésame, si bien las más de las veces apenas nos compromete. Ese «acompañar», ese sentimiento de pesar que se comunica a los deudos del difunto, no equivale a compartirlo de hecho ni nadie cree que sus parientes lo vayan a demandar. Tal confesión de compañía expresa como mucho un deseo paradójico que al mismo tiempo rechazamos. Nadie puede querer experimentar la emoción dolorosa de la viuda o del huérfano, como si a esa misma hora no nos estuvieran apremiando ya otros pesares. En realidad, nos proponemos arrinconar cuanto antes esas penas ajenas para hacer sitio a las propias; hacemos votos para que la viuda y el huérfano olviden lo más pronto posible sus congojas, porque así nos quedaremos también más tranquilos nosotros. A propósito de una situación semejante Salvador Pániker escribe: «Lo que la sociedad pretende es que uno pacte con el horror y condescienda. Que uno mueva la cabeza y claudique. Que uno vuelva a ser el hombre enmascarado que la gente llama *normal*».

*Todo nos habla de la muerte* Pero nosotros o no lo oímos o nos negamos tozudamente a escucharlo. Sus signos nos asaltan a cada paso y, de tan naturales y obvios, no remiten ya a sus significados básicos. Nos esforzamos en no percibirlos para pasarlos por alto con mejor conciencia. Lo cierto es que son más abundantes los indicios que se ofrecen sólo indirectamente a la reflexión que los que se exhiben sin tapujos. Preferimos reducirlos a sus señales más fúnebres y manifiestas, pero bastaría raspar

ligeramente la superficie de nuestras relaciones o instituciones para vislumbrar enseguida el rostro de la muerte bajo múltiples caretas.

**HUMILLANTE** La muerte no sólo es lo que más nos asusta, sino también —no hay que pensarlo demasiado— lo que más nos humilla. Decir que ella nos pone en nuestro lugar es decir muy poco, a menos que aceptemos que se trata de un lugar miserable. Nos creíamos más o menos grandes, pero esto es lo que de verdad somos. Somos lo que al final seremos.

**UNA ENORME DESPROPORCIÓN** Ese escueto minuto de silencio que se ruega a los ciudadanos en recuerdo del gran hombre que, al fallecer, ha visto malogradas las muchas horas futuras con las que aún contaba.

**UN PARÉNTESIS** Al ritmo de este último mes, las visitas al tanatorio empiezan a convertirse en rituales. Como en las convocatorias muy repetidas, tal vez haya que pensar en establecer un sistema de bonos para los visitantes. Nada tendría de extraño que, de seguir así, aquellas visitas se conviertan en reuniones o «actos sociales» y vayan perdiendo su carácter sombrío. Por mucho que el rostro del cadáver nos suma en alguna meditación sobre la insignificancia de la vida, no lograremos desembarazarnos de la inquietud doméstica o profesional que en ese instante nos acucia. Ese espectáculo de la nada tan sólo representa un ligero intervalo, un breve paréntesis que abrimos para cerrar enseguida y volver a lo acostumbrado.

**TRISTEZA FINAL** «La vida es triste porque acaba triste», pensaba Ramón y Cajal. Sea, pero, triste o alegre, ¿no bastaría con dejar constancia de que su tristeza proviene simplemente de saber que acaba? Y, aún más, si esa tristeza se asienta en su caducidad, y por gozosos que fueran los excepcionales momentos de beatitud por los que nuestra existencia atravesase, ¿podremos dejar de imprimirle el sello de la amargura final que nos aguarda? Se replicará tal vez que son muchos los que, sumidos en la desventura, se alegran de la llegada de esa muerte que pone fin a su tormento. Pero ¿hay algo más atroz que encontrar satisfactorio ese trance que, al tiempo que acaba con un malestar infinito, acaba también definitivamente con nuestra propia vida?

**LLORAR A LOS MUERTOS** Si el hombre es inmortal —se pregunta Leopardi—, ¿por qué los creyentes lloran a los muertos? ¿Por qué incluso a los más religiosos se les escapa ante el difunto la exclamación «¡qué pobre!», cuando deberían confiar en que tarde o temprano ingresará en la dicha eterna? Y los incrédulos ¿por qué lloramos también a los

nuestros? Entre otras razones, porque el fallecido ha perdido todo a cambio de nada.

LA COSA EN SÍ Ya puede empeñarse Schopenhauer en pregonar que la necesidad de morir del ser humano deriva de su condición de puro fenómeno, y no de cosa en sí. O en que esa muerte prueba que el hombre es algo que no debería ser y ha de expiarlo con su destino mortal. ¿Cómo asumir estos pasmosos pronunciamientos? Cada cual se tiene a uno mismo como la cosa más en sí que pueda pensarse, el ser más excelente del universo. Y considera su condena de muerte como la pena más inicua que contra él se puede dictar. Si fuera la decisión de un dios, éste sería sin duda un dios monstruoso.

*No nos basta* Me he centrado en algunos textos de Schopenhauer sobre la muerte que no me han convencido. ¿Y a quién que no se ciegue con su prurito de filósofo podrían convencer? La voluntad de vivir será la esencia del mundo y así se manifiesta también en nosotros, los hombres, pero no creo que acogiéramos de buen grado esa conclusión por el consuelo de que la materia de que estamos hechos fuera a sobrevivir en algún otro ser vivo. Eso no nos procura ningún alivio. No puedo contentarme con ser un mero fenómeno de esa Voluntad ni me basta saber que para ésta cuenta la especie humana, pero no el individuo. Mi autoconciencia me informa de que soy mucho más que eso, que cada miembro de mi especie es un ser razonable y deseante, que atesora un valor potencialmente infinito. Yo quiero seguir siendo yo, perpetuarme como yo mismo, con conciencia de mí. Ni siquiera me bastaría saber que he engendrado hijos y que subsisto en ellos y en los hijos de sus hijos. ¿Qué clase de subsistencia sería ésa?, ¿acaso podría ser una subsistencia *de mí mismo*?

INMORTALIDAD La última entrada conduce inevitablemente a Unamuno y a su hambre de inmortalidad. Pocos pensadores se habrán expresado con tanto desgarró como él sobre este afán de alcanzar esa inmortalidad. Ahí radica el único verdadero problema del hombre, el de sobrevivir a su propia vida. Por eso el hombre es un «animal enfermo», una contradicción permanente entre lo que dicta su deseo y le dice su razón, entre su finitud real y su infinitud soñada. Es el sentimiento trágico el que nos lo exige: no queremos morirnos o, al menos, morirnos del todo y definitivamente. Pues, si hemos de morir, ¿para qué vivir? Nadie concluya de ahí que estamos cultivando una lógica irracional, un sinsentido puramente ilusorio. Si ese universal deseo de perdurar resulta innegable, no anhelarlo con locura sería «la suprema pereza». La respuesta más sensata a semejante desafío consistiría en probar con nuestra conducta que no merecemos la muerte, o, como dirá Senancour en su *Obermann*: «Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia». En otras palabras, que nos volvamos únicos o insustituibles, para que nadie pueda llenar el hueco que dejemos.

PACIENTES Y MÉDICOS Pese a sus protestas, los pacientes han de comprender que una vida artificialmente prolongada no siempre avala una vida mejor, y que la muerte no se reduce a ser un fracaso de la medicina. Los médicos deberían aceptar asimismo que su tarea no se agota mitigando el dolor del enfermo incurable, sino que consiste en seguirle de cerca en su fatal cuesta abajo. Por mi parte, he aprendido que toda enfermedad mortal es un recordatorio demoledor del núcleo irreductible de azar e injusticia propios de la condición humana.

¿GRACIAS A LA MUERTE? Al decir de Thomas Browne, somos más felices con la muerte de lo que seríamos sin ella. Pues la muerte nos da el tiempo, sostiene, y sin él nos veríamos perdidos en un caos de eternidad, faltos de motivos para actuar o vivir. ¿No habría que cuestionar a fondo esta tesis? La muerte nos da el tiempo, pero a la vez lo limita, y por eso hemos de repartirlo en períodos y nos fuerza a pautarlos, según clases de quehaceres inaplazables. La muerte humaniza el tiempo, lo recorta a nuestra medida, lo entrega a nuestra disposición. Es cierto, pero al final nos lo troncha.

RECONCILIACIÓN IMPOSIBLE Quienes tratan de reconciliarnos con la Parca incurren a veces en notorios excesos. La muerte pone fin a la alegría humana —conceden—, pero también al miedo y al sufrimiento, y de ahí que alguien la haya llamado *la misericordia del tiempo*. Esos tales deberían reconocer enseguida que se trata de una misericordia que pagamos demasiado cara. El argumento en que se apoyan suena a tramposo: ¿o acaso se igualan —y neutralizan— los males ciertos y los presuntos bienes que la muerte trae consigo? Pues si acaba con el miedo y el sufrimiento, es porque a la par aniquila al sujeto mismo de un solo golpe.

LA MUERTE PREFERIDA En una sociedad atravesada por la increencia; en un tiempo en que la mera supervivencia, al margen de su valía, se pregona como el valor supremo; en una civilización que ha alumbrado poderes terapéuticos o analgésicos impensables hace pocas décadas, justamente en esta época el sufrimiento físico y psíquico carece del menor sentido salvador, y la muerte, de pocos consuelos convincentes. En correspondencia, la mayoría de los contemporáneos juzgamos como más deseable un final caracterizado por estos tres adjetivos al menos: todo lo *tardío*, *indoloro* e *inconsciente* (y los dos últimos podrían reunirse en el carácter de *repentino*) como fuera posible. Y, por lo común, nada más. Hay que atreverse a mirar a fondo estos rasgos, pues tal vez no sean los que más ennoblecerían nuestra muerte.

¿Una muerte tardía? Que la muerte venga lo más tarde posible ha podido ser un ideal constante en la humanidad, aunque nunca tan intenso como hoy. Pero ¿existe una duración ideal de la vida humana? La pura prolongación de la vida o el retraso en el

morir deben tener un límite. ¿O tendríamos acaso derecho a dejar sin sitio a nuevas hornadas de seres humanos? ¿Y no haríamos mejor en medir la vida individual, más que por su cantidad, según la calidad humana de sus proyectos y acciones? La consigna moral —ha explicado alguien— propondría entonces no tanto añadir años a la vida como añadir vida a los años.

*¿Una muerte inconsciente?* Que la muerte sea apenas sentida, que vea atenuado el sufrimiento físico que la acompaña, es un *desideratum* que por fortuna se va haciendo cada día más accesible. Esa inaguantable punzada, ese barreno que nos perfora, amenazan con rebajarnos a la condición animal, o más bajo todavía, porque aún nos queda la conciencia que ahonda el sufrimiento. Cuando hay dolor, entonces no hay otra cosa que dolor, o su angustiada previsión o su recuerdo lacerante. No deja espacio para nada más: para la idea, la ilusión o la memoria. No somos sujetos de tal sufrimiento, sino que estamos del todo sujetos a él. Pero el caso es que ya no hay excusa para consentir o sufrir semejante dolor, puesto que ni hay causas que lo exijan ni por lo general se cree en un Dios que lo contabilice y lo premie.

Pero que en la medida a nuestro alcance deseemos una muerte indolora, no siempre equivale a postular su inconsciencia. Que el fin nos venga sin avisar y sin enterarnos, de una manera repentina o incluso en el sueño, tal vez eso no debería ser lo más deseable. Cuando se trata de la muerte ajena, y salvo que se trate de un ser entrañable, esa preferencia apenas logra encubrir nuestro agobiado deseo de que el otro no nos haga tan angustiados asistir a su tránsito ni prolongue su espectáculo desgarrador. Cuando nos referimos a la propia, semejante ideal de muerte apenas advertida no parece compatible con el mantenimiento de la razón como nuestra marca distintiva. Más bien viene a expresar nuestro miedo, el mismo miedo que hemos tratado de conjurar cada día de nuestra vida.

Por eso me atrevo a presumir —con temor y temblor— que habría que mantener en lo posible nuestra autoconciencia hasta el final. Esa conciencia será sin duda dolorosa, por los sentimientos de temor, soledad y fracaso que entonces comparecen. Pero también podría ser para el moribundo —si su ánimo lo permitiera— la ocasión del balance, de la definitiva declaración de amor o petición de perdón, de los postreros consejos hacia sus más próximos, incluso de dejar mejor asentado el último proyecto emprendido. Sea como fuere (y siempre que el dolor esté bajo control), uno diría que lo mejor sería el ejercicio de la razón hasta el último aliento. A fin de cuentas, ella es la señal de nuestra humanidad, la prueba de nuestro lugar excepcional entre los seres naturales, el signo de nuestra dignidad..., y a eso no podemos renunciar. Simplemente, la muerte nos lo tendrá que arrebatar a la fuerza.

*¿Una muerte repentina?* Es bien sabida la predilección que nuestra sociedad contemporánea tributa a una muerte repentina. Soñamos con reducirla a su mínima expresión, dejar que se asome apenas para desaparecer con su presa al instante siguiente, a fin de que no nos asuste o nos acongoje lo menos posible. El coste de esa

preferencia es despreciar las oportunidades que una enfermedad más prolongada, pese a su espanto, puede brindar. La más básica de esas oportunidades sería la de poder despedirnos. Mientras fuera posible, la conciencia de nuestra marcha inminente debería movernos a conversar con los próximos de lo que quizá nunca hemos hablado o de lo que más nos interesa antes de decir adiós. Cuando alguno de los nuestros muere, desaparece un interlocutor que echaremos en falta; habrá cosas que tal vez ya nunca podamos comunicar a nadie. Si una muerte súbita probablemente nos dejaría truncada la vida, otra más reposada nos permite todavía, ¡quién sabe!, corregir su itinerario, completar su ejercicio.

*Hasta el último instante* Morir es parte de la vida, no de la muerte. De ahí que, cuando se acerca la muerte, nosotros estamos todavía aquí, somos conscientes de su llegada y ya escuchamos sus pasos. Salvo que venga acompañada de un malestar insuperable, uno diría que hay que vivir el propio curso del morir y no sortearlo: «Sólo quiero que mi pensamiento hable hasta el último momento», se propuso Samuel Beckett. Pues el máximo objetivo de la vida es la vida misma, añadirá Herzen, de suerte que cada día y cada hora son fines en sí mismos, no medios para alcanzar otro día u hora más. Por eso, cuando el dolor se suma a la conciencia de seguir con vida, el gran reto de la práctica médica consiste en eliminar ese dolor sin eliminar a la persona ni su conciencia.

CONOCER EL DÍA Y LA HORA Unas reflexiones de Jean Porée dignas de ser pensadas. Cuando fuera posible, ¿debería la medicina predecir el desenlace de una dolencia mortal y comunicárselo al paciente? Ciertos tests aseguran hoy ese conocimiento anticipado (por ejemplo, de la enfermedad de Huntington), pero no es menos cierto que ningún test permite predecir nuestra capacidad de experimentarlo y de asumir ese funesto diagnóstico. La muerte, que forma parte de nuestro futuro, es para nosotros una posibilidad, aunque una posibilidad insegura. Constituye más bien una certeza indeterminada, pues sabemos que somos mortales, pero no cuándo ni cómo hemos de morir. Aquí saber no significa prever. Ahora bien, aquella predicción científica que se ha supuesto transformaría a la muerte en un hecho exterior y objetivo cuyo significado último nos arrebatara. Ese punto final deja de ser una posibilidad que toca asumir para volverse una realidad del todo determinada. La existencia de su sujeto humano ya no sería un proyecto, sino la ejecución de un programa conocido de antemano. La incertidumbre angustiosa del morir dejaría su lugar a la puntualidad desesperada de la vida que nos resta. Si el no saber ya es insoportable, más aún lo sería este saber. Y es que, concluye el autor, lo mismo ante el sufrimiento que ante la muerte sólo la ignorancia hace posible la esperanza.

PARA REDUCIR EL TEMOR Una idea en la que me costó reparar, aun cuando se contenía en

un libro de Thomas Nagel leído hace años. Los intereses externos a nosotros tienen con frecuencia el efecto de disminuir el temor a perder la propia vida e incluso pueden cultivarse con este propósito. Cuanto más nos importen las personas y cosas ajenas a nuestra propia existencia, menor será la carga de horror que asociamos a la muerte. Perseguir el bienestar de quienes nos sobrevivan, o el éxito de las buenas causas a las que nos entreguemos, contribuye a nuestro propio bienestar porque nos libera en buena medida del *timor mortis* que siempre nos acecha. Así las cosas, ¿cabría suponer entonces que los individuos más altruistas (héroes y santos incluidos) hayan fundado su conducta, con premeditación o sin ella, en este cimiento...?

¿QUIÉN SE ACUERDA? Como la vida nos empuja de un día al siguiente sin detenerse, casi ningún muerto sobrevive apenas a su olvido implacable. Será un olvido lógico y hasta necesario, pero no deja de traer consigo una colosal ofensa. Si ellos pudieran experimentar un deseo, éste sería sin duda el de que les echemos en falta. No lo dirigen sólo a sus más cercanos y a sus descendientes, sino probablemente a todos. El caso es procurarse alguna vida, algún simulacro de existencia, siquiera sea la levísima existencia que confiere el recuerdo de los otros

*La vida póstuma* Salvo excepciones no queremos morir, pero, aun si hemos de aceptarlo, no queremos morir *del todo*. Buscamos entonces alguna transacción, una figura intermedia entre el todo y la nada, entre la negación radical del futuro y algún remedo de pervivencia. Y eso debe equivaler a subsistir al menos en la memoria de quienes amaron al difunto mientras vivía y que, a la hora de la despedida, lloraban su pérdida.... hasta que ese recuerdo se les fue borrando.

Es que en cualquier otro amor humano, dirá Kierkegaard, «va incluido algo que obliga, aunque no sea más que el verse todos los días y la costumbre». En cambio, «en la relación con un difunto, no hay nada, absolutamente nada, que obligue». ¿Cómo recordar, pues, a lo largo de los años al fallecido, cuando él no hace nada para ayudarnos? Hemos prometido al muerto que nunca le olvidaremos, pero el dominio supremo del tiempo nos transforma poco a poco y pronto echamos al olvido esa promesa. Somos nosotros quienes cambiamos, no ese muerto, porque él ya es inmutable. Su recuerdo, pues, es una obra del amor más desinteresado, el más fiel de todos, gracias al cual aprendemos a amar a los vivos de igual manera. Son duros los obstáculos que al final nos impiden recordar a nuestros difuntos queridos como prometimos en su partida. Ni el «nunca te olvidaremos» ni el «siempre te recordaremos» están al alcance del ser humano. Esas frases, las más frecuentes en las lápidas de los cementerios, «descansan en la hipótesis tácita de que siempre se mueren los demás» (Jorge Wagensberg). De donde se sigue que nosotros, por el contrario, sobreviviremos siquiera para recordarles.

CUESTIONES MORTALES (A propósito de Thomas Nagel). «La muerte significa para cada ser humano la privación de los bienes a los que la vida nos tiene acostumbrados [...]. Es cierto que no a toda limitación la consideramos una desgracia, como tampoco debía serlo nuestra mortalidad. El problema radica en que el sentido que un hombre atribuye a su propia existencia no incluye la idea de un límite natural, sino un futuro esencialmente ilimitado que contiene la mezcla habitual de bienes y males que le han precedido ya en el pasado.»

Que el maestro nos permita algún comentario. La muerte no trae consigo la privación de los bienes de la vida, sino la privación de la vida misma, que es el bien de los bienes, el bien común por excelencia, el requisito básico de que haya bienes para el hombre. La mortalidad, entonces, no resulta para nosotros una limitación más o como cualquier otra, sino la máxima y última. La limitación ilimitada. En cuanto se sirve de su razón, cada hombre va sabiendo enseguida que sus días están contados, que se consume a cada minuto y se extinguirá como los demás. Pero la novedad de su especie estriba en que se cree *merecedora* de esa inmortalidad que añora; es su conciencia la capaz de imaginar objetivos siempre lejanos y fomentar apetitos acordes e inagotables. Este saber enfrentado a la muerte nos vuelve sujetos de tales aspiraciones. Son nuestros deseos los que proclaman nuestra condición de seres finitos y a un tiempo infinitos. De ahí tenían que emanar, naturalmente, las creencias religiosas; y la primera, la añoranza de un paraíso que nos aguarda.

EL AZAR Y LA MUERTE La muerte natural no sobreviene por azar, sino como fruto de la necesidad (si es que acaso no son lo mismo). El azar se muestra sobre todo en el cómo, cuándo, dónde o por qué de esa o aquella muerte. La vida humana es esencialmente azarosa porque sus circunstancias particulares siempre están sometidas al azar o fortuna; y si ese azar reviste al fin una forma de *mala suerte*, es por estar dominado por la certeza del morir.

EN DEFENSA PROPIA En su título más famoso Ernest Becker dejó escrito que la idea de la muerte y el miedo asociado a ella es «la causa principal de la actividad humana, diseñada en su mayor parte para evitar la fatalidad de la muerte...». A lo mejor tocaría debatir si lo primero en el hombre es el propio deseo de vivir o el temor a morir, el afán de ser o el miedo a no ser. Aunque quizá fuera ésta una distinción sobrante, porque a fin de cuentas lo uno sería la cara contraria de lo otro.

NACER, MORIR Viniendo a los dos momentos cruciales de la existencia humana, Sándor Márai constataba así su afinidad: «Nacer no es una experiencia, porque es accidental: nos pasa, sin más, involuntariamente. La muerte sí constituye una experiencia, puesto

que nos sobreviene contra nuestra voluntad». Ambas coinciden, por tanto en su involuntariedad, pero cabría subrayar alguna diferencia radical. Mientras en el llegar a nacer no interviene la impensable decisión del *nasciturus*, la muerte vendrá las más de las veces *contra* la voluntad del fallecido. El nacimiento del individuo resulta del todo irreflexivo para su sujeto, en tanto que su muerte posterior frecuentemente ocurre de modo consciente o al menos es sabida de antemano. También por regla general el nacimiento no se recibe en su círculo familiar como una desgracia, sino que su llegada suscita por lo común la bienvenida del entorno, mientras que la muerte sería sinónimo de condena inapelable, del daño más definitivo.

PAPARRUCHADAS Así deberían calificarse estas desaliñadas meditaciones cuando las comparo con el espectáculo al que ayer asistí en esa habitación donde yace ese ser querido que parece rozar su final. El paciente no paraba de moverse, deliraba y emitía gemidos inarticulados. En un momento exclamó con toda amargura: «¡Qué difícil es morirse!». ¿Qué tienen que ver esos crudos tormentos con mi esterilizado acercamiento al envejecer y fallecer humano? Esta aproximación no me ahorrará ninguna de las angustias que me esperan. Y ya que no entonces, ¿me confortará en cambio, siquiera un poco, por los escasos vislumbres que ahora mismo me proporciona? ¿O —según me temo— este quehacer se reduce a un ejercicio narcisista que después desvelará su irrisoria futilidad frente a la omnipotencia de la muerte?

¿MEJOR MUERTO? Cuando el enfermo confiesa que jumbroso haber agotado su deseo de vivir, está viendo ya semivacío su depósito de energías y prefiere encaminarse hacia la nada. Aunque no fuera éste su objetivo expresamente perseguido, tal determinación contribuye al sosiego de sus deudos: el enfermo quería morir, se dirá, ya no cabía hacer nada por él, por fin se ha rendido. Tal habría sido, en apariencia, su última voluntad que habría que respetar. Pero siempre nos quedará la duda: ¿no sería ésa más bien su voluntad penúltima (entiéndase: forzosa), siendo la última —por descontado— el seguir con vida?

GROTESCO En medio del combate final —éste sí, de verdad, a vida o muerte—, ¡qué grotesco ha de parecer al moribundo todo lo demás!

VERBOS MORTALES Un efecto inmediato de la muerte de un ser humano en el lenguaje de quienes se refieren a él: el paso instantáneo del *es* al *era*, al *fue* o al *ha sido*. Es decir, se deja de conjugar en tiempo presente para en su lugar introducir el imperfecto o, mejor todavía, el perfecto, que denota lo ya terminado y hecho del todo. Al pasado más lejano le conviene el pretérito indefinido, mientras que lo todavía posible se expresa en futuro o

en potencial. Y el muerto, claro, sería por definición el impotente.

LA VIOLENCIA DEL MORIR Norbert Elias calificó el hecho de morir como «un acto de violencia». Y por eso, en nuestras sociedades industrializadas, provoca «una antipatía, que suele ser tácita pero no por ello menos perceptible, de los vivos hacia los que están muriendo». Que los moribundos lleguen a atormentarnos, uno siempre lo había atribuido a lo mortificante de su espectáculo y a la desazón de quien lo observa como su futuro pregonado. No alcanzaba a comprender que, además, somos afligidos testigos de que ese moribundo está sufriendo la máxima violencia natural, la que se ejerce sobre un cuerpo que se resiste a brazo partido a dejar de existir.

LA MUERTE NOS HUMANIZA Lo expresaré de esta forma paradójica: eso que amenaza con expulsarnos de la especie humana no nos priva del sentido humanitario, sino que, al contrario, lo acentúa y afina. La muerte nos humaniza porque nos hermana con todos nuestros semejantes, y tanto más cuanto más años vamos ganando (¿o habría que decir «perdiendo»?).

RESPECTO AL MUERTO «No sé qué atávica concepción religiosa plantea que la muerte exige respeto, cuando la verdad es lo contrario. El respeto es a la vida, porque el muerto ya no se va a enterar de nada», así razonaba Gregorio Morán a propósito del sepelio de la política Rita Barberá. Pero el caso es que la cuestión suscitada no demanda ninguna fe religiosa ni tampoco es la vida ni la muerte abstractas del ser humano las que exigen respeto, sino más bien sus agentes y pacientes individuales: el vivo y el muerto. El vivo exige ese respeto, porque sus incomparables potencias humanas lo reclaman por su excelencia y porque ellas mismas decaen y fallarán del todo algún día. El muerto, por haberlas perdido ya de golpe. Naturalmente, no pretendemos que los fallecidos escuchen nuestros plácemes o nuestros reproches sobre su recién agotada existencia, pues todo ello habría que prodigárselo en vida. Pero tampoco por estar ya amortajados y camino del crematorio, quedan despojados de su condición humana y se autoriza cualquier trato con ellos. La presencia silenciosa de los asistentes ilustra bien el modo como ahora corresponde respetarles.

SOMOS ÚNICOS Saint-Exupéry a propósito de nuestro debido respeto por la muerte de un hombre cualquiera. Este ser humano en particular ha entregado «sus últimas sonrisas, sus últimas palabras como tesoros inestimables. *Porque lo son, porque este triunfo del individuo no volverá a darse nunca más* [cursiva del autor]. Nadie volverá a escuchar su risa, ni la inflexión de su voz ni su forma de protestar. Cada individuo es un milagro...». Ese que muere no es uno más, confundible e intercambiable por otro de la misma especie

humana. Quien ahora nos deja es un ser único; no ha habido nunca antes ni habrá jamás después alguien como él. Ya eso sólo le dota de un valor incomparable.

¿ELIMINAR CONTACTO? No ha sido la primera vez. Estoy repasando en el móvil mi lista de teléfonos y, de pronto, me tropiezo con el nombre de alguien cercano ya fallecido. ¿Qué hago? ¿Lo elimino como contacto, según la escueta posibilidad que me ofrece el artilugio electrónico? Al fin y al cabo, nunca más volveremos a llamarnos el uno al otro y no hay línea con el otro mundo. Pero después lo dejo donde estaba. Prefiero tener su nombre a la vista, no para figurarme que está vivo, sino para recordar que unos años anduvimos juntos y nos tratamos como amigos.

MORIR POR ADELANTADO Venimos a este mundo unos meses antes de nacer, mientras permanecemos todavía en el estado prenatal y los progenitores nos están esperando. De manera parecida, pero a la inversa, muchos llegan a morir también antes de su último suspiro. Y es que vamos desapareciendo progresivamente del horizonte de los demás. Ocurre a veces que algunos nos dan por muertos antes de tiempo; y, por cierto, a menudo aciertan.

*MEMENTO MORI 1* El recordatorio inapelable de que vamos a morir ha suscitado al menos tres respuestas. Una se pronuncia, por ejemplo, en el saludo diario entre los cartujos: «Morir debemos / Ya lo sabemos». De sentido netamente religioso, el lema proclama la eternidad de la vida que aguarda al creyente y le anima a procurársela. «La eternidad, cebo de los creyentes», resume Ramón Andrés. Contra el efecto incapacitante de la inminencia de la muerte, exhibe el poder capaz de superar el miedo que nos infunde. Ya no es preciso olvidar la inexorabilidad de la muerte, puesto que la privamos de todo el horror con que se muestra. Ahora podemos y hasta debemos mirarle constantemente cara a cara para así empaparnos de su enseñanza: vive tu vida mortal de tal modo que te permita acceder a la felicidad en la Vida que viene tras la muerte. La exhortación al *memento mori* manifiesta entonces la potestad que nuestra breve existencia terrenal ejerce sobre la eternidad. Esta «auténtica jugada maestra», explica Bauman, multiplicó al infinito el sentido y valor de la vida, nos reconcilió con nuestra mortalidad. En otras palabras, «puso la eternidad al alcance de lo transitorio, a la mortalidad al mando de la eternidad».

*Memento mori 2* Un nuevo sentido, frontalmente opuesto al anterior, cobra ese dicho cuando brota del rechazo de toda esperanza en una vida eterna. Desechados cualquier premio o castigo tras la muerte, nos resta aún el «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» como lema de existencia. Corresponde a un verso de Menandro que el apóstol Pablo trae a colación en una de sus epístolas. Se predica, pues, el disfrute sin

límites, el abandono del prójimo, la descreencia en grandes causas a las que entregarse, el sinsentido de cualquier sacrificio que no persiga un interés egoísta.

*Memento mori 3* Pero, más allá de esta interpretación cínica y desde parecida desesperanza en una vida eterna, aún hay lugar a un enfoque más alentador de nuestra tarea en el mundo. Es el que nos anima a contemplar la vida como un regalo pasajero, un préstamo temporal que hay que aprovechar a fin de obtener el máximo beneficio para los hombres o atenuar su desgracia. Y el fundamento de esa actitud sólo puede hallarse en la conciencia de nuestra común mortalidad; es decir, en que formamos la *comunidad de morituri*. Como todos nos sabemos condenados a la misma pena, cualquier ocasión será buena para recordarlo. La lección es que nadie tiene derecho a dañar al prójimo y sí, en cambio, un deber de auxilio en su necesidad. Tal es el resorte de la compasión, la virtud si no más radical, sí la más inmediata.

LA JUSTICIA Y LA MUERTE Acuerdo total con este fragmento de Max Horkheimer: «Abrigo la sospecha de que una humanidad más justa viviría infinitamente más consciente de la muerte». Aunque estoy seguro de que también puede enunciarse en el orden inverso, esto es, que una humanidad más consciente de la muerte sería infinitamente más justa. Si me apuran, hasta me atrevería a sostener que primero vendría la solidaridad asentada en la conciencia de la muerte y después la ganancia en justicia de la humanidad.

¿LA MUERTE DE LA MUERTE? Se celebran hoy congresos sobre longevidad y criopreservación que el abajo firmante mira con escepticismo más que notable. Se está dejando oír una nueva mentalidad fruto del avance de las tecnologías de la información, la biotecnología, la nanotecnología y cosas parecidas. Se proclama con alborozo que en las próximas décadas asistiremos a más cambios que todos los producidos en los últimos dos mil años de la humanidad. Queda así diagnosticado que la mortalidad es una enfermedad remediable y ya escuchamos el pronóstico de que no anda lejos la «muerte de la muerte». Bien es verdad que, según cuentan, aún perdurará unos 25 años la vieja manía de morirse, pero entonces será el momento para la hibernación de los seres humanos que la prefieran.

Las preguntas brotan a borbotones. Los años de vida de los individuos hibernados ¿serán años de más o de menos para su vida posterior? ¿Cómo será la persona al término de esa operación? ¿Qué habrá perdido y qué habrá conservado o incluso ganado? ¿Podrá un ser humano volverse biológicamente eterno? Doctores tendrá esa Iglesia futura que quizá sabrán responder...

EGOS FUERA Una receta que ofrecía Salvador Pániker como el mejor modo de aceptar la

muerte: «liberarse del ego». Muy bien, ¿y eso cómo se hace? Y si me libero de mi ego, o sea, de mi yo, ¿quién será el que muera? ¿Acaso no me habré muerto ya?

MUERTES QUE NO PASAN Hay muertes que no pasan nunca. Hay muertos que jamás nos abandonan. ¿Porque no queremos que se vayan, o porque tampoco ellos quieren irse?

SOBRE LA «BUENA MUERTE» Hay un ideal del morir humano correspondiente al ideal del vivir. Igual que (según el filósofo clásico griego) al hombre no le basta con el mero vivir sino que ha de cultivar una vida buena, diremos que el hombre no debe simplemente dejarse morir sino que ha de esmerarse en disponer para sí una buena muerte. Pongamos que esa vida buena sería la propia de una persona que hubiera desplegado sus potencias al máximo, una existencia en que se ponen a prueba las capacidades humanas más elevadas. Pues bien, por buena muerte se entenderá la culminación de aquella vida buena, el broche o el término que la perfecciona, porque ni renuncia al uso de su razón ni se entrega a la fatal necesidad sino que asume su término con plena lucidez y —si vale hablar así— libertad. Tanto depende la buena muerte de uno respecto de su vida y a su vez su vida buena de su muerte, que aquellos griegos pensaban que de nadie podía aventurarse que fuera feliz hasta que hubiera muerto...

*La «muerte propia»* Lo que el poeta Rilke solicitaba («Danos, Señor, nuestra muerte propia») valdría tal vez como compendio de los rasgos de esa buena muerte. Muerte propia quiere decir la vivida con libertad y autoconciencia. Sería propia, es decir, expresión última y fiel de una vida singular que no es cosa entonces de traicionar. Pero será propia también porque le tiene a uno mismo como su dueño y señor, una muerte de la que al fin nos hemos apropiado y de la que somos en verdad su sujeto y no su mero objeto paciente.

Se dirá que se trata de un ideal paradójico o contradictorio a secas. La muerte trae consigo precisamente la desposesión no sólo de lo que nos pertenece, sino del mismo yo propietario; no es algo que *me* exprese a mí, sino a brutales fuerzas impersonales. De ahí el carácter ilusorio, como si fuera un puro juego verbal, de apoderarse de lo que consiste en mi implacable expropiación. Este proceso, al acercarse a su fase terminal, se caracteriza justamente por la creciente impotencia del individuo y el poder creciente de lo que le aniquila. Familiares, médicos, sacerdotes o funcionarios pugnan por apoderarse de ella y administrarla. Pues bien, y pese a todo, pocas tareas más altas para nosotros que la de recuperar cuanto sea posible la propiedad sobre nuestra muerte y vencer el temor que la acompaña. Sería, por supuesto, labor de toda una vida.

EL INSTANTE MÁS OSCURO Salgo de ver la película de ese título que relata la peripecia

que atravesó el Reino Unido bajo el gobierno de Churchill al arranque de la ofensiva alemana en la Segunda Guerra Mundial. Literales o más o menos retocadas, el político pronuncia entonces algunas de esas frases que le hicieron célebre. Que las causas perdidas, por ejemplo, son las únicas por las que merece la pena luchar. Un pensamiento nada alejado de sostener asimismo que para el hombre no hay modo más estimable de morir que desafiando riesgos terribles... Pues, si la muerte es nuestra última y mayor fatalidad, sólo estaremos a su altura cuanto más elevados sean los obstáculos que nos oponga, las trampas que debamos sortear. Únicamente las grandes dificultades nos hacen grandes. La muerte saldrá por fin triunfadora del empeño, pero al menos hasta ese instante no habremos firmado la rendición.

EL ALTO PRECIO DE LA LIBERTAD Unas pocas páginas de Cornelius Castoriadis me han despertado algunas reflexiones. En una sociedad autónoma, escribe, no será posible realizarse más que cuando los humanos sean capaces de afrontar su mortalidad hasta el final y sin fetiches ilusorios. Nos morimos del todo, y por eso hay que repudiar esos modos de vida heterónomos que requieren un consuelo religioso: «La muerte siempre es el precio a pagar por la libertad». Vivir libremente implica saber de antemano que en la muerte no hay nada que esperar y que nuestra vida, dada su finitud, carece de sentido, salvo el de habernos permitido vivir libres.

Así pues, para gozar de libertad el individuo habrá de extirpar creencias en premios y castigos futuros, partir de que más allá de la muerte no hay nada. Quien cree en la otra vida defenderá que, con vistas a merecerla, debe renunciar ahora a su libertad, a su propia razón, para abrazar la sinrazón y el sometimiento. Ese tal creerá que de verdad no muere, pero lo indudable es que no habrá vivido como humano. Pues (por si fuera preciso puntualizar) el creyente también muere, sólo que con la falsa esperanza de ser salvado. La muerte es el precio que todos pagamos simplemente por vivir, no por vivir libres. Y el sentido de nuestra vida mortal se jugará en el más acá, no en relación con un hipotético más allá. Es decir, ese sentido lo ponemos nosotros, y de cada cual dependerá dejarse guiar en su acción por los ideales de solidaridad universal y con vistas a una humanidad más justa, o por lo contrario.

CANDIDATOS A LA INMORTALIDAD Con las leyes de la naturaleza no hay transacción ni arreglo posibles, lo sabemos. Ahora bien, mientras aún sigamos abrigando aspiraciones arraigadas en nuestra entraña moral, la evidencia de su mandato universal —*tienes que morir*— no podrá prohibirnos el deseo que nos invade ante los mejores humanos que conocemos. Tal vez adopte la forma de súplica —*no te mueras*—, aunque también ascender a la de una exigencia —*tú no debes morir*—. Eso sí, ambas incumplidas.

UNA VIOLENCIA INDEBIDA Son palabras de Simone de Beauvoir que apuntan al meollo

mismo de la cuestión: «No existe muerte natural: nada de lo que sucede al hombre es natural puesto que su sola presencia cuestiona al mundo. Todos los hombres son mortales. Pero para todos los hombres la muerte es un accidente y, aunque la conozca y la acepte, es una violencia indebida». Hay un sentido profundo por el que el hombre debe calificarse como un ser sobrenatural. Si gracias a nuestra conciencia estamos más allá de la naturaleza, también deberíamos estar por encima de la muerte.

HARTO Estoy hartándome de tantos muertos en mi vida y algún día me negaré a morir yo mismo para no aumentar la cuenta. Que se las arreglen sin mí.

## Complemento directo, indirecto y circunstancial

*Y es que la evidencia de la muerte no sólo le deja a uno pensativo, sino que le vuelve a uno pensador.*

FERNANDO SAVATER

CAUSA PERDIDA Me pregunto si las causas más serias del hombre no serán, a la postre, causas perdidas. Y si algunas se ganan, entonces es que no eran tan cruciales. Las de verdad *tienen que* perderse, porque es el ser humano mismo quien se sabe perdido desde el principio.

MATANDO EL TIEMPO Si es el tiempo el que nos mata, que nadie se haga la ilusión de vivir matando el tiempo. Al renegar de cualquier pérdida que él pueda traernos, más bien damos la espalda a la responsabilidad de los hombres en esos resultados. Pues en relación con nosotros la naturaleza del tiempo es doble. A sabiendas de que es nuestro corrosivo enemigo, y por cierto un enemigo mortal, al hombre le toca forcejear con el tiempo, resistirse en lo posible a su imperio. Pero la naturaleza de este adversario le convierte a la vez en nuestro indispensable aliado: todo lo hacemos contra el tiempo, pero también en el tiempo y gracias a él.

¿Se me permitirá revolver un poco más en el lenguaje coloquial? Aunque nuestra vida cronológica coincida con el paso de los ratos o porciones de tiempo, la fórmula óptima del vivir humano no es *pasar el rato*. Cuando nos parece que no pasa nada o no nos pasa nada, lo que ha pasado sin duda alguna —lo comprobamos después sin remedio— es el tiempo. Sólo quien ya ha depuesto las posibilidades contenidas en su existencia, quien ha arrojado por la borda lo mejor de sus deseos, puede decir que su vida es un *ir tirando*. ¿No valdría más decir, según adelanté, que es el tiempo el que tira de él como de un animal ensogado? Mero existir como un dejarse existir o dejarse llevar, el simple durar como todo propósito, tal sería el estado animal por el que muchos humanos parece que suspiran.

*Perder el tiempo* Dígase lo que se quiera, ¿alguien nos reprochará perder el tiempo, cuando es el tiempo el que en definitiva nos pierde? Administremos nuestra vida con avaricia o la derrochemos sin tino, ¿acaso nos servimos de algo que sea tan común como nuestro tiempo? ¿Y no es para el hombre todo tiempo, por definición, tiempo perdido? ¿Por qué empeñarse en aprovecharlo, si sabemos que el tiempo mengua y vuela y la muerte nos lo quitará del todo? Pues —responderemos— justamente por eso, *porque lo sabemos*, porque somos los únicos seres vivos en saberlo y porque, a la postre, pocas cosas sabemos tan ciertas como ésa. En realidad, a partir de esa

conciencia segura del final podemos concebir la riqueza de la vida y asignar su valor a cada instante. Entonces comprendemos que el tiempo, aunque siempre provisional (o, mejor, justamente por serlo), es nuestra principal propiedad a partir de la cual pueden crearse todas las demás. «La muerte hace preciosos y patéticos a los hombres», escribió Borges. Patéticos, sin duda, en tanto que sabedores de su finitud y merecedores por ello de compasión; pero también preciosos, pues es su consciente precariedad temporal la que, al hacer de cada individuo humano un ser *irrepetible*, les otorga a él y a su tiempo su auténtico precio y los vuelve dignos de ser apreciados.

Si esto ya lo descubrieron la poesía (que exalta el *carpe diem*) y la filosofía (que casi siempre predicó la *meditatio mortis*), su máxima perversión se halla en nuestra religión cotidiana de la economía mercantil. A los ojos de esta última, los hombres no somos más que encarnaciones determinadas de tiempo —y por eso, intercambiables en cierta proporción—, pero tan sólo de ese tiempo amorfo gastado en producir mercancías y en consumirlas. Y como fuera de esos quehaceres no hay para ella otros dignos de estima, tampoco debe haber fracciones de tiempo al margen de ese económicamente productivo, que es el primordial. El mercachifle de nuestros días nos vocea su consigna: «vuestro tiempo es mi dinero». Cuando nos exhorta a invertirlo como es debido, nos induce a la más completa inversión de nuestras relaciones con el tiempo. Uno diría, pues, que esta sociedad nos vuelve cada vez más patéticos porque nos hace cada vez menos preciosos. Y el clásico podría concluir de nuevo, con inmensa melancolía, que la mayoría de los hombres mueren sin apenas haber vivido.

*No hacer nada* A grandes trazos, si alguna época del año parece revelar este derroche del tiempo por parte de tantos, esa son las vacaciones. Aquí el «no hacer nada» se canta como el ideal del hacer, lo que se celebra es la preferencia por el tiempo vacío como puro transcurrir del tiempo. Tan es así que, en cuanto nuestros dueños nos conceden la gracia de una breve porción de tiempo para nosotros, un residuo de vida propia al fin liberada, a menudo no sabemos cómo emplearlo. La más terrible revelación de las vacaciones —y nada digamos de las vacaciones definitivas, la jubilación— sería el anonadamiento incluso de este escaso tiempo libre que nos dejan. Que sean otros, pues, quienes nos administren también este tiempo, pauten sus ritmos y marquen sus contenidos. El caso es huir del tedio o —aún mejor— evitar a toda costa ocuparnos *con* nosotros mismos y *de* nosotros mismos. La indolencia infinita de los cuerpos tumbados en piscinas y playas, la fascinación ante el concurso televisivo, el aturdimiento juvenil en la discoteca..., ¿pregonan otra cosa que la dimisión de nuestro tiempo como nuestro y la obligación de dilapidarlo como está mandado?

BUENA Y MALA SUERTE A unos les toca un mal día como a otros una mala vida. De nuevo Ribeyro: «Nuestra vida depende a veces de detalles insignificantes. Por un desperfecto momentáneo del teléfono no recibimos la llamada que esperábamos, al no recibirla perdemos para siempre el contacto con una persona que nos interesaba, al

privarnos de ella nos privamos de una relación capaz de transformarnos, etcétera». Pero ¿por qué hemos de calificar de «insignificantes» tales episodios, con el decisivo papel que en ese caso han jugado? ¿No ha sido el primero de ellos el desencadenante de cuanto ha ocurrido? ¿Y acaso hay algo que escape a ese azar que lo guía todo?

*Alea iacta est* La suerte está echada, desde luego. Pero será tanto o más oportuno, en cualquier momento o circunstancia, recordar que también *la muerte está echada*.

*SIC TRANSIT* Basta que pase una o, a lo sumo, dos generaciones para confirmarlo como una regla general. Me refiero a la fugacidad de los lazos humanos, sean éstos de camaradería o parentesco, a la prontitud de su enfriamiento y disolución. Desaparecidos los padres de uno, se diría que sus hijos (que son mis hermanos) y su prole (mis sobrinos) comienzan también a esfumarse de nuestro horizonte habitual. Los hermanos de mis padres (es decir, mis tíos) y sus hijos (o sea, mis primos carnales) se diluyen en los meandros y avatares de sus propias vidas cada día más lejanas. Fijémonos también en las amistades que se juraban eternas y que, con harta frecuencia, no duran ni siquiera unos años. En el mejor de los casos, ¿solemos prestar a los vástagos de los amigos una atención siquiera proporcional a la que prestamos a los amigos mismos? La relación de apariencia más sólida se diluye en poco tiempo. El ser humano es una criatura que no para de atarse y desatarse.

*Foto con abuelos* Miremos esas fotografías de grupo familiar, con la persona mayor en primera fila, que solemos tomar de vez en cuando. Nunca he dudado de que tanto los unos (el abuelo o la abuela) como los otros sabemos muy bien a qué responden: a la previsión de la ausencia más o menos inminente del anciano y, por tanto, al propósito de los demás de guardar ese recuerdo gráfico de cuando aún estaba con nosotros. Es más que probable que después se las mostremos a los hijos (o sea, a los nietos de aquel antepasado al que algunos de ellos todavía llegaron a conocer). Pero demos por seguro que nuestros propios nietos (es decir, los bisnietos de aquéllos) ya no mostrarán el menor interés hacia esas personas del todo extrañas. Tan poco vale — tan poco dura— la memoria personal entre las generaciones.

**LO QUE NOS SALVA** Es una idea que rebrota en mí de cuando en cuando. Se me ocurre que nadie hay tan perverso que en su vida no haya dado alguna vez muestras de bondad inequívoca. En el peor de los casos, habrá dedicado siquiera unas leves sonrisas a su madre, algún día se sacrificó por sus propios retoños o sacó a un amigo del apuro. Pues bien, me atrevo a soñar que ese gesto fugaz, ese guiño de ternura, podría justificar su vida entera. ¿Y no podrá eso decirse de la vida de *todos* los seres humanos? Siempre hallaremos en ellos inquietudes por algún otro, un deseo de paz, la amistad que nos aquieta o estimula, el agradecimiento de un favor que debemos, el cuidado del anciano y

del niño. Ya sólo por eso, por vivir algún momento como un ser humano, tal vez esa vida ha valido la pena.

SALVACIÓN PERSONAL E IMPERSONAL Doy en suponer que el sujeto se salva *gracias a* salvar también a algún otro o mediante su contribución a un gran logro público. Al menos me parece que yo dejaría este mundo un poco más contento en cualquiera de ambos casos.

*El poder azaroso* Ribeyro se estremece al pensar que «el destino de un ser humano dependa de un capricho o un raptó de bondad». Conozco de qué está hablando: de un destino ajeno puesto en nuestras manos; pero, con él, también del propio. Y lo más tremendo e insondable: que uno y otro estén, a fin de cuentas, más en poder de la suerte que en el nuestro.

ADMIRABLE Me he tropezado esta mañana con una vecina operada hace meses de un cáncer y sometida desde entonces a varias sesiones de quimioterapia. Cubierta la cabeza con un gorro de punto, su cara parecía un poco hinchada y sus cejas se habían borrado. Pero su fortaleza de ánimo no ha dejado de admirarme. A mi pregunta de cómo se encontraba, responde que muy bien. Es verdad, me añade, que las primeras transfusiones no dieron el resultado apetecido, que su lengua ha quedado como arrasada e incapaz de saborear nada y que su estómago se queja del tratamiento... pero por lo demás, se encuentra bien. Y uno preguntaría a personas así: ¿cuánto le debo?

*Ahora y más* «Ser paciente de ELA me ha confirmado que la esencia de la vida es tirar hacia delante y disfrutar el *ahora*», así dice uno de sus afectados. ¿Acaso no coincide con Nietzsche cuando nos anima a pedir otra copa al abandonar la existencia? ¿Reparamos en que ese ahora y esa copa que nos tienta paladear todavía están rebosantes de amargura y, pese a todo, queremos saborearlas hasta el final? Es que nuestra esencia es el deseo, y un deseo que no se colma.

CÁLCULO DE RIESGOS El niño nos enseña mucho a los mayores, aunque no siempre lleguemos a entender sus lecciones. Vengamos a la más obvia por reiterada. Cuando el niño no para de llorar cada vez que falta su madre o amenaza con dejarle solo, ya nos está indicando que las emociones humanas más primitivas —las más arraigadas— son el miedo y la esperanza. El temor a un daño y la esperanza de un bien o de que el peligro se desvanezca. En otras palabras, el instinto más automático es el de subsistencia, la necesidad más acendrada la de protección. Lo primero que nos conmueve es el riesgo que cuestiona lo que ya somos o tenemos, la inseguridad de lo que dábamos por conquistado. Pero entre los hombres ningún seguro es a todo riesgo. Aceptamos afrontar

peligros si el mal que nos amenaza parece menor que nuestra esperanza de que la suerte cambie. Y como sólo un riesgo puede ahuyentar otro, se diría que esa es nuestra dedicación más asidua en la vida: un permanente cálculo de riesgos.

QUE EL DOLOR HABLE Una razón de Shakespeare que todo anciano debería atender. Me he propuesto tenerla en cuenta al hilar estas torpes meditaciones: «Dad palabra al dolor. El dolor que no habla, gime en el corazón hasta que lo rompe». ¿Y no ocurrirá que, rebasadas ciertas cotas, el doliente no acierte ya a hablar y sólo gima en silencio? Ya no se dirige a nadie, porque da por seguro que nadie puede escucharle ni responder.

*Nada que hablar* Hasta hace bien poco tenía un amigo al que le gustaba discutir conmigo —y disentir— cuanto hiciera falta. Ya enfermo y en silla de ruedas, sin salir apenas de su casa, no conseguí arrancarle una sola palabra a propósito de estas notas sobre la vejez y la muerte. Sólo pude explicármelo como una renuncia a toda esperanza y, lo que es igual, como la renuncia total a lo demás. Nada merece la pena —interpreto que su silencio quería decirme— y, menos que nada, hablar de la nada.

DISCRIMINACIÓN INJUSTA Me alarma sobremanera una notoria discriminación en la que muchos incurren sin mala conciencia; al contrario, con la convicción de estar en lo cierto. Me refiero al muy distinto juicio moral que merecen a la sociedad los defectos y daños físicos de los hombres, de una parte, y los trastornos y daños psíquicos, de la otra. Salvo en los casos en que estas últimas dificultades se hayan mostrado en forma de grave discapacidad, conducta agresiva, convulsiones y alteración semejantes, en general se presupone alguna responsabilidad y culpa personal en nuestros posibles trastornos mentales frente a la general inocencia e inevitabilidad de las dolencias físicas que padecemos, ya sea un fallo cardíaco o un tumor maligno. Casi todos aquéllos nos los grabó a fuego la naturaleza, mientras muchos de éstos habrían sido involuntariamente escogidos o siquiera consentidos por el afectado. A mi entender, tan extendida distinción no denota sólo ignorancia, sino un profundo desafuero que agrega sufrimiento a quienes ya lo padecen en grado sumo. Pues parece fuera de duda que quienes experimentan una acusada deficiencia psicológica han sido resultado tan impremeditado del azar como los que muestran alguna disfunción orgánica o anatómica. Por eso mismo, las dificultades psíquicas merecen no menor compasión que las físicas.

LA PENA O LA NADA «Entre la pena y la nada, escojo la pena», sentenció Faulkner. Una elección muy acertada, diría que metafísicamente indiscutible. Entre el ser, por deficiente o doloroso que sea, y la nada, escogeremos el ser. La pena (como el ser) siempre deja un margen a la esperanza, es decir, al futuro, y con ello tal vez a la salvación. Entretanto, merced a esta esperanza, la nada puede quedar a la espera.

Rousseau ya lo había expresado en una réplica epistolar a Voltaire: «Si es mejor para nosotros ser que no ser, esto bastaría para justificar nuestra existencia, aun cuando no nos cupiera esperar ninguna compensación por los males que hemos de sufrir y dichos males fueran tan grandes como vos los pintáis».

*La preferencia por la nada* Hay penas tan insoportables que sus sujetos prefieren razonablemente optar por la nada. Pero no es menos cierto que la pobreza y un amplio catálogo de enfermedades hasta ahora mortales son en este tiempo al fin erradicables de cuajo y para todos. Por eso mismo, quienes —a causa de sufrimientos hoy evitables— prefieren abandonar la vida, ya sólo con esa opción están denunciando a los poderes de este mundo que arbitraria y cruelmente imponen o consienten la condena de tantos a toda suerte de dolorosas incapacidades. Aplastados por una u otra de ambas penas, la dictada por la naturaleza o por el insaciable apetito del poderoso (amén de la complicidad silenciosa de la mayoría), muchos desahuciados deciden llamar a la muerte.

*¿Amar la nada?* Leí hace poco las confidenciales reflexiones que se intercambian Madame du Deffand y Voltaire en su correspondencia. Apesadumbrada por su ceguera, escribe la señora —ya cercana a los setenta años— a su idolatrado Voltaire que, «bien mirado, no hay más que una desdicha en la vida, que es la de haber nacido», y que sería preferible lo contrario, «ya que hay que morir, que se tiene la certeza de ello». Y, para que no quepa duda alguna acerca de su disposición, añadirá todavía que «no hay ningún papel que pueda representarse en el teatro del mundo que prefiera yo a la nada». A lo que el filósofo replicará que «vale más sufrir que morir», reivindicando el amor a la vida por encima de todo. Al fin y al cabo, no puede quererse la nada. «No es que la nada no tenga algo de bueno, pero creo que es imposible amarla a pesar de sus buenas cualidades.» Sólo estando vivo se puede amar cualquier cosa, menos la nada misma. Amar la nada sería no amar nada.

Pero ¿estamos seguros de eso o nos hallamos, al contrario, ante un movimiento psicológico bastante común? Si la nada no puede quererse precisamente por ser nada, ¿por qué el suicidio y su frecuente propósito? Aunque ella no sea, ¿acaso está vetado desear contra lo que es? ¿No quiere el suicida precisamente, si no en puridad la nada, sí dejar de ser a secas, es decir, que sus sufrimientos se desvanezcan aun cuando no les venga a sustituir goce alguno? No podemos dejar de anhelar el ser; pero si ese ser en particular se confunde por entero con el ser-doliente, ¿cómo no preferir hacer mutis sin más dilación?

MEJOR HABER NACIDO Seguramente tendrás más objeciones que hacer a estos apuntes, amigo mío, pero ahora mismo sólo manifiestas una, la que diriges contra mi alegato de que vale más haber nacido. ¿Quiénes son los que no han nacido, me preguntas? ¿Dónde está ese no ser que tanto desmerece al lado del ser? ¿Cómo puede establecerse semejante

comparación? Me has obligado a repensar aquella tesis.

El paralelismo es forzado, en efecto, puesto que un sujeto inexistente no está ahí para dar su opinión, pero tampoco creo que fuera indispensable para emitir tal sentencia. Se trata ante todo de un ejercicio valorativo puramente imaginario: supongamos que todos fuéramos potenciales candidatos a la existencia humana, pero que sólo unos pocos hayamos llegado a ella. Si hubiera algo así, ¿no seríamos nosotros unos privilegiados y los demás una infinidad de celosos aspirantes a nuestra buena fortuna? Por principio, y para no contrariar a Aristóteles, se diría que es y vale más ser que no ser, el acto que su correspondiente potencia. Claro que el sujeto real desdichado bien podría, en cualquier coyuntura de su vida o a su término, renegar de su ser y preferir la opción de no haber sido para evitar un sufrimiento coyuntural o ya acumulado. Aun así, y con independencia de su pesarosa conmoción, ¿no valdría *objetivamente* más haber nacido que lo contrario? Sea como fuere, estas son palabras muy mayores que desbordan el escaso poder de mis neuronas. Escucharía con mucho gusto tus réplicas.

*Réplica del amigo* «El problema que tengo con el juicio de valor sobre el existir que formulas estriba en que, para poder expresarlo, es preciso previamente dar por realizada la existencia, con lo que queda anulada la posibilidad de enjuiciar la alternativa. El juicio está hecho desde la existencia, sea real o imaginada, porque es imposible imaginar siquiera la no existencia. El ejercicio imaginario que propones, de la candidatura general a ser o no ser, presupone ya una manera de ser, precisamente la de candidatos.

»Si hago esta crítica, en el fondo es porque encuentro forzado el juicio de valor, nacido de una finalidad de “consolación”, que era algo que te preocupaba. Por otro lado, si aplicamos el juicio a las vidas ajenas (ahí sí es posible, no cuando pretendemos aplicarlo a la propia), ¿no nos surgirían fundadas dudas sobre si hubiera sido mejor que ciertas personas no hubieran existido nunca? No para ellas, sino para los demás, claro. Y eso nos llevaría a la conclusión de que el juicio relevante sería el de los demás, el de un hipotético “otro generalizado” que resolvería si ha sido mejor que existamos como seres reales, o que hubiéramos permanecido para siempre en el limbo. Que es la duda que me atenaza a mí al final de la vida. Por eso me dabas envidia, porque me parece que en tu texto se trasluce un yo hasta cierto punto satisfecho de haber llegado a existir.» Hasta aquí mi amigo.

*Respuesta al amigo* No podemos pensar la inexistencia, cierto, y en mi ejercicio la estoy expresamente imaginando. ¿Se anula por ello la validez del juicio que concluye la superioridad del ser frente al no ser? Hasta ahora creía que no. En términos absolutos, llegar a existir parecería preferible a permanecer en la nada, por mucho que no quepa señalar un correlato real de este concepto. Ahora bien, eso no significa que el regalo de la vida sea en principio señal de buena suerte y que su privación signifique la condena a una suerte peor. Cuando Edipo exclama que la desgracia mayor del hombre es la de haber nacido, parece querer decir que nacer es una

desgracia para quien ha nacido, no para el que no ha ingresado en la condición humana. Lo que equivale a sostener que sólo puede compararse lo que admite comparación, no lo real con lo irreal. Por ahí, pues, he de reconocer que la razón está de tu parte... Claro que entonces queda todavía sin explicar la frecuente acción de gracias que los seres humanos tributamos a la vida por haber recibido su «regalo». Con grandes vacilaciones, ya ves, persisto en buscar un alivio incontestable para la existencia más depauperada o trágica cuando se la compara con la nada.

Pero tú mismo sugieres una salida que vuelve inteligible la preferencia del haber nacido. Ahí está tu hipótesis del juicio relevante, que sería el juicio del «otro generalizado» (no el propio) y sobre el valor de la existencia de los demás (no la de uno mismo). Cuando nos atrevemos a decir que sería mejor que alguien no hubiera existido —Hitler como prototipo—, enunciamos al menos dos juicios morales: de un lado, que la vida de todos y cada uno encierra un valor potencial por sí misma; del otro lado, que quien arrebatara o arruina con perversidad la vida de tantos arruina también en esa misma medida aquel valor de su propia vida y, por ello mismo, concluimos que hubiera sido mejor para él no haber nacido. Tan sólo en este caso no existir nos parece *moralmente* preferible a existir, mientras en la mayor parte de los demás, lo preferible sería la existencia. Por mera intuición entendemos el significado de esos juicios, pese a que un término de la comparación (el no existir) siga siendo incognoscible...

*Una nota de B.* Siempre me ha resultado un bálsamo frente a la muerte el pensar que la nada reinaba para mí antes de mi llegada al mundo, mientras la vida de otros tenía lugar, es decir, mientras la historia avanzaba. Nada me concernía puesto que yo era nada. Me conforta pensar que así será también después de haber vivido.

*Fidelidad* «Mantenerse fiel a lo real en lo bueno y en lo malo: a esto conduce el amor a la verdad y la gratitud por haber nacido.» (Hannah Arendt).

DURACIÓN LIMITADA La paradoja es indudable y no hay quien pueda ignorarla. De una parte, que la certeza de nuestra duración limitada confiere valor a nuestra vida y vuelve más preciada la reflexión sobre ella. De la otra, que esa misma certeza infunde precariedad a cualesquiera demandas o justificaciones de sentido que formulemos acerca de nuestra existencia. Ante todo proyecto que podamos ensayar, siempre cabrá preguntarse: ¿para qué, si vamos a morir?

Lo aclara la pensadora Monique Canto-Sperber. Semejante paradoja no significa que la duración biológica de la existencia humana sea óptima, ni mucho menos. Podemos desistir de la inmortalidad sin dejar por ello de deplorar la brevedad de nuestra mortalidad. Lucrecio argumenta —y con él otros después— que una vida larga no es preferible a una corta, pues quien fallece permanecerá muerto por la misma duración indefinida. Ahora bien, al sostener que dejaremos de disfrutar de la existencia por igual

tiempo ilimitado, ya está dando por hecho que los beneficios de esa existencia son bienes reales. La conclusión se impone con fuerza: «No puedo dejar de considerar que un estado futuro de cosas que me aporte tales bienes mientras esté vivo es mejor que un estado de cosas en el cual no tendré nada porque estaré muerto. Prefiero, por tanto, estar vivo a estar muerto». Vamos a hacer nuestro ese razonamiento y su conclusión.

LA MANÍA DEL LÍMITE ¿Por qué cien años, trescientos sesenta y cinco días, veinticuatro horas y tantas formas diversas de medir el tiempo? ¿Por qué ese afán de delimitarlo, cuando su transcurso imparable adopta precisamente la forma de fluidez? Para cada cual la transición de un siglo a otro, de un año al siguiente, de una hora a la próxima, etcétera, tiene que ser borrosa, pues sus fronteras dependerán de múltiples factores, y los proyectos y expectativas no serán los menores de ellos. Demarcar el tiempo es un intento de dominarlo; y un intento finalmente baldío, porque es el tiempo el que nos somete y nos va devorando. Alguien replicará que poner límites a lo ilimitado pretende ordenar objetivamente la sucesión de hechos o acontecimientos pasados, presentes y futuros. Y tendrá razón, pero ése será un orden requerido por la ciencia o la administración, o sea, por nuestra vida exterior; no tanto por la interior.

VOLVER A SÉNECA Entre tantos antiguos como aún aguardan mi visita (o mi revisión), volví a un diálogo de Séneca, *Sobre la brevedad de la vida*. Nadie dirá que el propósito de desautorizar ese lamento todavía tan común haya perdido vigencia: ¿es nuestra vida breve o lo bastante prolongada? Sin duda será breve para lograr nuestras máximas expectativas y lo que anhelamos en nuestras previsiones más audaces. Será larga, en cambio, si la existencia transcurre atenazada por el tedio, carente de objetivos o detenida por cuitas pesarasas. Nos parecerá alternativamente esto o aquello, pero nuestra vida tendrá que ser siempre de una duración acorde con los mimbres de que estamos hechos. De suerte que el problema será otro: ya no objetivo, sino más bien subjetivo; no tanto cuantitativo, como cualitativo. «No tenemos poco tiempo —zanjará el pensador latino—, sino que perdemos mucho [...]; no recibimos una vida corta, sino que la hacemos corta, y no somos pobres de ella, sino derrochadores.»

EL VALOR DE LA VIDA HUMANA Declara Joseph Raz que «la vida humana no es intrínseca e incondicionalmente valiosa [...], la vida es una precondition para lo bueno y normalmente un bien condicional». De suerte que su valor viene marcado por el valor de su contenido particular, es decir, por el de sus acciones, relaciones o experiencias. Ahora bien, precisamente como requisito indispensable de todo valor, la vida *humana* —por ser humana— es ella misma valiosa. No es pues un valor simplemente potencial, según sus resultados sean mejores o peores. Sería erróneo abstraerla de las propiedades que la hacen *ya* valiosa: lo es por estar dotada de razón, autoconciencia, por ser capaz de

enjuiciar y decidir moralmente. No se trata sólo de su indiscutible complejidad, mayor que la de cualquier otro ser vivo, que nos permite, además de escoger o desdeñar lo valioso, saber también por qué lo hacemos. Somos valiosos, y más valiosos que el resto de los seres, no ya cuando somos buenos, sino porque *podemos* ser buenos o malos.

¿NUESTRO TIEMPO? Es muy poco decir que el tiempo no se detiene, que siempre avanza más allá de donde creímos haberlo dejado. Hablando con rigor, no se detiene nunca, nos paramos nosotros en uno u otro estadio del tiempo que por algún motivo guardamos en nuestra memoria. Somos capaces de manipularlo por medio de nuestra imaginación: nuestra alegría desearía frenarlo o detenerlo y nuestra tristeza acelerar su velocidad, pero él prosigue imperturbable su curso a su propio ritmo. El tiempo sería como un paradigma de indiferencia ante los hechos humanos. Si valiera decirlo así, el tiempo consiente con frialdad cuanto en él ocurre, sin reparar a quién perjudica o a quién favorece con su paso, a quién mata y a quién hiere. Todo lo mezcla, y en cualquier momento y lugar corre a la par la dicha y la desdicha. Si creemos haber vuelto atrás o brincado hacia adelante, lo probable es que se trate de un espejismo. Sólo una cosa es segura: mientras nos quepa esperar con fundamento algún instante de felicidad en nuestra vida, el tiempo será nuestro aliado.

*El que no se consuela...* «Hegel cuenta la historia de la buena anciana que decía: “¿Qué importa que tengamos mal tiempo? ¡Siempre es mejor tener mal tiempo que no tener ninguno!”.» Leído en las memorias de Herzen.

¿DESEO DE SER O DE PARECER? Cuando uno siente la comezón de aprender, de llegar a saber lo que más le importa, seguramente descubrirá en su interior que desea brillar, alzarse sobre la mayoría, ponerse a la altura de quienes admira, en fin, ser algo más reconocido. No hay manera de saltar sobre este narcisismo primario, sobre la propia sombra. Nuestra sombra consiste en esa dosis de vanidad, y la cuestión es si arrojaríamos alguna luz como no proyectáramos a la vez alguna oscuridad. Seguramente gracias a ese impulso irreprimible somos y hacemos. Que la vejez viene a una con la creciente humillación propinada por la propia decadencia acudiría a ratificarlo.

CUERPO DE ANCIANO No te hagas ilusiones, sobre todo no te hagas ilusiones acerca de tu cuerpo. Te has visto en unas fotos en la piscina y, más allá de las bromas, tu molestia era sincera. Es tanto mayor cuanto que, pongamos durante las dos últimas décadas, has aparecido así para todos menos para ti. Es curioso que, reflejándonos a diario en el espejo siquiera durante nuestro aseo matinal, seamos capaces de engañarnos hasta ese punto. Si uno tal vez conservara todavía algún atractivo, ay, residiría a lo sumo en su espíritu y no en la figura. Pero no, no me basta. Tampoco aspiro al atractivo físico de un

galán, pero me cuesta reconocerme en este viejo con aspecto próximo a repulsivo que se confunde conmigo. Lo expresa bien Jünger: «Uno se ve en un cuadro: el amor propio se apaga».

UN BALANCE PROVISIONAL Varias semanas dedicadas a recoger y clasificar mis pocos libros, así como mis abundantes intervenciones en la prensa ¡durante casi cuarenta años! Dos conclusiones dominantes. Una, que el repaso de tantas palabras y argumentos, su relectura apresurada, infunde la tranquilidad de que mi vida pública no resulta tan vacía como había temido. La otra, que semejante despliegue de razones para demoler prejuicios y triturar simplezas morales y políticas han pasado inadvertidas para la mayoría y sin un fruto suficiente. Lo digo hoy (¿cuándo, si no?), porque probablemente mañana ya no estaré para juicios más sopesados. Han triunfado los desprovistos de ideas acerca de la común ciudadanía, los pertrechados de tópicos mentirosos, los parapetados en el silencio de la masa; en suma, los más timoratos o los menos reflexivos. Y vamos fracasando los pocos restantes.

EL BÁLSAMO DEL CEMENTERIO Acabo de escuchar a una anciana en un documental televisivo. A la espera durante decenios de una obra pública prometida que salvaría a su aldea y que nunca llegó, acudía con frecuencia al cementerio del lugar para hallar el alivio y la paz que apaciguaba su desencanto. ¿Por qué los encontraba en el camposanto? Porque allí reposaban los que habían mantenido parecidas esperanzas siempre fallidas, los que venían a atestiguarle que así somos los hombres cuando hay intereses de por medio. Si tantos otros que le antecieron fueron ya sacrificados al pillaje de los que entonces mandaran, ¿por qué iba a librarse ella de pasar por lo mismo?

ALZHÉIMER El Alzheimer es una dolencia tan cruel que sería más apetecible morir antes que enterrar los propios recuerdos en vida. Pues el caso es que, si los olvidas, ya no eres *nadie*, has desaparecido para ti mismo, aunque los otros te sigan identificando por fuera. Somos en buena parte gracias a nuestra memoria y en tanto que la preservemos.

AMBIGÜEDAD DEL NO SER A propósito de la muerte se detiene Canto-Sperber en la ambigüedad contenida en la expresión «no existe» cuando se aplica a dos estados bien distintos del ser humano. En concreto, al estado de la persona que al menos en algún momento fue y a la condición (impersonal, ni siquiera radicalmente abstracta) de lo que ni es, ni fue ni será. No expresa el mismo sentido de no-existencia decir de alguien fallecido que ya no existe y decirlo de otro que ni siquiera ha sido concebido. Por eso se engaña Montaigne cuando, retomando un pensamiento de Séneca, asegura que los muertos estarán en el mismo lugar que quienes no han nacido. «En el primer caso —

replica la pensadora francesa—, la no-existencia es una pérdida; en el segundo, es una negación. La muerte no es comparable al hecho de no haber existido antes de haber nacido, porque la muerte es una pérdida en razón de la deseabilidad de lo que se pierde.»

Los muertos, que ya han sido, no pueden parangonarse con los seres potenciales —les llamaremos así—, que nunca fueron y tal vez no serán nunca. Son los que componen las huestes incontables de los que *todavía no y quizá algún día sí*. La muerte humana es extinción de *alguien* que, para morir, necesita haber vivido hasta entonces; lo otro, el mero no-ser significa *nada* o la nada. A aquél le llega la muerte porque se le arrebató su vida; a este otro no le llega nada, porque de antemano se le ha negado todo. Quien va a morir —y a pocas satisfacciones que haya obtenido en su existencia— acumula motivos para dolerse de semejante menoscabo; lo que no se encuentra en ese aprieto, porque nada es, no puede quejarse de sufrir detrimento alguno. Ni nadie le echaría en falta ni tampoco se dolería de su defunción, me permito añadir, pues para nadie será un muerto *suyo*. Quiero decir que únicamente esos muertos, y porque son los únicos en puridad muertos, pueden ser recordados y llevar otra vida, breve también, en la memoria de los supervivientes.

TRATAR CON LOS MUERTOS De Henning Mankell: «Nunca he comprendido por qué hay que interrumpir las relaciones o la amistad con los muertos por el simple hecho de que ya no existan como seres vivos. Mientras yo los recuerde, están vivos». Pero no nos mueve tan sólo un exquisito deseo de que vivan, aunque bajo esta figura derivada de la memoria. Uno se empeña en creer que merecerían seguir viviendo (aunque no sepa cómo ni por qué) y se pregunta si no les debemos alguna colaboración con ese propósito. Seguramente, nuestra piedad.

ANTE TODO, SOBREVIVIR «El hecho de que hayamos desarrollado la capacidad intelectual guarda relación, lógicamente, con la supervivencia. En último término, lo único que queremos es sobrevivir [...]. Nuestra actividad racional se debe fundamentalmente a que queremos evitar la muerte a cualquier precio», anota también el novelista Mankell. O sea, que hemos de ingeniárnoslas para seguir vivos frente a un sinfín de amenazas; las demás tareas encargadas a nuestra razón vienen después o a propósito de aquéllas. Y tanto queremos evitar la muerte que, a fin de cuentas, hasta la razón cederá ante este ahínco por la supervivencia. No sabemos si, incluso el santo que sacrifica su vida para salvar la del prójimo, ya se habrá arrepentido un instante antes de que el verdugo le haya descargado su golpe fatal.

UNA VIDA INÚTIL ES UNA MUERTE TEMPRANA (Goethe) Esa vida no siempre será inútil por haber fracasado, pues muchos fracasos no son producto de la dejación o de la indolencia del protagonista, sino de la superior barbarie del enemigo que le hace frente. Tampoco se

está aludiendo por fuerza a una existencia desprovista de todo interés, porque ya sólo como humana cumplirá logros inalcanzables para el resto de seres vivos. Inútil, en cambio, será una vida dedicada por entero a metas facilonas, a la búsqueda del aplauso simplón otorgado por los más simples. He ahí una vida inconsciente de su singular talla, que se consume en su mero pasar y que desemboca por fin en la muerte, sin que su sujeto haya ahondado en sí mismo a lo largo de su estancia en este mundo. Vivir infructuosamente significa en propiedad no vivir como una persona. Claro que resulta hartos arriesgado dictar en un caso concreto ese veredicto de inutilidad. ¿De quién diríamos con bastante fundamento que su vida no ha servido nunca a nadie y para nada? Esa es una hipótesis impensable.

**SIMULTANEIDAD PERTURBADORA** Noventa personas mortalmente atropelladas esta noche por un fanático yihadista en un paseo de Niza. Como tantas otras veces, me sobreviene el asombro ante el hecho de que las mayores atrocidades humanas, hoy como ayer, puedan ser simultáneas con los actos más excelentes o con los más vulgares. No hay nada que lo impida, pero que el salvajismo o la felonía de unos tengan lugar al mismo tiempo que el altruismo o la heroicidad de otros me resulta siempre perturbador. Tal vez el escándalo ante semejante contraste emerja de algún oscuro sentimiento culpable, como que la mayoría descansábamos tan tranquilos mientras otros conciudadanos sufrían tales brutalidades. O quizá provenga de un sentido natural de justicia sacudido ante las suertes tan desiguales que se descargan sobre los hombres. Y todo ello desemboca en un interrogante del que por desgracia conocemos su respuesta: ¿habrá un mísero minuto en la vida de la humanidad que esté libre de esta escandalosa unión de contrarios?

*En este instante* Tras la llamada recibida, parece algo seguro. De un momento a otro, a lo sumo de hoy para mañana, me avisarán de que otro viejo compañero acaba de dejarnos para siempre. Nunca me haré a esta simultaneidad caprichosa por la que unos ven llegada su cita con la muerte y los demás continuamos sumidos en el ajeteo habitual. Parece un rasgo constituyente de la vida humana: la coincidencia en el tiempo de lo trágico y lo irrisorio, de lo esencial con lo insustancial. La muerte coexiste con su contrario, la vida cotidiana que prosigue y que, al proseguir, atenúa el horror de aquella. La muerte sólo es absoluta para quien muere, pero nada más que relativa hasta para su espectador más allegado.

¿QUÉ NOS DIRÍAN? Con alguna frecuencia, por lo general al atravesar ciertos lugares a los que estaban vinculados, recuerdo a amigos fallecidos y me pregunto qué me dirían en ese preciso instante si nos fuera dado comunicarnos. Lo primero sería, claro está, interesarse por la suerte de los suyos. Suelo imaginar que a continuación admitirían su propia envidia por echar en falta eso de que ahora estoy disfrutando, y me animarían a exprimir el tiempo que vuela (como ellos saben bien). Seguramente me relatarían

asimismo los muchos cambios que, de volver a la vida, habían de introducir en su existencia. No tendrían reparo en confesar cuánto se equivocaron en tal o cual asunto, o lo que sufrieron con los disgustos de unos u otros... Les rindo así este pequeño tributo que creo deberles, me entristece verles privados de estos años de más que a mí se me han concedido, les rescato por unos minutos del olvido eterno.

**CONSUMIR Y CONSUMIRSE** Vivir es consumir. Consumir es, antes que nada, consumir tiempo y, después, todo lo que consumimos durante ese tiempo: desde alimentos hasta información, sueños y ocupaciones. Con más frecuencia de lo que pensamos consumimos también, en mayor o menor proporción, las vidas de los otros, de algunos cercanos y de muchos lejanos. Consumimos sus horas y talentos, su dinero y proyectos, sus ideas y sus esfuerzos. Pero, a la vez y sobre todo, nos vamos consumiendo a nosotros mismos, nuestras posibilidades y esperanzas. Por eso al final alguien dirá del finado con más razón de lo que piensa: «Se ha quedado consumido, el pobre...». En su cuerpo, pero también en su alma.

**LLEGAR Y MARCHARSE** La vida del individuo podría condensarse en dos capítulos cardinales: llegar a este mundo y marcharse de él. Lo que pasa entremedio parece asunto menor. Eso me digo en las temporadas más escépticas y apagadas, pero en las demás pienso de otra manera. Puesto que entrar en este mundo no está en nuestras manos y son proporcionalmente escasos los que optan por salir de él, lo sustancial es lo que transcurre entre el nacimiento y la muerte. Aquellos dos avatares, por cruciales que sean, no pueden abarcar ni contener las aspiraciones humanas. Nacer y morir son dos nociones vacías mientras no averigüemos *para qué* nacer y *cómo* morir.

**OTRAS OPORTUNIDADES** Uno fabula si acaso fuera bueno para el ser humano gozar del privilegio de experimentar varias vidas. No sólo para revivir los mejores momentos de las pasadas, sino para rectificar los numerosos errores cometidos —o consentidos— y mendigar indulgencia por los daños causados. No me pregunten cómo rellenar la solicitud de esta gracia, cuántas veces cabría disfrutarla y cuáles serían los méritos requeridos para obtenerla. Pero sospecho que no serían muchos los que desdeñaran tamaña oportunidad.

**MENSAJES DE ULTRATUMBA** Gracias a las facilidades que brinda el ordenador he releído algunos mensajes cruzados hace veinte años con un par de amigos, ya fallecidos. Se me han avivado así muchos sentimientos. Por encima de todos, la constatación del notable peso que esas personas tuvieron en mi vida y, por ello, el desconsuelo por la enormidad de su pérdida. Los desacuerdos entre nosotros resultan ridículamente insignificantes

cuando se los sitúa en su verdadero lugar: en el común itinerario hacia la muerte. La fugacidad de la vida agranda el mérito de cada cual y aminora sus defectos.

TRAMPAS DEL FILÓSOFO «No soy joven y amo la vida. Pero no estoy dispuesto a temblar de terror ante el pensamiento de mi aniquilación. La felicidad no es menos verdadera porque tenga que acabarse, ni tampoco el pensamiento y el amor pierden su valor porque no sean eternos.» Así se pronuncia el gran Bertrand Russell, y probablemente trata de engañarse igual que los mortales ordinarios: para así encontrar algún atenuante a la pena universal de tener que morir. Nuestra felicidad será sin duda verdaderamente humana por mucho que rumie su inevitable acabamiento, porque será la dicha accesible a un ser mortal, la que le corresponde. Eso sí, tan fatal previsión no puede satisfacer a un ser deseante, movido por *eros*, tal como ya aventuró el diálogo platónico. Y es que tanto el pensamiento como el amor degradan su excelencia desde su limitación temporal, porque a ese valor le conviene un carácter potencialmente infinito. Sostener otra cosa es hacer trampa. Y pedir menos es pedir poco.

RESPONSABILIDAD Y ESPERANZA Otro buen amigo me aconseja que en mi vida distinga con toda nitidez entre la responsabilidad y la esperanza ante el otro. Entiendo y agradezco la recomendación, intento que me penetre, pero dudo que al fin pueda hacerla mía. Confío en ser capaz de cumplir con mi responsabilidad, no tanto de renunciar a mi esperanza. Es más, ni siquiera creo que la esperanza llegue alguna vez a esfumarse en nadie, salvo una vez muerto; todo ser humano conserva siempre algún residuo de ella, y el más desmoralizado se calienta aún a sus brasas. Por mínima que fuere esa esperanza, ¿quién a falta de ella iba a sentirse responsable de algo o de alguien? Sin esa virtud (nada teologal, demasiado humana) no habría siquiera lugar a la responsabilidad, porque nadie se prestaría a hacerse cargo de algo o alguien en que o en quien desconfiara. Es cierto que el problema estriba en que la responsabilidad hacia éste impida o rebaje la debida responsabilidad con aquél. No quedará entonces más remedio que ordenar la jerarquía de obligaciones. Pero la esperanza permanecerá intacta; o más o menos desgastada, pero al fin esperanza. Creo que Leopardi estaba en lo justo: «La esperanza, es decir, una chispa, una gota de ella, no abandona al hombre, ni siquiera después de haberle acaecido la desgracia más diametralmente opuesta a esa esperanza, y la más decisiva».

*¡Ay, la felicidad!* No debemos confiar en un solo proveedor de la felicidad en nuestra existencia. No es bueno vivir al albur del cumplimiento de las posibilidades que uno ha vislumbrado en otro ser o de las promesas que alguien haya podido hacernos. Hay que diversificar los anclajes de la propia ventura, no sea que, al fallar el principal asidero, todos los demás se vengán abajo con él. Resulta demasiado arriesgado que el depósito de nuestra esperanza se agote en una sola persona y que ésta pueda vaciarlo de una sola vez, defraudarlo en un único golpe de suerte. Sería una existencia

pendiente de un hilo, que resulta demasiado delgado para sostener carga tan pesada.

**PARA NO HACER DAÑO** Basta el propósito de no herir al otro para asegurarle ya algún beneficio. Y me digo que hay dos impulsos principales, y por lo general impremeditados, para comportarnos así con el prójimo. Uno nace de compartir la condición básica de seres mortales; el otro de atribuirle esa dignidad que también nos atribuimos a nosotros mismos. Por ambas vías, fundantes de una comunidad última con los demás, procuramos al menos no aumentar el dolor ajeno. Ese sentimiento universal se llama compasión: en el peor de los casos, nos suele disuadir de violentar al prójimo y, en el mejor, nos incita a prestarle socorro cuando lo requiere. Pero se debilita o desaparece si nuestra propia desgracia nos pesa tanto que ya no percibimos la ajena, o bien cuando la expectativa de nuestra ganancia nos ciega hasta el punto de volvernos capaces de abandonar a ese prójimo a su suerte.

*Dos especies de empatía* Por mi experiencia aprecio al menos dos clases de empatía o compasión. Llamémoslas anterior y posterior, la que se adelanta a no hacer sufrir a otro y la que se aflige ante el daño sufrido por ese otro. Esto es, la que previene la desgracia ajena y la que se dedica a consolar al desgraciado. En el primer caso, evitarla puede estar en nuestras manos; en el segundo, lo único que moralmente nos compete es indignarnos también con el responsable de aquella desdicha y procurar aliviarla. Parece innegable que somos más tendentes a la posterior que a la anterior, o sea, a apenarnos por la que ya ha ocurrido y no por la que tal vez hubiéramos podido evitar. Y no dejaría de ser sospechoso quien, disponiendo de ocasión y capacidad de anular o siquiera mitigar de antemano el daño ajeno, se limita a exhibir después su aflicción ante el perjudicado. Esto ya sería una muestra de doblez.

*Dar y volver a dar* Cuando uno da, no sólo obliga moralmente al otro a devolver. También se obliga a sí mismo a seguir dando.

*El dolor de los inocentes* El sufrimiento de unos inocentes lo pagan con frecuencia en su propia carne otras personas no menos inocentes.

**AGNÓSTICOS Y ATEOS** Hacía tiempo que no tropezaba con la distinción, pero ayer un colega se autocalificó de agnóstico mientras censuraba mi ateísmo. Me puse entonces a pensar si ese agnosticismo no será en bastantes casos un ateísmo que no se atreve a declararse tal, un ateísmo inconfeso o aquejado de cierta mala conciencia. Como sería de ingenuos defender con certeza la existencia divina, nuestro agnóstico opta quizá por refugiarse en tierra de nadie y complacer a creyentes e incrédulos a un tiempo. Tal género de agnosticismo parece una cómoda instalación en la incertidumbre acerca de Dios y su misterio. Frente a él, Comte-Sponville declara sin rodeos su ateísmo: «Yo no

*sé* si Dios existe, pero sé que *creo* que no existe». Ciertamente «es algo menos que un saber, pero algo más que la simple confesión de una ignorancia o que el rechazo prudente o comfortable a pronunciarse».

¿Y si la decisión del ateo encerrara en ocasiones más coraje que la de aquel agnóstico? Este último da la impresión de ser un tipo de persona equidistante, que se aviene sin desgarrar con ambos extremos, la fe y la increencia, y se arrima más a una o a otra según su estado de ánimo o la situación aconsejen. Lo mismo que un creyente, busca también su salvación eterna, aunque su lógica parece aproximarle a la apuesta de Pascal. Se diría así que el agnóstico duda y cultiva su perplejidad como una cédula de protección. ¿No sería ese a quien el Señor señalaba cuando dictaminó que «al tibio lo vomitaré de mi boca»? El ateo, por el contrario, ya no duda y no necesita suscribir un seguro porque él mismo ya lo está. Sería injusto entonces acusarle de jactancia y temeridad, pues bien conoce los riesgos que corre. Eso sí, se atrevería a defender que, en el improbable caso de que Dios existiera, sería bueno con los buenos; fueran éstos creyentes, agnósticos o ateos.

**MÁXIMA IMPOTENCIA** No puedes aceptar la brutal injusticia causada por una suerte maligna que empuja a un ser querido a no contar con más opción que encaminarse hacia su desgracia segura. Que su razón se vuelva ciega o impotente ante lo que le viene impuesto por la fatalidad del juego de sus genes y de su miserable biografía. El resultado no será una sola desgracia; serán varias: la suya misma y la de quienes le quieren.

*Inconsolable* Algunos han querido consolarle de su desdicha: no debes llorar tanto por tu ser querido, le dicen, pues hay muchos que están tan mal o peor que él. Y a él eso nada le alivia. El sólo sufre por el suyo, sólo piensa en su bien, pues su salvación vale para él más que la de todos ellos juntos. Reconoce que esto es una sinrazón, pero no sabe hacer nada por evitarla. Sería una muestra, admitámoslo, de que las emociones acostumbran a estar en cada uno por encima de los principios. Solamente el héroe y el santo parecen capaces de invertir esa relación.

**EL HORROR Y EL FINAL** «Más vale un final con horror que un horror sin final», dejó escrito algún pensador y suele repetir mi amigo F. Suena muy convincente, desde luego. Pero me pregunto si, además de nuestro propio dolor al que tratamos de poner fin, no comparece aquí el indudable sufrimiento experimentado por otro ser querido —al cabo, el que engendra el nuestro—, que también deseo finiquitar para siempre. Dicho más precisamente, ese es el primer horror al que queremos hacer frente para así reducir o extirpar el propio. Si aquel espanto ajeno arraigara en motivos que podemos contribuir a desconectar y con ello a mitigar sus penosos efectos, ¿deberíamos desistir de la tarea a fin de ahorrarnos la probable agonía que nos causará esa tarea? ¿Hemos de renunciar a la esperanza de ver mejorado ese bienestar, por breve que sea esa mejora, ante el riesgo de

prolongar así nuestra desdicha? ¿No nos condenamos entonces a un perpetuo malestar incubado en la conciencia de culpa? En suma, hay ciertas situaciones en que nos resulta imposible separar la suerte ajena de la propia; no acabamos de concebir nuestra salvación al margen de la del otro, sino ligada a ella. Ese vínculo se nos antoja del todo inquebrantable... y, por cierto, no nos estamos engañando. Contra lo que mantiene el conocido dicho, bien sabemos que este lazo aprieta y hasta puede ahogar.

CONFUSIÓN Llamó la desgracia a su puerta, pero la confundió con la alegría y la dejó pasar e instalarse en su casa.

OTRA FE «Crear en la inmortalidad es una cosa, pero lo fundamental es creer en la vida.» (Stevenson). Y con frecuencia, por cierto, bastante más difícil que creer en una vida humana inmortal. Porque la vida nos amenaza a cada rato con herirnos o decepcionarnos, en tanto que el sueño de inmortalidad siempre está dispuesto a acunarnos.

INDIVIDUO Y ESPECIE «En toda la serie animal cada ser preocupase casi exclusivamente de la inmortalidad de su especie. Sólo el hombre batalla primordialmente por la inmortalidad del individuo.» (Ramón y Cajal). ¿Y qué otra inmortalidad podría importarnos como no fuera la de uno mismo? Únicamente los miembros de la especie humana, dotados de autoconciencia y por ello temblorosos portadores de su finitud, son los sujetos personales que ansían perdurar. No es otra la razón de que, según expresa en otro lugar aquel sabio, «el fin práctico de la civilización consiste en obligar a la muerte a hacer cada día más larga antesala delante de nuestra alcoba».

*No hay sujeto específico* En el nacimiento el hombre se piensa como especie y sólo en la muerte se piensa como individuo. Quienes llegan al mundo o se marchan de él son siempre individuos. Una vez acabada su constitución, en cambio, la especie es eterna: ni nace con los que nacen ni (salvo situaciones excepcionales) se extingue con los que mueren. El individuo humano quiere serlo sin conciencia expresa de obedecer los mandamientos de su especie. Son dos modos de existencia: desde la biología prevalece la específica y abstracta, pero cada ser humano sólo mira la individual y concreta. Para nuestra especie los individuos que la formamos somos lo de menos, tan sólo sus portadores necesarios, pero lo que de veras le importa es ella misma. Cumplida su función reproductora, ya sobramos y en cualquier momento puede presentarse la muerte.

MORTALIDAD A NUESTRA MEDIDA Mientras estemos hechos de esta pasta humana, la

inmortalidad encerraría una promesa envenenada, una aspiración errónea. El hombre no podría congraciarse con una supervivencia tan inacabable que le obligara a repetir durante un tiempo sin fin los mismos gestos o a cultivar una y otra vez sus aficiones más deseables, porque se le volverían odiosas. Resulta llamativo por lo mucho que se opone al prejuicio común, que identifica felicidad con vida ilimitada. Pero la muerte establece un límite a lo que, de ser ilimitado, sería también ilimitadamente fatigoso y aburrido, un suplicio interminable. La escala humana es la definición, no la indefinición, la finitud y no la infinitud. Lo perfecto es lo terminado y completo, en tanto que eso que no acaba, lo in-determinado, resulta sinónimo de imperfecto. Así las cosas, tener que morir sería entonces una gracia, a lo que se opondría una eternidad por fuerza desdichada en la que el hombre vagaría sin rumbo ni esperanza de reposo. ¿Cómo resolver el dilema? A lo sumo, si estuviera en nuestro poder (y con tal que en ella no predominaran las desgracias o los achaques de la edad), cabría optar por una relativa ampliación temporal de nuestros días en esta tierra. Menor para quienes no obtuviesen gran provecho de esa prórroga que se le concede; mayor para quienes su deseo y capacidad de goce así lo aconsejaran. En fin, que cada cual estableciese ese límite para una mortalidad a su medida.

*Otra idea de vida eterna* Faltos de experiencia e información suficiente acerca de esa hipotética clase de vida, claro está, es fácil que hayamos incurrido en prejuicios sobre ella. ¿Por qué habría de ser una eternidad de repeticiones, en lugar de un sinfín de novedades? Para el creyente, siendo Dios el dispensador de semejante eternidad, ¿cómo achacarle haber dispuesto una pervivencia que afligiera a los bienaventurados a quienes se destina como la máxima recompensa? ¿Acaso una contemplación interminable de la belleza o de la omnipotencia divina podría degenerar en un tedio no menos infinito? ¿No le bastó a San Virila, aquel abad del monasterio de Leyre, el canto de un pajarillo para quedarse embelesado durante trescientos años?

COMO SI HUBIERA PARAÍSO «No hay Paraíso, pero hay que tratar de merecerse que lo haya.» (Jules Renard). Otra versión de aquella sentencia kantiana según la cual debemos vivir como si mereciéramos la inmortalidad.

INMORTALIDAD VIRTUAL Comienza ya a calificarse la permanencia en las llamadas «redes sociales» como una forma de vida virtual después de la muerte. No logro entender la insensatez de que eso pueda satisfacer a alguien, pues mediante tan extravagante maniobra lo único inmortal será su efigie, o su blog o su lugar en la Wikipedia. Lo que perdurará será la red social misma, transformada en un grado superlativo que hoy somos incapaces de imaginar... Pero a lo mejor me equivoco. A muchos podría traerles algún consuelo pensar que sus descendientes tendrán acceso al relato de sus gestas y a la colección de sus obras, sean cuales fueren y valgan lo que valgan. Cambiaremos así lo uno (el deseo de inmortalidad) por lo otro (su sucedáneo

virtual): la inmortalidad soñada por esta seudoimmortalidad más a mano.

**PROFECÍAS IMPROBABLES** Yuval Noah Harari predice que, como estamos cerca de vencer a la guerra, el hambre y la peste, es hora de proponerse metas más ambiciosas: la inmortalidad, la felicidad, algo parecido a la divinidad. Eso sí, será gracias a someternos al dominio de las máquinas (con más precisión: de los algoritmos), que sustituirán a los trabajadores, desmontarán la democracia y controlarán nuestras vidas de principio a fin. Una vez que un algoritmo —al «monitorizarnos» de continuo— reproduce con exactitud nuestro cuerpo y cerebro, nos conoce mejor que nosotros mismos y puede así multiplicar nuestras capacidades, adelantarse a nuestros deseos y traducir nuestras emociones sin error posible. Uno no sabe qué resaltar más: esta novísima especie de fe o su paradójica idea de libertad. Los hombres venideros nos sacarán de dudas.

**AUTORREPUGNANCIA** A fuer de sinceros, reconozcamos que no resulta habitual llegar a viejo sin haber sentido alguna vez profunda vergüenza de uno mismo. Son muchas las situaciones que nos la provocan y no hace falta que el vecino la estimule, pues basta el examen interior para que nos inunde sin pedir permiso. La vergüenza, sin embargo, puede ser una emoción justa y conveniente. Otra cosa es la repugnancia, que arraiga en lo peor que uno ha hecho (o dejado de hacer). En los casos extremos toca preguntarse cómo es posible vivir consigo mismo, con el monstruo en que uno se ha convertido. Ahí están esos soldados japoneses que en 1937 destriparon a miles de embarazadas, trocearon miles de niños, compitieron por su destreza en decapitar a miles de prisioneros en Nankín y otras aberraciones indescriptibles. Cómo es posible sobrevivir a esa bestialidad y besar después a tu mujer o acariciar a un crío. Cómo el ansia de perdurar puede aún aferrarnos a la existencia tras haber infligido tanto dolor a seres como nosotros.

**¿QUIÉN SE IRÁ PRIMERO?** Doy casi por segura cierta conducta —reservada tras la debida discreción— entre las personas mayores de edad parecida. Se trata de aventurar quién de ellos, el que hace la cábala y el objeto de ella, morirá antes. La funesta adivinanza está sujeta por lo general a factores interesados o desconocidos y será fácil engañarse. La mínima señal de alguna dolencia o de cierto decaimiento del otro puede revestir a nuestros ojos mayor gravedad que los achaques propios. ¿Nos alegraremos por ello? A menudo sí, como si dos meses o dos años más de supervivencia que el vecino nos otorgara alguna primacía sobre él. Otras veces esa gratificación proviene de la simple demora de la cita definitiva con la Parca, cuya llegada nos aterra. Pero no siempre manifestamos semejante preferencia. Una enfermedad degenerativa puede invertir nuestras opciones y llevarnos a desear morir cuanto antes, al margen de lo que le suceda al resto del mundo. Se acabó aquella competición.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS ¿Qué será de todo esto sin mí? Que seguirá siendo, aunque es muy probable que de otra manera. ¿Y qué será de mí sin todo esto? Que no seguiré siendo de ninguna manera.

UN PODER UNIVERSAL Creo que no reparamos lo bastante en ello: que todos, quién más y quién menos, disponemos de poder de vida o de muerte sobre algún otro. Nadie anda tan escaso de recursos como para no condicionar la vida de alguien, estimulándola o permitiendo su perdición. Basta en cada cual un gesto efímero de buena voluntad, un olvido accidental o un fallo nacido de la indolencia para que algún prójimo nuestro encuentre su camino de salvación o se extravíe quizá para siempre.

¿MERECE LA SUERTE? «...lo que enseña precisamente Cervantes es a sobrellevar las adversidades y jamás especular con lo que habría podido ser. Porque somos responsables de lo que somos o fuimos, y no está bien que se nos juzgue por lo que pudimos ser.» (Andrés Trapiello). Llegados a viejos, especular sobre lo que habríamos sido no nos excusa de sobrellevar las adversidades presentes. Entre otras razones, porque ya no hay manera de dejar de ser lo que somos. Pero conste que seguimos teniendo derecho a creer con fundamento que no nos merecimos ser lo que ahora somos y que pudimos haber sido diferentes. Sencillamente, habría bastado que la suerte nos hubiera sido más propicia.

*Hijos del azar* No me resisto a dejar sin recoger otras meditaciones del ya citado Ernst Nagel. A su entender, el mismo nacimiento del hombre manifiesta ya su *extrema contingencia* y su *falta de importancia*. «Estamos aquí por suerte, no por derecho o por necesidad [...]. De las personas posibles, casi ninguna ha nacido ni nacerá jamás, y no es más que un accidente que sea yo una de las pocas que nacieron efectivamente [...]. No hay absolutamente ninguna razón para que yo exista: si yo no hubiera nacido, ¡en verdad no habría *hecho falta!*» Pues ¿qué nos habíamos creído? Somos productos del azar, individuos accidentales, cualquiera hubiera podido ocupar mi lugar y hasta podrían haber existido, en vez de hombres, otro tipo de seres. Cosa distinta es que, plantados azarosamente en este mundo, nuestra existencia llegue a ser valiosa o no. Y bien podría ser que aquí también juegue su papel la suerte.

LA VERDAD, AL FINAL «La verdad de las cosas finitas es su final.» (Hegel). Su verdad, es decir, aquello para lo que han nacido o han sido hechas o emprendidas. Si el final del hombre fuera, por tanto, envejecer y morir, ¿coincide entonces su verdad con su finitud y su muerte? Si es «un ser para la muerte», como lo define Heidegger, esa muerte será su indudable final, pero ¿también su fin o su meta? Y si ese final es el que nos aguarda a

todos, concluyamos que no queda otra recomendación por hacernos que la unamuniana: «Hay que saber llorar».

OTRO AÑO NUEVO ¿De verdad «nuevo»? De momento sabemos que es el siguiente al que ayer marcaba el calendario y que es nuevo tan sólo en el sentido de que lo acabamos de estrenar y aún no está usado. Nada más que eso. Aparte de los enfermos o heridos que hoy hayan muerto en su cama, la jornada ya se ha llevado por delante en su primera noche y sólo en Estambul a unos cuarenta seres humanos acribillados por otros seres humanos. No serán los últimos del año. Aún podríamos confiar en que el período que hoy se inicia nos traerá dicha o consuelo, por más que la experiencia de los muchos que nos preceden pugne por disuadirnos de tal esperanza. Uno supone, en definitiva, que cualquier año que venga será nuevo de verdad sólo si nos empeñamos en renovarnos a nosotros mismos. Lo que invita a sustituir ese tópico del «sé tú mismo» por otro que dijera: «Procura ser mejor que lo que hasta ahora has sido».

## CONTRA LA MUERTE

A los que seguimos con vida nos corresponde clamar contra la muerte. La dejamos pasar sin oponer excesiva resistencia, como si tuviera títulos y derechos legítimos. Lo más que nos aventuramos es a tratar de reducir el ritmo y el modo de sus apariciones, a paliar los dolores o contratiempos que la acompañan. Se le han hecho demasiadas concesiones a la muerte. La historia de las religiones es la historia de su falso consuelo; la de la filosofía, por lo general, la de su aceptación; la de las artes, la de su sublimación; la de la ciencia, la de sus vanos remedios. Demasiada capitulación, excesiva impotencia.

Es probable que esta odiosa connaturalidad se vea acrecentada por lo fácil que nos resulta su producción artificial. La humanidad ha aniquilado ya a tantos semejantes, se adelanta con tal frecuencia y destreza a la labor inexorable de las fuerzas naturales que no está ya en disposición de sobrecogerse demasiado ante la muerte, en especial la de los lejanos. Frutos de una sangría interminable, descendientes como somos de víctimas y matadores, la esperanza de una muerte tardía y serena nos parece el único horizonte deseable. Ciertamente no sería poca ganancia. Pero el grito de veras humano va mucho más lejos: muerte a la muerte, muera la muerte. Sólo ese alegato nos eleva sobre los demás mortales.

Porque es injusto que el hombre muera. El hombre es el único ser que no debería morir, que no merece esta condena, que tiene derecho a la rebelión más radical que cabe. Que se extinga todo lo demás, está en su destino; pero que muera un individuo racional, eso es un escándalo inadmisibles. Sólo ese ser capaz —por su conciencia— de saltar sobre cualquier frontera, que vive justamente en y de la transgresión creciente de los límites naturales, sólo él habría de verse libre de aquel mandato universal. El único ser que anticipa el horror de su desaparición individual, que maquina sin descanso contra su mortalidad, que anhela su permanencia..., es el ser con vocación de superviviente. Para el resto de criaturas vivas podrá ser suficiente que la extinción de los individuos sea vengada por la pervivencia de la especie. El hombre no se contenta ni con este subterfugio animal ni con cualquier otro remedo de perduración personal. Descendencia, dinero o fama resultan torpes sustitutos de la eternidad ansiada.

Quien es capaz de decir «yo» no puede alienar su aspiración de inmortalidad en ningún representante abstracto. El que ha sabido amar y hacerse amar, el capaz de un gesto compasivo o admirable, debe saber que en eso mismo trasciende a la muerte. Quien se separa por su conciencia del resto de seres vivos no aceptará compartir al final su misma suerte. Lo contrario sería delito de lesa humanidad, traición a lo que nos hace humanos. Quien los cometa, se hace reo de deserción o autoengaño y, ése sí, debe

repararlos con su muerte.

Entretanto, que no se finja confortarnos con débiles razones o con promesas ilusorias. Ha pasado el tiempo de creer en lo que no vemos. Pues no se muere en virtud de un pecado que la humanidad arrastre desde siempre; más bien la muerte es el pecado mortal cometido contra el hombre. Mejor aún, como escribe Canetti, el hombre peca porque muere. «La brevedad de la vida nos hace malos. Un día se verá que con cada muerte los hombres se hacen peores. La muerte no sería tan injusta si no estuviéramos condenados a ella *de antemano* [...]. Tenemos que ser malos porque sabemos que vamos a morir. Todavía seríamos peores si, desde el principio, supiéramos cuándo.» Religión y filosofía han rivalizado en predicar la resignación ante la muerte, en presentar como una liberación lo que es el síntoma más elocuente del fracaso humano, en trivializar el más decisivo acontecimiento individual. Aquel entrañable Epicuro, en su afán por promover la imperturbabilidad, cayó en el engaño: «Así que el más espantoso de los males, la muerte, nada es para nosotros, puesto que mientras nosotros somos, la muerte no está presente, y cuando la muerte se presenta, ya no somos nosotros...». Como si fuera un instante, y no un proceso que coincide en su integridad con el curso mismo de la vida. Como si se tratara tan sólo de la mía, y no también de la muerte de los seres más queridos, que no hace sino prefigurar la mía propia.

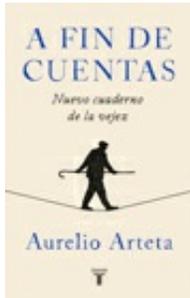
Y puesto que no hay consuelo posible frente al compendio de toda desgracia, no hay preparación más digna de la muerte que su repudio. En lugar de dejarse morir, acariciar la rebelión, reemprender el adánico proyecto de ser como dioses. En lugar de distraerse de ella, militar fieramente contra la muerte en todas sus formas y en cualquiera de sus signos, contra sus justificaciones e ideologías, frente a sus administradores y ejecutores, contra sus pompas y sus obras. He ahí la tarea más excelsa que cumple al hombre. Porque sólo cuando nos hayamos atrevido a combatir la muerte, aunque sea ella quien al final nos derrote, habremos merecido descansar en paz.

Madre desnaturalizada ha sido para nosotros la naturaleza y bien pródiga para otros seres menos dotados. Pues por lo general se ha complacido en asegurar larga vida a piedras y árboles, a los que nada les va en ello, y en recortar en cambio avaramente la existencia de quienes la experimentamos como nuestro principal tesoro. Una madre más auténtica es nuestra segunda naturaleza, la cultura, quien ha tomado a su cargo la tarea de protegernos de la muerte. La cultura no trata sólo de arropar en lo posible nuestra patente menesterosidad sino, yendo hasta su raíz, de poner remedio a nuestra más flagrante mortalidad. De momento, ha fallado en este segundo cometido. Si hasta ahora se ha esmerado en producir al menos tantos instrumentos de muerte como medios de vida, habrá que achacarlo al escaso aprecio que el hombre siente aún hacia sí mismo. Si todavía se esfuerza primordialmente en marcar las diferencias entre los humanos —sexos, naciones, clases sociales—, ello viene a probar que no ha reparado lo suficiente en la condición perecedera que tan tajantemente nos equipara. Que no ha comprendido cómo nuestra igualdad más básica la pone nuestra condición de seres que se saben condenados a morir.

Cuando por fin la cultura (es decir, el cultivo de la humanidad del hombre) afronte su

misión de volvernos más inasequibles a la muerte, no digo yo que ese día estemos a un paso de la divinidad, pero seguro que evitaremos añadir a nuestro infeliz estado nuevas causas artificiales de pesar. Tal vez entonces hayamos alcanzado, al menos, los únicos sustitutos dignos de la inmortalidad anhelada: la comunidad libre, la paz perpetua, la fraternidad universal. ¿Quién sabe? A lo mejor en ese futuro, reconciliados entre nosotros mismos, hasta nos reconciliábamos con nuestra propia muerte.

**Aurelio Arteta rescata la vejez del enjambre de prejuicios que suelen desfigurarla.**



«Solo desde el crepúsculo se adquiere una visión del día completo.»

La vejez nos convierte en testigos privilegiados de la vida, por ser la posición idónea, afirma Aurelio Arteta, desde la que evaluar las demás edades. En *A fin de cuentas*, entabla con el lector una conversación a la que también están invitados Montaigne, Spinoza, Schopenhauer, Leopardi, Saint-Exupéry, De Beauvoir y Canetti, entre otros, al tiempo que rescata la vejez del enjambre de prejuicios que suelen desfigurarla.

Este «diario disfrazado» compuesto de sabias meditaciones, citas memorables, recuerdos, escenas de la vida y retratos, puede leerse como un sutil tratado filosófico en fragmentos que nos invita a mirarnos bien adentro y a despojarnos de toda afectación y de la trivialidad en la que tendemos a hundirnos.

Con ingenio, serenidad e ironía, capta las contrariedades, la dureza, los reveses, pero también las delicias y el humor de la vejez. Lo que brilla a través de estas páginas al tiempo graves y luminosas es un profundo amor a la vida, el rechazo de la muerte - también su acogida- y la enérgica juventud que caracteriza a algunos mayores. También, la nostalgia que tanta lucidez conlleva.

### **La crítica ha dicho...**

«Uno diría que, de no ser por ese angustioso telón de fondo, en la sociedad actual la vejez ofrece razonables placeres y alegrías bien pautadas, dentro del plazo limitado.»

Carlos García Gual, sobre *A pesar de los pesares*

## SOBRE EL AUTOR

**Aurelio Arteta** (Navarra, 1945) ha sido catedrático de Filosofía Moral y Política en la Universidad del País Vasco. Dedicó su tesis doctoral a Marx y recopiló sus tempranos artículos de opinión en *A diestro y siniestro*, *Parva política* y *Fe de horrores*. Es autor de ensayos éticos, entre ellos, *La compasión. Apología de una virtud bajo sospecha* y *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral*. Es también editor y autor de manuales universitarios como *Teoría política: poder, moral, democracia* y *El saber del ciudadano. Las nociones capitales de la democracia*. Sus últimos trabajos han sido *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*, *Tantos tontos tópicos*, *Si todos lo dicen...* y *A pesar de los pesares*, primera parte de estos nuevos cuadernos de la vejez.

© 2018, Aurelio Arteta  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1986-3  
Diseño de la cubierta: Marc Cubillas  
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## ÍNDICE

[A fin de cuentas](#)

[Dedicatoria](#)

[Una conversación imprescindible](#)

[1. Ante el examen final](#)

[2. Sobre la edad tardía](#)

[3. Cuando empieza la retirada](#)

[4. Figuras del superviviente](#)

[5. Mozos y veteranos](#)

[6. La mortalidad que nos habita](#)

[7. Una muerte que viene](#)

[8. Complemento directo, indirecto y circunstancial](#)

[Contra la muerte](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

# Índice

A fin de cuentas	2
Dedicatoria	4
Una conversación imprescindible	5
1. Ante el examen final	8
2. Sobre la edad tardía	23
3. Cuando empieza la retirada	37
4. Figuras del superviviente	53
5. Mozos y veteranos	72
6. La mortalidad que nos habita	84
7. Una muerte que viene	106
8. Complemento directo, indirecto y circunstancial	128
Contra la muerte	151
Sobre este libro	154
Sobre el autor	155
Créditos	156